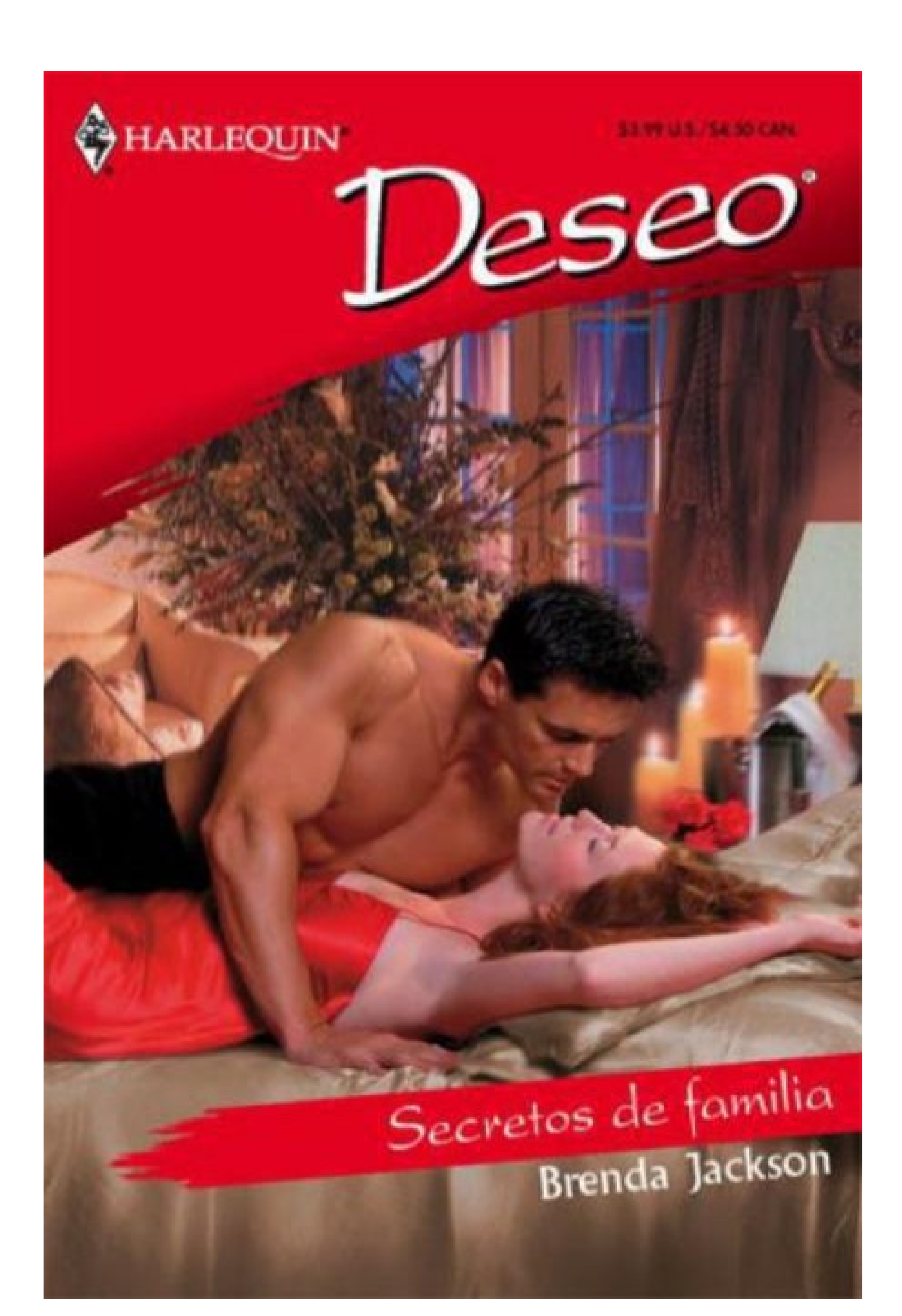

HARLEQUIN
Deseo
Secretos de familia
Brenda Jackson

Él siempre conseguía todo lo que deseaba…

Había algo muy apetecible y Chase sabía que no figuraba en la carta de su restaurante. Su nueva vecina, Jessica, era tan deliciosa como los postres que preparaba. Tanto, que a Chase le resultaba difícil concentrarse en algo que no fuera la curva de sus labios.

Jessica no podía negar el deseo que se respiraba en el aire cada vez que estaban juntos, pero tenía un secreto que podría destruir lo que estaba surgiendo entre ellos. Sin embargo, sus buenas intenciones flaqueaban cuando se enfrentaba al calor que desprendía su mirada.

Brenda Jacson

Secretos de familia

Westmoreland - 7

Prologo

Hace dieciocho años

—Nunca te fíes de un Graham.

Chase Westmoreland, de dieciséis años, se sentó en un taburete de la barra del restaurante de su abuelo. El anciano se lo dijo mientras dejaba delante de el un gran vaso de leche y un plato lleno de galletas.

— ¿Por que? ¿Que pasa, abuelo? —le pregunto Chase mientras atacaba el plato de galletas.

— ¿Que pasa? Te diré lo que pasa. Carlton Graham nos robo algunas de nuestras recetas secretas y se las paso a Donald Schuster.

Chase dejo de comer y abrió los ojos como platos. El sabía lo mucho que significaban para su abuelo las recetas familiares de los Westmoreland.

—Pero el señor Graham es tu amigo.

Scott Westmoreland frunció el ceño.

—Ya no lo es. Hace dos meses que nuestra amistad y nuestra sociedad terminaron. Nunca pensé que llegaría a ver como me traicionaría de esa forma.

Chase dio un buen sorbo de leche.

— ¿Estas seguro de que lo hizo el?

Scott Westmoreland asintió con la cabeza y una expresión de pena y decepción.

—Sí, estoy seguro. Me dijeron que Schuster había incluido un par de platos nuevos en su menú que sabían igual que los míos y fui a investigar.

— ¿Qué pasó?

—Son los míos. Schuster no reconocerá de dónde sacó las

recetas, pero sé que son las mías.

Chase sacudió la cabeza con pesar. A él siempre le había caído bien el señor Graham y sus galletas eran las mejores. Las de su abuelo eran buenas, pero las de Graham tenían algún ingrediente especial que las hacía deliciosas.

— ¿Le has dicho algo al señor Graham?

—Naturalmente, pero él lo niega todo, aunque sé que es mentira. El es la única persona que sabe los ingredientes exactos que yo uso. Debe de sentirse culpable y por eso va a irse de la ciudad con su familia.

— ¿Los Graham van a marcharse? —preguntó Chase con los ojos fuera de las órbitas.

—Sí y me alegro. No voy a sentirlo si no vuelvo a ver a un Graham en toda mi vida. Como te he dicho, no puedes fiarte de ellos. Recuérdalo siempre.

Capítulo Uno

En la actualidad

Tenía que replantearse su situación, se dijo Chase Westmoreland mientras se dirigía hacia el aparcamiento de su restaurante. Esos seis meses de abstinencia tenían que ser el motivo de su mal humor.

No tenía nada que ver con que durante los tres últimos años se hubieran casado sus cuatro hermanos y su hermana. Incluso su primo Jared, un soltero recalcitrante y abogado especializado en divorcios, había caído en esas redes. Chase estaba harto de que distintos familiares lo miraran con una sonrisa condescendiente. Si esperaban que él fuera el siguiente, podían esperar sentados. Tampoco ayudaba mucho que sus hermanos tuvieran el descaro de decirle que cambiaría de opinión cuando encontrara a la mujer adecuada. Él siempre les replicaba que la mujer adecuada no existía.

— ¡Qué demonios…!

Chase frenó bruscamente en medio del aparcamiento, que bullía de actividad. Se había olvidado de que alguien había comprado el edificio que había a unos metros de su restaurante y todo parecía indicar que estaban mudándose.

Hacía unas semanas le habían dado la noticia de que iba a tener un vecino nuevo.

No le sorprendió, Atlanta era una ciudad de renombre internacional que había conseguido mantener su encanto sureño. Esa zona del centro, donde estaba su restaurante, era especialmente buena para poner un negocio. Si recordaba bien, iban a poner una pastelería. Cuando se enteró, se le despertaron sus ansias de comer chocolate, pero al ver todo el barullo, la idea de los dulces se volvió

amarga.

Por todos lados había camiones de mudanzas que ocupaban los sitios que podían necesitar sus clientes para aparcar. Eran las seis de la mañana y tenía mucha clientela para desayunar. Era un fastidio que no les permitieran aparcar. Afortunadamente, él tenía un sitio reservado delante del restaurante. Tomó aire para tranquilizarse mientras un camión le bloqueaba el paso. Era lunes, un mal día para poner a prueba su paciencia. Iba a dar un bocinazo cuando una mujer que salía del edificio captó su atención. Por un momento, se olvidó de su furia, más aún, casi se olvidó de respirar. La miró de arriba abajo mientras ella hablaba con el conductor del camión. Era una mujer de bandera. Llevaba un delantal corto de panadera y él confió en que llevara unos pantalones cortos y una ráfaga de viento le mostrara lo que había debajo. Esbozó una sonrisa. Incluso con el delantal podía adivinar que tenía una figura de impresión. Cuando se fijó en su cara...

Notó que un calor lo abrasaba al ver un rostro que era demasiado hermoso como para describirlo con palabras. Tenía unos ojos color miel y unos labios carnosos pintados de color frambuesa. Él quiso salir del coche y borrarle el pintalabios con un beso. Su pelo era una masa de rizos castaño oscuro que le caía sobre los hombros. Por primera vez desde hacía bastante tiempo, Chase se encontró físicamente alterado por la belleza de una mujer.

Tomó una profunda bocanada de aire y recapacitó. Era un hombre de treinta y cuatro años y sangre ardiente y no había nada de malo en reaccionar ante un estímulo visual, pero no podía permitir que un par de piernas maravillosas y una cara impresionante le sorbieran el seso. Sólo tenía que acordarse del último año en la Universidad y de Iris Nelson. Acordarse de Iris le devolvía el sentido común.

Suspiró profundamente y volvió a mirarla antes de dar marcha atrás con el coche y rodear al camión. En cuanto entrara en el restaurante, se tomaría una taza de café bien cargado. Aunque le habría gustado no darse cuenta de que ella no llevaba anillo de casada, lo cual le había alegrado más de lo debido.

Jessica Claiborne sonrió y echó una ojeada a su tienda. Ya estaba preparada para la inauguración al día siguiente por la mañana. Había pasado el día confirmando que todo estaba en orden y había

contratado a dos estudiantes para que repartieran folletos publicitarios por la zona. Como pretendía que todos sus productos se hicieran en el día, había llamado al hospital infantil para donarles todo lo que no se vendiera al día siguiente. Además, también había firmado un contrato con un par de hoteles de la ciudad y unas cafeterías para suministrarles la bollería que necesitaran.

Miró por el escaparate. Era un día precioso de principios de octubre. Todo quedó colocado el lunes y esa mañana habían ido a pintar el nombre de la tienda en el escaparate. La había llamado Deseos Irresistibles y le estaría eternamente agradecida a su abuela por conseguir que su sueño se hiciera realidad.

Siempre sentía una gran tristeza al acordarse de la abuela que había adorado y de la herencia que le había dejado al morir el año anterior, justo el día que ella cumplía veinticinco años. Ese dinero le había permitido dejar el agotador trabajo de abogada mercantil en Sacramento y cumplir el sueño de poner su propia pastelería.

Olió a chocolate recién hecho. Ya había sacado una hornada de pasteles, pero lo que más le había gustado había sido hacer unas galletas de chocolate para repartir entre sus vecinos como disculpa por las molestias que les había ocasionado con la mudanza.

La señora Morrison, que tenía la sastrería de la puerta de al lado, había aceptado las disculpas, pero no las galletas porque era alérgica al chocolate, aunque le encantaría probar su torta de frutas. Los hermanos Criswell, que tenían la academia de kárate, aceptaron elegantemente las disculpas y las galletas, le dieron la bienvenida al barrio y se ofrecieron para proteger su tienda. Sólo quedaba el propietario del Chase's Place. Jessica esperó que fuera tan comprensivo como la señora Morrison y los hermanos Criswell y que le gustaran los dulces.

Agarró la caja con un surtido de especialidades, salió y cerró la puerta con llave. Había contratado a una ayudante a tiempo parcial, una mujer mayor que iría durante las horas de la comida, cuando más trabajo había.

Era primera hora de la tarde, pero sabía que el restaurante estaba lleno y esperaba que eso le beneficiara cuando la gente se enterara de que su tienda estaba abierta. Nada más entrar, pudo oler el maravilloso aroma de la comida y cayó en la cuenta de que

no había comido nada desde el desayuno. Enseguida le gustó lo que vio de Chase's Place. Era un restaurante muy grande que conseguía conservar un ambiente hogareño. Cada mesa estaba iluminada con un pequeño farol y los manteles hacían juego con las cortinas. Había una barra enorme con taburetes y se oía una suave música de jazz.

—Bienvenida a Chase's Place, donde encontrará la mejor comida sureña. ¿Va a comer aquí o prefiere llevarse la comida?

Jessica sonrió a la joven que la había recibido.

—Soy la dueña de la pastelería que hay un poco más abajo y quería hacerle un pequeño regalo al dueño por las incomodidades que haya podido originarle mi mudanza.

—Es Chase, está en su despacho. Si me acompaña, le enseñaré el camino.

—Gracias.

Jessica la siguió hacia la parte trasera del restaurante. Todo parecía muy ordenado, hasta el almacén que atravesaron. La camarera llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz profunda y ronca.

—Soy Donna. Tienes una visita.

—Caray. Me asombra que alguien haya podido llegar con todo el lío que hay en el aparcamiento. Pienso ir a decirle cuatro cosas a mi vecino por todos los problemas que me ha causado durante los últimos días. No he conocido a nadie menos considerado, ni siquiera he podido meter mis pedidos...

Chase dejó de hablar cuando abrió la puerta y la mujer que había visto el lunes por la mañana entró ante la mirada atónita de Donna.

—Me parece que le he ahorrado un viaje. Creía, dadas las circunstancias, que podría haber sido tan comprensivo como mis otros vecinos y...

Chase dejó de escucharla en cuanto ella traspasó la puerta. Sintió que todo el cuerpo le abrasaba y sólo tuvo ojos para los pantalones cortos y el top que llevaba puestos.

Parpadeó. Cuanto más cerca estaba ella, más le gustaba, sobre todo los labios húmedos color frambuesa. Estaba enfadada e increíblemente sexy.

Además de unos ojos color miel y una melena rizada y oscura

que le caía en cascada, tenía unos pómulos perfectos y una nariz descarada y muy atractiva. No pudo evitar pensar que aquella boca tenía una forma muy seductora y que estaba pidiendo un beso.

— ¡Espero que se le atraganten!

Una caja le golpeó en el pecho a Chase y él volvió a la realidad. Aunque tardó un segundo en darse cuenta de que su visitante se marchaba. Cuando la puerta se cerró de un portazo, él miró a Donna, que tenía un gesto de estupefacción.

— ¿Qué demonios ha dicho?

—Creo, jefe —contestó ella mientras contenía una carcajada—, que te han echado una bronca. No puedo creerme que no la hayas escuchado.

Él se limitó a mirar la caja.

—Eso debería haber sido un gesto conciliador —le explicó Donna—. Había venido a disculparse por las molestias de los últimos días. Creo que ha sido un detalle de buena vecindad. Creo que ella esperaba que hubieras sido más comprensivo.

Chase asintió con la cabeza y sintió remordimientos por no haberlo sido, pero llevaba una semana de mal humor y se había desahogado con ella. Era una mujer y la falta de una mujer era el origen de sus problemas.

No era un mujeriego como había sido su hermano gemelo Storm, pero normalmente podía sacar su agenda y llamar a una serie de mujeres que estaban más interesadas, como él, en divertirse un rato que en casarse. Sin embargo, por algún motivo extraño, eso no le apetecía. La última mujer con la que salió se hizo ilusiones y le costó mucho convencerla de que acostarse con él no significaba casarse con él. Se pasó la mano por la cara. Para algunas mujeres, los Westmoreland solteros eran como un desafío. Su hermano Storm siempre decía, antes de que conociera a su mujer, Jayla, que él disfrutaba demasiado con las mujeres como para quedarse con una. Chase confiaba en haber aprendido de sus errores y el mayor había sido Iris Nelson.

Cuando estaba en la Universidad, parecía destinado a tener un gran porvenir en el baloncesto, hasta que una lesión acabó con sus sueños. Se encontró ante un futuro incierto cuando Iris, la chica de la que se había enamorado, decidió que si no tenía porvenir como profesional del baloncesto, ya no era interesante.

Con los años, había aprendido a recelar de las mujeres que entraban en una relación para ver qué podían sacar de ella y que desaparecían cuando las cosas se complicaban. Las mujeres pasaron a ser algo secundario en su vida para que no volvieran a romperle el corazón.

— ¿Qué vas a hacer? —le preguntó Donna.

No tenía ni idea. Sólo sabía que debía una disculpa a su vecina.

—Dile a Kevin que prepare un especial del día para llevar y que sea generoso con la ración.

— ¿Crees que vas a ablandarla con la comida? —preguntó Donna entre risas.

Él miró la caja que seguía sosteniendo entre las manos y olió el delicioso aroma a chocolate.

— ¿No había intentado ella lo mismo?

Donna lo miró un instante antes de sacudir la cabeza y marcharse. Chase dejó la caja en la mesa y comprobó que la tienda se llamaba Deseos Irresistibles, un nombre muy adecuado a juzgar por su dueña...

Abrió la caja e inmediatamente cayó rendido, por los pasteles. Efectivamente, debía una disculpa a aquella mujer y se la daría antes de que acabara el día.

Aquel hombre era insoportable. Jessica tomó aire para no enfurecerse más. ¿Cómo se atrevía a decir que no era considerada? Era una de las personas más consideradas que conocía. Por eso había dejado su trabajo tan bien remunerado en la empresa. Se había cansado de luchar por cosas en las que no creía y de poner los beneficios de la empresa por encima de los intereses de los clientes.

Además, la consideración que tenía por los deseos de su familia la había llevado a buscar a miembros de la familia Westmoreland para deshacer la injusticia que habían atribuido a su familia desde hacía bastantes años. ¡Se habían atrevido a decir que su abuelo era un hombre desaprensivo! Había sido el hombre más honrado que había conocido y si podía, les cantaría las cuarenta a los Westmoreland. Sin embargo, su abuela, antes de fallecer, había hecho que le prometiera que iría a Atlanta a limpiar el nombre de los Graham sin declarar la Tercera Guerra Mundial, y pensaba hacerlo. Después de estudiar la zona, decidió que Atlanta podía ser un buen sitio para vivir, no sólo para visitar.

Suspiró cuando se acordó del dueño del Chase 's Place. Le había recordado a su chocolate más sabroso y sabía que si se había puesto de aquella manera con él, había sido porque no había podido abstraerse de su impresionante belleza. Aunque fuera insoportable, tenía que reconocer que era guapo hasta decir basta. Le había recordado que ella era una mujer, algo que intentaba olvidar con frecuencia.

No tenía ningún interés en que un hombre la atrajera. Ella había aprendido la lección, aunque su madre no lo hiciera. Quizá Jeff Claiborne hubiera sido el hombre que la engendró, pero también había sido el hombre que había tenido a su madre en la cuerda floja durante quince años con la promesa de matrimonio. Cuando Jessica nació, él le dio su apellido, pero su madre conservó el apellido Graham.

Se necesitó que su abuelo pagara a un detective para saber que Jeff Claiborne nunca se casaría con su madre porque ya estaba casado con una mujer que vivía en Philadelphia. La noticia fue un golpe muy fuerte para su madre, tan fuerte que nunca se recuperó.

A los quince años, Jessica fue al entierro de su madre y se prometió que nunca daría su corazón a un hombre. Nunca se dejaría engañar por alguien tan mentiroso como su padre, un hombre capaz de aprovecharse de un amor verdadero.

Su abuelo, furioso y ofendido por lo que había hecho Jeff Claiborne, se ocupó de que aquel hombre no quedara impune. Fue a visitar a la mujer de Jeff y le enseñó el documento que demostraba que su marido la había engañado. Jennifer Claiborne, una buena mujer, no se lo pensó dos veces y se divorció del hombre con el que había estado casada durante dieciocho años. Además, Jennifer se encargó de que Jessica entrara en su familia, conociera a su hermana y su hermano, y de que Jeff contribuyera a su sustento. También supo que Jennifer había sido fundamental para que le dieran la beca cuando terminó el instituto.

Savannah y Rico fueron unos verdaderos hermanos para ella y Jennifer fue como una segunda madre. Sabía que siempre podía contar con su familia de Philadelphia.

Jessica oyó la llamada en la puerta y frunció el ceño. Estaba oscureciendo, pero podía ver por el escaparate que esa visita inesperada era el hombre del restaurante.

Tenía intención de no hacerle caso. Desde que había llegado a Atlanta, hacía un par de semanas, había empezado a pensar que por fin había encontrado la tranquilidad, pero él empezaba a convencerla de lo contrario.

Volvió a oír la llamada y decidió que no iba a esconderse. Afrontaría los problemas, como había hecho siempre. Había ido a buscarla y pensó que tendría que resultar simpática porque iban a tratarse mucho. Ese edificio no sería sólo su lugar de trabajo, sino que también sería su casa gracias al piso que había encima de la tienda.

Decidió que ya lo había hecho esperar bastante, fue a la puerta y la abrió.

— ¿Qué quiere?

Él estaba de espaldas a ella mirando al cielo. Cuando se volvió, sus miradas se encontraron y ella notó que la temperatura le subía unos cien grados. Volvió a recordarle al chocolate negro, pero le pareció que tenía un ingrediente nuevo. Una ligera marca en el puente de la nariz indicaba que se la había roto, pero a ella no le pareció un defecto. Nada, absolutamente nada, podía estropear la belleza de aquel hombre.

Eso era una mala señal.

Para empeorar las cosas, tenía una sonrisa tan arrebatadora que tuvo que agarrarse al picaporte para no caerse. Hizo un esfuerzo para apartar la mirada de su sonrisa y cuando se encontró con los ojos de él, le enfureció que tuvieran ese efecto en ella.

—Se lo repito, ¿qué quiere?

La sonrisa de él se hizo más ancha. O bien no había captado que ella no estaba siendo muy simpática o bien había decidido pasarlo por alto.

—He venido a disculparme y a ofrecerle un regalo para hacer las paces —su sonrisa se hizo más amplia todavía—. Antes me excedí. Ya sé cómo son las mudanzas. Sólo puedo decir en mi descargo que he pasado una semana espantosa, pero mis problemas no son culpa suya.

Sus disculpas sorprendieron a Jessica, pero no la habían cautivado como él, evidentemente, había supuesto que harían. Hacía tiempo que había aprendido a no dejarse embaucar por los hombres zalameros.

— ¿Acepta mis disculpas?

— ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque así demostraría que es mejor persona que yo y que sabe perdonar.

Jessica se apoyó en el quicio de la puerta. Ella sabía que era mejor persona que él, pero no estaba muy segura de que supiera perdonar. Tomó aire y decidió que no quería aceptar sus disculpas. No le gustaba la afinidad que brotaba entre ellos y tampoco le gustaba él. Sabía que eso era irracional, pero, en ese momento, no le importaba.

—Puedo pasar por alto muchas cosas, pero la impertinencia no es una de ellas.

Chase frunció el ceño con una ceja arqueada.

— ¿No va a aceptar mis disculpas?

—Por el momento, no —contestó ella sin dejar de mirarlo.

— ¿Por qué? —él frunció más el ceño.

—Porque no me apetece. Ahora, si me perdona, tengo que...

El levantó una mano para callarla.

— ¿Porque no le apetece?

—Eso he dicho.

Chase sintió que la desesperación se adueñaba de él. Había tratado con mucha gente irracional, pero esa mujer daba un sentido nuevo a esa palabra. Efectivamente, él había sido impertinente, pero se había disculpado.

—Mire —dijo él lentamente mientras intentaba no hacer caso del gesto de irritación que tenía ella—. Ya sé que no hemos empezado con buen pie y me disculpo por ello. Además, tiene razón, fui impertinente, pero ahora usted está siendo irracional.

Jessica suspiró. Los ojos marrones que tenía clavados en los suyos eran intensos, penetrantes e impresionantes, pero...

«Pero nada, Jessica Lynn», Jessica podía oír la voz de su abuela. «No puedes juzgar a todos los hombres por tu padre. No puedes poner un muro entre tú y todos los hombres que se te acercan».

Volvió a suspirar. Su abuela tenía razón, pero siempre había tenido una necesidad visceral de protegerse e intuía que tenía que evitar por todos los medios a aquel hombre.

—Por favor, acepte mi oferta de paz como yo acepté la suya, ¿de acuerdo? —Chase le interrumpió sus pensamientos—. Por cierto,

todo estaba delicioso, sobre todo, las galletas de chocolate. Son mis galletas favoritas y hacía años que no probaba unas tan deliciosas —Chase sonrió—. Y no me he atragantado con ninguna.

—Una pena —replicó ella irónicamente.

Sus miradas se encontraron un instante y Jessica supo que ella era un rompecabezas que él intentaba componer. Estaba claro que las demás mujeres no eran un problema para él. Seguramente, le bastaba con sonreír para conseguir lo que quisiera. Igual que hacía el padre de ella.

Jessica cruzó los brazos porque sabía que él no se marcharía hasta que ella aceptara sus disculpas.

—De acuerdo, acepto sus disculpas. Adiós.

Él agarró la puerta antes de que ella pudiera cerrársela en las narices y sacó la bolsa.

— ¿Y la oferta de paz?

—Y la oferta de paz —masculló ella mientras extendía la mano para agarrar la bolsa.

—Empezamos a entendernos —Chase dejó escapar una risa y también extendió la mano en vez de darle la bolsa—. No nos hemos presentado. Me llamo Chase Westmoreland. ¿Y usted? —le preguntó mientras le estrechaba la mano.

Jessica notó que se quedaba completamente pálida.

— ¿Westmoreland?

—Sí —él sonrió—, ¿le suena de algo? En Atlanta somos unos cuantos.

Jessica decidió que no estaba preparada para explicarle cuánto le sonaba.

—No, acabo de llegar desde California.

Él asintió con la cabeza y sonrió durante unos instantes.

—No me ha dicho su nombre...

Ella parpadeó.

—Me llamo Jessica Claiborne.

—Bienvenida a Atlanta, Jessica, ¿tienes familia por aquí?

—No, no tengo familia aquí —ella no podía dejar de darle vueltas a que fuera un Westmoreland.

Se hizo un breve silencio y Chase se acordó de que no le había dado la bolsa.

—Casi me olvido, toma. Es la especialidad del día, espero que te

guste.

—Gracias.

Chase dudó un instante.

—Será mejor que vuelva. Es la hora de la comida. ¿Vas a vivir en el piso de encima?

—Sí —contestó ella con la bolsa bien sujeta entre las dos manos.

—Bueno, de vez en cuando, si se me hace tarde, yo también me quedo. Si alguna vez necesitas algo, dímelo.

Jessica pensó que era mejor que él no se hiciera ilusiones y cerró la puerta a la tentación.

Capítulo Dos

Jessica se dejó caer contra el respaldo de la silla y se relamió. Había sido la mejor comida desde hacía mucho tiempo. Las costillas de cerdo estaban muy jugosas y el puré de patatas le había entusiasmado. No le extrañaba que Chase's Place estuviera abarrotado. El pastel de zanahoria estaba de chuparse los dedos y ella sabía algo de cocina porque su abuela había sido la mejor cocinera que había conocido.

A ella le gustaba cocinar porque había pasado mucho tiempo en la cocina con sus abuelos. Incluso se planteó ir a una escuela de cocina, pero su abuelo le disuadió porque dijo que ya había bastantes cocineros en la familia Graham.

Jessica echó una ojeada a su piso mientras se arreglaba. Era justo lo que ella necesitaba. Tenía una sala muy amplia, un cuarto de baño, un dormitorio y la cocina. Sonrió al pensar que era suyo, como todo el edificio. La tienda tenía una zona de cocina enorme y un pequeño despacho al fondo. Se acercó a la ventana y vio toda la gente que se arremolinaba delante del Chase's Place. De repente, se quedó sin aliento al ver a Chase que salía del restaurante con otro hombre. Se parecían bastante y estaba claro que eran familiares, pero ella se fijaba en Chase. El sol se había puesto, pero la tenue iluminación le permitía verlo. Le sentaban bien los vaqueros y la camisa negra e incluso desde aquella distancia podía distinguir sus rasgos perfectamente cincelados.

Jessica suspiró profundamente y él, como si la hubiera oído, miró hacia la ventana y sus miradas se encontraron. En ese momento, ella notó una especie de descarga eléctrica en la parte inferior del cuerpo que le subió por toda la espina dorsal. Una sensación que no había sentido desde el primer año que estuvo en

la Universidad. La única vez que tuvo una relación sexual fue una experiencia tan espantosa que no quiso repetirla.

Sin embargo, al mirar a Chase se le despertó la curiosidad y durante un instante se preguntó si hacer el amor con él sería distinto. Parpadeó y se apartó de la ventana. ¿Cómo era posible que se hubiera olvidado de quién era él? ¡Era un Westmoreland! Se negaba a sentir un deseo enloquecedor por alguien de una familia que había acusado a su abuelo de ser un ladrón. No le importaba que Chase fuera el ejemplo perfecto de virilidad.

— ¿Quién es ella?

Chase esbozó una sonrisa al volver a mirar a su hermano Storm.

— ¿Hace falta que te recuerde que estás casado? —le preguntó.

Storm se rió y negó con la cabeza.

—No. Jayla es el amor de mi vida y la única mujer que necesito. Además, las niñas son la guinda del pastel —añadió en referencia a sus gemelas de tres meses—. Pero me parece que ella ha captado tu atención.

Chase dejó de sonreír. Efectivamente, Jessica había captado su atención desde el momento en que se conocieron.

—Se llama Jessica Claiborne. No congeniamos al principio.

— ¿Y ahora? —le preguntó Storm con una sonrisa burlona.

—La primera impresión puede cambiar si te lo propones.

Storm volvió a mirar a la ventana donde había estado aquella mujer y luego miró el reloj.

—Tengo que irme. Sólo quería estar seguro de que sabías que el bautizo es el domingo.

—Sí. Mamá me lo dijo. Creo que el restaurante es perfecto para el festejo.

— ¿Estás seguro? —Storm sonrió—. No quiero que sea un problema para ti.

—Haría cualquier cosa por mis sobrinas. Dalo por hecho. Llamaré mañana a Jayla para comentar el menú.

—Se lo diré.

Chase acompañó a su gemelo hasta el coche y vio cómo se alejaba. Esperó un momento antes de volver al restaurante y se preguntó si a Jessica le habría gustado la comida que le había preparado. Sólo había una forma de saberlo.

Se metió las manos en los bolsillos, pasó por delante de la tienda

de la señora Morrison y se plantó delante de la pastelería de Jessica. No hizo caso del cartel que decía que estaba cerrada y llamó un par de veces con los nudillos antes de tocar al timbre.

— ¿Quién es? —preguntó una voz al cabo de unos segundos.

—Chase.

La puerta se abrió lentamente y ella lo miró a los ojos.

— ¿Qué quieres ahora?

El tono cortante le sorprendió a Chase. Él había pensado que si sus disculpas no habían bastado, por lo menos la comida la habría aplacado. Evidentemente, no era así.

Ella tenía los brazos cruzados sobre los pechos y él habría preferido que no los tuviera. Si bien él siempre se fijaba primero en las piernas, lo segundo en lo que se fijaba era en los pechos y la posición de sus brazos resaltaban unos pechos firmes y preciosos.

Se aclaró la garganta.

—Te he visto en la ventana.

— ¿Y bien? —le preguntó ella con una mirada más penetrante todavía.

Chase se pasó una mano por la frente. Quizá ella hubiera llegado de un sitio donde la gente era antipática, pero en el sur la gente era acogedora y amable.

— ¿Es mucho preguntar si te ha gustado la comida?

A ella pareció sorprenderle la pregunta.

—Claro que me ha gustado. ¿Por qué ibas a pensar que no lo había hecho?

—Por tu actitud.

Jessica contuvo un gesto de sorpresa. Efectivamente, él había vuelto a sorprenderla en un momento malo, pero tenía un motivo. Él era un Westmoreland y ella una Graham.

Jessica suspiró y bajó los brazos.

—Mira, no te lo tomes como algo personal, pero no me caes bien.

Chase se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

— ¿Por qué?

Ella sacudió una mano con impaciencia.

—Creía que era evidente.

— ¿Crees que somos incompatibles? —le preguntó él con una

ceja arqueada.

Ella resopló con irritación y lo miró a los ojos.

—No te conozco tanto, pero diría que somos como la noche y el día.

Chase se incorporó y le sonrió.

—Eso lo explica todo.

— ¿Qué explica? —le preguntó ella con los ojos entrecerrados.

—Por qué nos atraemos tanto. Los opuestos se atraen.

— ¡No me atraes! —le espetó ella con indignación.

—Sí —Chase amplió la sonrisa—, sí te atraigo y tú me atraes —aseguró él con una mirada muy intensa.

—Lo que tú digas...

— ¿Quieres demostrarme lo contrario?

— ¿Cómo? —Jessica arqueó las cejas.

—Da igual —Chase se encogió de hombros—. No es un buen momento para...

— ¡Espera! Si puedo demostrarte que no me atraes, adelante —le desafió ella.

Chase la miró a los ojos.

—Por mí, encantado si es lo que quieres.

Jessica estaba muy rígida por la ira.

— ¿Qué hay que hacer para demostrarlo?

—Besarnos.

Jessica se quedó atónita, pero luego supuso que era un hombre que quería demostrarlo todo con un beso. Él comprobaría que ella no gozaba con un beso más de lo que había gozado haciendo el amor. Sería el beso más corto de la historia.

Ella lo miró a los ojos y sonrió.

—Como he dicho, adelante...

La sonrisa de Chase hizo que ella pensara que quizá, sólo quizá, se hubiera equivocado. Cuando él entró en la tienda, ella notó una punzada en el estómago que le dijo que, sin duda, se había equivocado.

Chase miró la boca de Jessica y pensó que iba a disfrutar de cada segundo que la saboreara. Estaba seguro de que era tan dulce y sabrosa como todas aquellas cosas que ella cocinaba. Siguió mirándola y una lujuria sin control le recorrió las venas, le erizó cada pelo del cuerpo y le lanzó una oleada abrasadora por las

entrañas.

El anhelo le hizo cruzar la habitación hasta donde estaba ella. La agarró delicadamente por la nuca y la atrajo hacia sí hasta que las bocas se quedaron a escasos centímetros.

—Pienso besarte hasta que pierdas el sentido —susurró él.

Ella levantó la barbilla y entrecerró los ojos.

—Puedes intentarlo.

Chase sonrió. Le gustó esa osadía y esperó que pusiera el mismo atrevimiento en el beso.

—Ábreme tu boca —susurró Chase en un tono profundo.

Jessica dejó escapar un suspiro de resignación y abrió la boca para decirle cuatro cosas, pero él, a la velocidad del rayo, aprovechó la oportunidad y posó sus labios sobre los de ella y la silenció. Su lengua, ardiente y carnosa, se apoderó de la de ella y se deleitó como si fuera una golosina. Nunca la habían besado de aquella manera; nunca, ni en sus sueños más desenfrenados, se había imaginado que pudiera pasarle algo como aquello. Chase le devoraba la boca con voracidad y procacidad. Era un hombre diestro y experimentado que sabía lo que tenía que hacer para que ella emitiera unos sonidos como ronroneos.

Jessica no podía creérselo. Se sentía dominada por una necesidad tan intensa que no reconocía y que exigía a su cuerpo una respuesta. Se alegró de que estuviera sujetándola con aquellos poderosos brazos porque si no se habría desmoronado. Notó que el fuego le abrasaba las venas y las entrañas. Estaba irreversiblemente entregada.

Sin embargo, eso no fue lo único que notó.

Entre sus muslos se recostaba la dureza de su erección. Se sintió al borde del delirio, pero cuando un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo, se dio cuenta de algo. Ella estaba devolviéndole el beso. Nunca había correspondido al beso de un hombre. La idea la abrumó, le desbordó los sentidos y sintió un fuego incontenible por todo el cuerpo.

Era impensable. Se habían conocido ese mismo día. Él era un Westmoreland. Él no le caía bien. A ella no le gustaba besar. Tenía que respirar.

Él, como si le hubiera leído el pensamiento, se apartó lentamente de ella.

Jessica lo miró sin poder creerse que hubiera vivido un momento tan intenso, provocador e íntimo. Se preguntó qué había que decir después de una situación tan explosiva, pero no podía decir nada. Sólo podía pensar en su boca y en lo mucho que había disfrutado besándola.

—Que conste que he dejado de besarte para que pudiéramos respirar —susurró él mientras le pasaba los dedos entre el pelo—. Es posible que seamos opuestos, pero, como te he dicho antes, nos atraemos.

Ella volvió a sentir un estremecimiento por el tono ronco de las palabras y volvió a notar que le ardía la piel. Notaba que le bullía la sangre. El dio un paso atrás con una sonrisa leve y cálida.

—Mucha suerte en la inauguración de mañana —dijo Chase suavemente.

Ella se quedó mirándolo mientras él salía de la tienda y cerraba la puerta.

—Estoy deseando trabajar para usted, señorita Claiborne.

La inauguración había sido un éxito. Cuando la multitud se marchó, pudieron relajarse y tomarse un respiro. Jessica sonrió a la mujer que podía ser su abuela.

—Yo también estoy deseando trabajar con usted, señora Stewart. Le agradezco que me haya ayudado. También le agradecería que me llamara Jessica.

Deseos Irresistibles se había inaugurado oficialmente a las ocho de la mañana. Jessica había tenido mucho trabajo y agradeció que Ellen Stewart llegara a las once para ayudarla con los clientes de la hora de la comida. Sin embargo, a pesar de todo el trabajo, no había podido olvidarse del beso con Chase. Había sido increíble.

Intentó pensar en otra cosa y observó a la señora Stewart, que estaba limpiando el mostrador. Pensó que había sido una gran aportación para la tienda, era buena vendedora y simpática. Además, parecía conocer a todos los que entraban. Era un complemento. Como lo era Chase.

Casi todas las personas que habían comprado algo habían comentado que Chase les había hablado maravillas de sus productos. Detestaba tener que reconocerlo, pero también le debía cierta gratitud, aunque no tenía ningunas ganas de deberle nada.

—Ha sido un detalle por parte de Chase que te mandara clientes.

Es un encanto.

Jessica dejó de colocar pasteles en el mostrador y se dio la vuelta.

— ¿Conoces a Chase?

—Claro que lo conozco. Conozco a todos los Westmoreland. Si bien la mayoría de los habitantes de Atlanta son de fuera, todavía quedan algunos oriundos. Conocía a esos chicos Westmoreland y a sus primos cuando estaban en el colegio. Es más, les di clase a casi todos.

Jessica asintió con la cabeza al acordarse de que la señora Stewart le había comentado que se había jubilado de profesora hacía quince años.

—Eran unos niños traviesos, como todos, pero no he conocido a una gente más respetable. ¿Sabías que su hermano Dare es el sheriff de College Park?

—No, no lo sabía...

—Pues lo es, y muy bueno. También está Thorn, que fabrica motocicletas y corre con ellas. Stone escribe libros de éxito. Luego hay un montón de primos. Como Jared, un abogado muy conocido. Ah, no puedo olvidarme de Storm, el hermano gemelo de Chase, aunque no son idénticos.

Jessica arqueó una ceja y le pareció que todo aquello era bastante intrigante.

—Entonces, supongo que también conoces a sus padres.

—Claro —la señora Stewart esbozó una sonrisa—. Los Westmoreland son unas personas maravillosas. También conocí a los abuelos.

— ¿De verdad? —Jessica se apoyó en el mostrador—. Tengo entendido que el abuelo de Chase tuvo un restaurante.

—Sí, como Chase's Place, daba las mejores comidas caseras de la zona. Casi toda la clientela de Scott Westmoreland eran camioneros, pero la gente venía de todos lados a comer sus platos hechos según recetas familiares que se habían transmitido de generación en generación. Creo que Chase usa algunas de esas recetas y las guarda como oro en paño, sobre todo desde que su abuelo descubrió que alguien había desvelado su receta de carne con brécol y alubias pintas.

Jessica tragó saliva.

— ¿Qué pasó? —preguntó inocentemente.

—No estoy segura, pero Scott dijo que su socio, un tal Carlton Graham, había...

—Eso no es verdad. ¡Él nunca habría hecho una cosa así!

La señora Stewart la miró sin entender una defensa tan apasionada.

—Recuerdo que Carlton y Helen se fueron a California para estar cerca de su hija y su nieta —arqueó una ceja—. ¿Es posible que seas pariente de Carlton Graham?

Jessica comprendió que no podía engañarla y asintió con la cabeza.

—Sí, era mi abuelo.

La señora Stewart abrió los ojos como platos.

— ¿Lo sabe Chase?

—No, y no pienso decírselo hasta que pueda demostrar la inocencia de mi abuelo.

—¿Cómo piensas hacerlo?

Jessica se encogió de hombros.

—Voy a indagar durante mi tiempo libre. Alguien robó aquella receta e hizo ver que había sido mi abuelo. Le prometí a mi abuela que limpiaría el nombre de los Graham.

—Podrías preguntarle a Donald Schuster. Su restaurante se quedó con la receta.

— ¿Sigue abierto?

—Sí. Le ha ido muy bien. Habrá un centenar de restaurantes Schuster por todo el país, incluso en California. La gente dice que tienen el mejor guiso de carne con alubias pintas, que algunos dicen que procede de la receta de Westmoreland.

Jessica asintió con la cabeza. Ella misma lo había comido.

— ¿Qué puedes decirme de Chase?

La señora Stewart suspiró.

—Es un buen hombre al que una mujer que conoció en la Universidad le rompió el corazón. Creo que se conocieron en la Universidad de Duke, adonde Chase había ido con una beca de baloncesto. Todo el mundo dice que ella se le pegó como una lapa mientras tenía un futuro prometedor en el baloncesto. Sin embargo, cuando una lesión lo apartó del deporte, ella lo dejó tirado como a una colilla. Desde entonces, nunca ha salido seriamente con una

mujer.

Se quedaron en silencio unos instantes, hasta que la señora Stewart volvió a hablar.

—Si me lo permites, me gustaría darte un pequeño consejo.

Jessica asintió con la cabeza.

—Claro.

—No esperes mucho tiempo para decirle a Chase tu relación con Carlton Graham. Será mejor que no lo sepa por otra persona y si empiezas a hacer preguntas, acabará sabiéndolo.

Se acercó un poco más a Jessica e hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Aunque eso pasó hace unos dieciocho años, Scott Westmoreland se sintió muy dolido por lo que consideró una traición. Es más, al poco tiempo, tuvo un ataque al corazón.

Jessica se quedó boquiabierta. No sabía aquello.

— ¿De verdad?

—Sí, aunque no se puede culpar sólo a la tensión por el asunto de la receta. Scott fumaba mucho y estoy segura de que eso también tuvo mucho que ver, sobre todo si tenemos en cuenta que murió de cáncer de pulmón —la mujer suspiró profundamente—. No digo que tu abuelo hiciera lo que dicen los Westmoreland ni que no lo hiciera. Sólo digo que ellos creen que lo hizo. Chase, que adoraba a su abuelo, se tomó el sufrimiento de su abuelo como algo personal y durante años intentó que Schuster reconociera que estaba utilizando la receta de los Westmoreland. Schuster no lo reconoció y como no había ninguna prueba, Chase acabó abandonando su empeño. Sin embargo, dudo mucho que se haya olvidado.

Al poco tiempo, cuando faltaban diez minutos para cerrar, Jessica se encontraba sola en la tienda. Sabía que el primer día había hecho una buena caja. Fue al mostrador para recoger lo que había sobrado. También sabía que alguien del hospital infantil estaría de camino para recogerlo.

No podía dejar de pensar en lo que la señora Stewart le había contado sobre Chase y la chica de la que se había enamorado en la Universidad. Lo peor que podía pasarle a alguien era que lo dejaran tirado cuando ya estaba bastante hundido. Esperaba que al cabo de todos esos años él se hubiera dado cuenta de que había sido para bien.

Ella también había esperado que su madre hubiera comprendido que estaba mejor sin Jeff Claiborne.

Oyó la campanilla de la puerta y se volvió creyendo que sería el enviado del hospital.

Se quedó sin respiración cuando vio a Chase.

Capítulo Tres

—Hola, Jessica.

Chase se había pasado todo el día pensando en ella y quería verla para comprobar si lo que había pasado el día anterior había sido realidad o ilusión. Al verla comprendió que había sido real. Era tan hermosa y provocadora como recordaba.

—He pensado que no habrás tenido tiempo de comer y te he traído algo —añadió él al ver que ella no decía nada.

Chase vio que a ella le temblaba el labio inferior y notó que se le encogía el estómago.

—Gracias, pero no hacía falta. Había pensado en ir a una de esas hamburgueserías que hay un poco más abajo.

—La comida de Chase's Place es más sabrosa y más sana —Chase cruzó la tienda y le ofreció una bolsa de comida—. Cómetela antes de que se enfríe.

Jessica tomó la bolsa y la dejó sobre el mostrador. Chase era la última persona que ella quería ver en ese momento. Le recordaba demasiado claramente el beso. Una parte de ella quería estar furiosa con él por hacer que se sintiera de aquella manera, pero era difícil conseguirlo cuando era tan amable.

Volvió a sonar la campanilla de la puerta y Jessica se dio la vuelta para ver a una mujer que entraba.

—Hola, soy Gloria Miller —dijo la mujer—. He venido a recoger tu donativo para el hospital infantil —miró a Chase y sonrió—. Hola, Chase.

— ¿Qué tal estás, Gloria?

—No puedo quejarme.

Jessica se preguntó si Chase conocía a todo el mundo y todo el mundo lo conocía a él.

—Espero que les guste a los niños —dijo Jessica mientras le daba una caja a la mujer.

—Estoy segura de que les encantará —replicó ella con una sonrisa muy cálida—. Gracias por una contribución tan deliciosa.

La mujer se marchó.

—Es un detalle por tu parte —la elogió Chase.

—No es gran cosa —Jessica se encogió de hombros—. Me he pasado de previsora y he hecho más de los que necesitaba. Mañana no quiero vender nada que no esté recién hecho y he pensado que el sobrante podía donárselo al hospital infantil.

— ¿Qué harás con lo que te sobre mañana?

—Espero hacer sólo lo necesario. No me importa que me sobre un poco, pero no tanto como hoy. Hablando de hoy, quería darte las gracias.

—Ya lo has hecho —replicó Chase con una sonrisa.

—No me refería a la comida. Me refiero a tus recomendaciones. Muchas de las personas que han venido han comentado que las habías enviado tú y te lo agradezco.

Él se apoyó en el mostrador.

—Estoy seguro de que no he sido el único. Los hermanos Criswell pasaron a comer y no pararon de alabar tu crema de chocolate. Así que ellos también tienen algo que ver.

—Se lo agradeceré en cuanto los vea —Jessica miró el reloj y fue hacia la puerta—. Es hora de cerrar.

—Efectivamente —Chase también miró el reloj

Chase no hizo ningún gesto de tener intención de marcharse y Jessica puso el cartel y cerró la puerta con llave. También bajó la persiana del escaparate y la tienda quedó en penumbra y demasiado íntima.

—Chase, ¿podrías encender las luces?

—Ahora mismo.

Jessica vio que cruzaba la habitación y se paraba justo delante de ella.

— ¿Sabes en lo que he estado pensando todo el día?

Ella no contestó inmediatamente y evitó su mirada.

—No, ¿en qué has pensado?

Él le puso un dedo en la barbilla y le levantó la cara.

—En el beso de anoche.

Jessica quiso gritarle que se olvidara de eso, pero ¿cómo iba a hacerlo si ella no podía olvidarse? Ella había estado todo el día pensando en lo mismo.

—Chase, nos conocimos ayer. Las cosas van demasiado deprisa.

—Tienes razón —concedió él suavemente—. Quiero proponerte algo.

— ¿Qué?

—Que nos conozcamos mejor.

— ¿Por qué?

Ella no quería tener una relación sentimental con nadie. Ya tenía bastante con poner en marcha su negocio. Además, necesitaba el tiempo libre para llevar a cabo su investigación. La primera persona con la que quería hablar era Donald Schuster. Esperaba que él la ayudara a demostrar la inocencia de su abuelo.

—Creo que la respuesta es evidente —contestó Chase e interrumpió los pensamientos de ella—. No te caigo bien y eso me preocupa porque no lo entiendo. En cuanto me acerco a dos metros de ti, noto que te pones a la defensiva. También me preocupa que me siento atraído por ti y no me gusta perder la cabeza por alguien que no conozco. Hoy he podido trabajar muy poco porque estaba pensando en ti.

—Entonces, te propongo que dirijas tu atención hacia otra cosa.

—Dudo que funcione. Te deseo.

Jessica se quedó atónita. Nunca había conocido a ningún hombre que dijera las cosas con tanta claridad.

—Espero que mi franqueza no te haya impresionado.

Ella lo miró a los ojos. Efectivamente, la había impresionado. El corazón se le salía del pecho y sentía un cosquilleo en la boca del estómago. En California, los hombres daban rodeos y nunca se sabía lo que estaban pensando.

—Eres un hombre atractivo, Chase, y estoy segura de que puedes salir con mujeres.

—No mucho —Chase sonrió—, sobre todo durante los últimos seis meses —ella abrió la boca para hablar, pero él le apoyó un dedo en los labios—. No estoy pidiéndote que te cases conmigo, Jessica. Sólo quiero que lleguemos a conocernos. Acabas de llegar y puedo enseñarte la ciudad y presentarte a gente.

—Eres un hombre y acabarás queriendo algo más.

— ¿Seguro?

—Sí.

Jessica se sintió dominada por el pánico. Ningún hombre había conseguido que se quedara sin argumentos. Chase era un hombre viril, intenso y peligroso y las tres cosas le preocupaban.

Chase sabía que decirle que no querría más sería una mentira. Miró la bolsa que había sobre el mostrador.

—Venga, cómete eso. ¿Te apetece ir al cine mañana por la noche? —añadió inmediatamente.

Ella parpadeó y lo miró a los ojos. Estaba cambiando de conversación y los dos lo sabían.

— ¿Al cine mañana por la noche?

—Sí, al cine —susurró él con una sensualidad que la alteró—. Te recogeré hacia las siete.

El sentido común le decía a Jessica que no podía quedar con un Westmoreland, pero él podía tener alguna de las respuestas que ella necesitaba.

—Me parece bien. A las siete —Jessica agarró el picaporte de la puerta—. Ya puedes marcharte.

Ella se apartó un rizo de la cara, tomó aire y esperó. Él tenía la mirada clavada en sus ojos y eso la excitaba y hacía que los pezones se le endurecieran. Se preguntó si él se habría dado cuenta. El aroma de él hacía que quisiera besarle el cuello y...

Cerró los ojos para no seguir por ese camino. Cuando volvió a abrirlos, él seguía allí, con los labios a pocos centímetros de los de ella. Una punzada de anhelo la abrumó.

—Sientes lo mismo que yo, Jessica. No me preguntes por qué nos está pasando esto porque no lo sé, pero es como si estuviéramos destinados a tener estos momentos y no pudiéramos evitarlo.

Jessica echó la cabeza hacia atrás para no compartir esa forma de ver las cosas. Sin embargo, él le puso la punta de los dedos en los labios y ella los separó. Él tenía razón. Ninguno de los dos podía evitarlo. Ella no quería tener una relación sentimental con él, pero la necesidad de volver a besarlo la estremecía de pies a cabeza. Además, a juzgar por la mirada de Chase, sabía que él lo había notado.

Hizo un esfuerzo por reprimir esa parte pasional de ella que no conocía. Era única en los careos cuando era abogada, pero era una

inexperta cuando se trataba de esas sensaciones que hacían que le temblaran los labios.

—Por favor, déjame que te bese, Jessica.

Con esa voz, ronca, profunda y sexy no hacía falta que se lo pidiera dos veces. Ella le ofreció los labios. En cuanto sus bocas se encontraron, ella emitió un gemido y permitió que la lengua de él se deleitara con todos sus caprichos y la llevara hasta una entrega incontrolable. Ese beso era algo más que atracción mutua y placer. Había componentes que la aterraban. Besaba de maravilla y él sabía que podía ser un amante fantástico... pero ella no pensaba acostarse con él nunca.

Aunque tampoco estaba tan segura.

Jessica se apartó. Él tenía que marcharse en ese momento.

—Adiós, Chase.

—Adiós —él sonrió—. Hasta mañana a las siete.

Chase desapareció.

La noche siguiente, Jessica tomó una bocanada de aire mientras cruzaba la habitación para abrir la puerta. Eran las siete en punto y, como era de esperar, Chase era puntual. Ella se había puesto unos vaqueros y un jersey.

Notó el pulso acelerado cuando fue a abrir la puerta. Él, como siempre, estaba impresionante, alto y moreno. No tendría ni idea de lo mucho que le había alterado el sueño durante las dos noches anteriores.

—Chase...

—Jessica...

— ¿Te apetece tomar algo antes de irnos?

Ella volvió a estremecerse al ver que él detenía la mirada en su boca. A ella le habría encantado ser inmune a su virilidad arrolladora, pero no lo era.

—No. ¿Te queda alguna galleta de chocolate de las de ayer?

Jessica no pudo evitar una sonrisa. Parecía un niño en la sección de juguetes de unos grandes almacenes.

—Sí, además, me he acordado de que son tus favoritas. Las he metido en una caja. Podrás llevártelas cuando volvamos.

— ¿De verdad...? —le preguntó él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Claro —Jessica sonrió—. Vámonos.

—Vámonos.

— ¿Tienes hambre?

Jessica miró a Chase mientras salían del cine y no pudo evitar reírse.

— ¿Lo dices en serio? Me he comido casi todas las palomitas y dos perritos calientes, por no decir nada del refresco gigante y de las chucherías.

Chase esbozó media sonrisa y la agarró de la mano.

—De acuerdo, no me entusiasma la comida basura.

—Ya me lo imagino. ¿Quién puede competir con el menú de Chase's Place?

—Normalmente yo, pero Kevin se resiste.

—¿Kevin?

—Es mi cocinero, pero cuando él no está, yo me ocupo de la cocina. Kevin y yo somos los únicos que conocemos las recetas de los Westmoreland y un contrato le compromete a no divulgar nunca sus secretos. He tenido que tomar esa medida por lo que le pasó a mi abuelo hace años. Salió escaldado por confiar demasiado en su socio.

Jessica se tragó el enorme nudo que se le hizo en la garganta. Conocía la versión de su abuela, pero no la de Chase.

— ¿Qué pasó?

—Hace años, un hombre que se llamaba Carlton Graham hacía casi todo lo relacionado con la cocina mientras mi abuelo se ocupaba de la administración. Los dos trabajaron juntos durante años hasta que tuvieron una discusión y se separaron. Al cabo de unas semanas, mi abuelo descubrió que Carlton había vendido los secretos de algunas de las mejores recetas de los Westmoreland. No hace falta decir que mi abuelo nunca perdonó aquella traición. Eran recetas que llevaban generaciones en la familia Westmoreland.

Jessica tuvo que morderse la lengua para no salir en defensa de su abuelo.

— ¿Cómo descubrió tu abuelo quién había robado las recetas?

Habían llegado al coche de Chase y él le abrió la puerta.

—Porque nadie más sabía los ingredientes. Además, mi abuelo guardaba el libro de recetas bajo llave y nadie, aparte de Carlton, podía consultarlo.

Jessica, mientras se sentaba en el asiento de cuero del deportivo,

pensó que, efectivamente, él culpaba a su abuelo.

— ¿Y las demás personas que también trabajaban en el restaurante?

—Que yo recuerde, sólo tenía quince años entonces, sólo trabajaban dos camareras, Paula y Darcy, y ninguna sabía las recetas. Sólo atendían las mesas y a los clientes.

Jessica asintió con la cabeza y decidió que ya había hecho bastantes preguntas. No quería que él sospechara. Sólo quería poder ponerse a la altura de él y decirle que era la nieta de Carlton Graham, pero eso sería un error si no podía demostrar la inocencia de su abuelo.

Chase también se sentó en su asiento y la miró antes de poner el motor en marcha.

—No me has contestado si tienes hambre.

—No —ella sacudió la cabeza y lo miró a los ojos—, pero si tú tienes hambre, podemos tomar algo.

—Tengo una idea mejor —Chase sonrió—. ¿Qué me dices si pasamos por tu tienda y me tomo unas galletas con un vaso de leche? No hay nada comparable a un buen vaso de leche fría y unas galletas de chocolate.

Jessica dudó que fuera una buena idea, pero habían dicho que querían conocerse mejor y ella le había sacado alguna información. El lunes preguntaría a la señora Stewart por las camareras que trabajaban con el abuelo de Chase para saber si seguían por allí.

—Sí, tengo leche y lo menos que puedo hacer después de una noche tan maravillosa es permitir que des gusto a tus papilas gustativas.

Chase esbozó una sonrisa mientras encendía el motor.

— ¿Dar gusto a mis papilas gustativas? Es una forma de decirlo...

Capítulo Cuatro

—Creo que no sabes bien lo deliciosas que son estas galletas, Jessica.

Jessica se recostó en la silla y sonrió complacida por el halago.

—Seguro que les dices lo mismo a todas las chicas.

Chase dio un sorbo de leche, se limpió los labios con la lengua y sonrió.

—No, sinceramente. Es más, la mayoría de las chicas con las que he salido, no sabían cocinar nada. Seguramente por eso yo era tan valioso para ellas...

Ella sonrió y deseó no sentirse tan alterada por la sonrisa de él. Él llevaba una hora allí y ella había estado dando sorbos de su café mientras lo escuchaba contar historias de su familia. Pudo percibir el amor que sentía por sus hermanos, aunque él intentó convencerla de que eran una pesadilla.

Sin embargo, dijo maravillas de su hermana Delaney, quien llegaría al día siguiente con su marido y su hijo. El domingo era el bautizo de las gemelas de su hermano Storm y habría un festejo en Chase's Place.

—No he callado. Ahora, te toca a ti —dijo Chase.

— ¿Me toca a mí? —preguntó ella con una ceja arqueada.

—Sí, háblame de ti, Jessica.

Ella apretó los labios y pensó en algo que no la relacionara con Carlton Graham. Si él se acordaba de su abuelo, también era muy posible que se acordara de su abuela.

Se inclinó hacia delante, tenía que tener mucho cuidado, no quería engañarlo, pero cuanto menos supiera, mejor.

—Nací en Sacramento, California, fui a la Facultad de Derecho en UCLA y...

— ¿A la Facultad de Derecho? ¿Eres abogada?

—Lo era y supongo que sigo siéndolo porque estoy colegiada allí. Trabajé en una gran empresa que me contrató nada más salir de la Facultad. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que esa empresa no tenía principios y muchas veces yo tenía que defender actuaciones suyas que sabía que eran incorrectas —dio un sorbo de café—. Seguramente, yo seguiría allí si no llega a ser por mi abuela. Murió y me dejó una herencia con la que abrí Delicias Irresistibles.

— ¿Y tus padres?

—Mi madre era soltera —contestó ella en voz baja—. Durante quince años pensó que mi padre se casaría con ella, hasta que descubrió que había estado engañándola. No podía casarse porque ya estaba casado y tenía una familia en Philadelphia.

Observó que Chase se quedaba muy quieto. Notó que la ira se apoderaba de él,

— ¿Cómo pudo hacerlo?

—Era comercial y viajaba mucho. Vivía en Pennsylvania, pero nos visitaba siempre que pasaba por la ciudad. Pudo llevar esa doble vida porque mi madre nunca dudó de sus idas y venidas —Jessica dio otro sorbo de café—. Yo lo odiaba más cuando aparecía inesperadamente. Mi madre se convertía en otra persona cuando estaba con él. Se hacía débil, vulnerable y dependiente.

Chase asintió con la cabeza. Conocía a Jessica desde hacía sólo unos días, pero sabía que no se parecía a su madre. No se imaginaba que un hombre pudiera dominarla.

— ¿Cómo descubrió tu madre la verdad?

Ella se preguntó por qué estaría contándole todo aquello, pero sabía el motivo. Se había dado cuenta de que estaba a gusto con él.

—No lo descubrió. Lo descubrió mi abuelo. Le molestaba que mi padre no se hubiera casado con mi madre en quince años y también recelaba de las visitas de mi padre. Contrató a un detective y se descubrió todo.

Chase se limpió los labios con la servilleta.

— ¿Cómo lo asimiló tu madre?

Jessica sintió un escalofrío al acordarse.

—No lo asimiló. Estaba tan destrozada y humillada que tomó una sobredosis de somníferos.

—Lo siento —Chase extendió la mano por encima de la mesa y

agarró la mano de ella—. Tuvo que ser espantoso para ti.

El corazón de Jessica se disparó cuando la mano de Chase agarró con fuerza la de ella. Miró un momento esa mano. Era grande, fuerte y consoladora.

—Lo fue —reconoció ella—. Yo tenía quince años y sólo me quedaban mis abuelos. Fui a vivir con ellos. Me ayudaron mucho en un momento espantoso. También estaba Jennifer.

— ¿Jennifer?

—Sí, Jennifer Claiborne, la mujer legal de mi padre. Se divorció de él en cuanto se enteró de todo. Es muy cariñosa y me abrió sus brazos y su corazón. Se ocupaba de mí todos los veranos para que estuviera con mi hermano y mi hermana y se convirtió en una segunda madre para mí. En la demanda de divorcio también exigió que mi padre me dotara con un fondo para estudiar en la Universidad, como había hecho con mis hermanos.

—Parece una mujer de armas tomar —Chase sonrió.

—Lo es y sé que puedo acudir a ella para cualquier cosa. Siempre me ha apoyado y, dadas las circunstancias, me parece admirable. Muchas mujeres no habrían hecho nada para que yo rehiciera mi vida después de la muerte de mi madre.

— ¿Y tu padre?

Chase se inclinó hacia delante y ella captó el olor de su loción para después del afeitado mezclado con un aroma viril que le alteró el pulso.

—Después del divorcio, mi padre desapareció de la vida de todos. Lo último que me han contado es que vive con alguien en Nueva York.

—Qué canalla —el tono de Chase era de ira—. ¿Por qué te has mudado a Atlanta?

—Sobre todo, por el coste de la vida. En comparación con otros sitios, es muy ventajoso. Además, el agente inmobiliario encontró este edificio y me dijo que incluía el piso. Me pareció perfecto.

Ella apartó su mano lentamente y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Creo que ya ha tomado suficientes galletas por esta noche, señor Westmoreland —Jessica miró su reloj—. Además, yo puedo levantarme tarde los sábados, pero tú no.

—Es verdad —Chase sonrió—, pero tú también tendrás que

desayunar. ¿Te apetece quedar conmigo? Kevin hace unos huevos con tortas de maíz increíbles.

Ella ladeó la cabeza y lo miró con detenimiento.

— ¿Es una invitación?

—Efectivamente. Luego, alrededor de mediodía, si no estás muy ocupada, puedes acompañarme a un partido.

— ¿Un partido? —preguntó ella con una ceja arqueada.

—Sí. Entreno a un equipo de chicos del centro social de College Park. Mañana hay un partido entre los Crusaders de Chase y los Warriors de Willie.

Jessica sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Yo creía que ahora era la temporada de rugby.

—Lo es para algunos, pero para los padres que quieren que sus hijos se conviertan en los Michael Jordán del futuro, todas las temporadas son de baloncesto. ¿Me acompañarás?

—Baloncesto en octubre... ¿Cómo podría resistirme? Por cierto, ¿quién es Willie?—contestó ella con una sonrisa, aunque sabía que tendría que haber rechazado la invitación.

Chase se rió.

—Es el entrenador del otro equipo. Tiene una tienda de vídeos a unas manzanas de aquí. Fue profesional con los Pistons hace unos años. Fuimos juntos al instituto y seguimos siendo amigos.

Jessica asintió con la cabeza. En toda la noche, él no había dicho nada sobre su sueño de ser jugador de baloncesto. Lo miró mientras se levantaba.

— ¿No vas a acompañarme a la puerta?

—Claro que sí.

Él cruzó la habitación para echar una ojeada a los cazos y los moldes que había sobre la mesa de trabajo.

—Algún día tendrás que dejarme que vea cómo haces la masa de chocolate.

—Mmm... a lo mejor, algún día...

Jessica intentó concentrarse en lo que él estaba diciendo y no en lo que llevaba puesto. Le parecía muy apetecible con ese jersey negro que cubría su cuerpo musculoso y unos vaqueros que se ajustaban a unos muslos muy duros.

Caminaron juntos hasta la puerta. Jessica intentó contener la punzada que sintió en el estómago, pero no pudo. Sabía que era una

ocasión muy buena para que él le diera un beso de buenas noches. Le espantaba reconocerlo, pero estaba deseando que se lo diera.

— ¿Quedamos a desayunar? —le preguntó él cuando llegaron a la puerta.

—Es posible —Jessica se encogió de hombros—, pero el partido es seguro.

—De acuerdo, te recogeré a las once.

El se inclinó hacia delante y dejó los labios a unos centímetros de los de ella.

—Vamos a tener que hacer algo especial el miércoles que viene —susurró él sin apartar la mirada de la boca de ella.

— ¿Por qué?

—Entonces ya nos conoceremos una semana más —él esbozó una leve sonrisa—. Sé que empiezo a caerte bien. Por un momento, estuve preocupado.

Estaban tan cerca que ella podía notar su aliento en la cara y su aroma era abrumador.

— ¿Quieres caerme bien? —le preguntó ella mientras se acercaba a él y él le ponía las manos en la cintura.

—Sí. Soy simpático, aunque tengo mis días malos, como todo el mundo.

—Intentaré tenerlo presente.

—Te lo ruego.

Chase la besó en los labios. Ella tenía unos labios increíbles y nunca se cansaría de besarlos. Esa noche dormiría poco. Ya lo sabía. Por eso, para poder pasar la noche, decidió que tenía que recordar cada movimiento de la lengua, cada mordisqueo, cada instante. Le gustaban sus gemidos. Le gustaba sentir su lengua y le gustaba cómo lo agarraba de los hombros. Pero, sobre todo, le gustaba su sabor ardiente, Sabía que si no se apartaba, no podría resistir la tentación de tomarla en brazos y subirla a su piso.

—Eres una mujer diabólica —susurró Chase mientras se apartaba.

Jessica lo observó mientras él abría la puerta y salía.

Ella cerró la puerta con llave y tomó aliento. Chase Westmoreland era tan delicioso como el chocolate, pero no podía ceder a ese apetito voraz.

—Te he echado de menos durante el desayuno.

Jessica sonrió mientras se apartaba para dejarlo pasar. Mientras él caminaba hacia el centro de la tienda con un café en la mano, la luz que entraba por el escaparate resaltaba sus facciones y ella sintió un verdadero anhelo.

—He decidido emplear el tiempo en hacer algo aparte de comer. Ganen o pierdan, creo que los Crusaders de Chase se merecen unas galletas.

Él la miró con la cabeza ladeada y expresión de sorpresa.

— ¿Has hecho galletas?

—Sí —ella sonrió—. He pensado que era lo mínimo que podía hacer por una causa tan digna. Creo que es maravilloso que les dediques tu tiempo.

—No es gran cosa —Chase se encogió de hombros—. Son unos chicos estupendos. Además, me encanta el baloncesto. Mi sueño era ser profesional, pero una lesión me lo impidió. Así que terminé la Universidad y volví.

— ¿Entonces decidiste abrir el restaurante?

Chase sonrió y se apoyó en el mostrador.

—No, la idea no se me ocurrió hasta tres años después. Yo, como tú, trabajé tres años como asesor financiero en una empresa. No tardé mucho en cansarme de los principios de la oficina y en cambiar de profesión —se rió—. Aunque no te lo creas, la idea de abrir el restaurante fue de mis hermanos. Yo fui el que pasó más tiempo con mi abuelo mientras él estaba en activo. Trabajaba en su restaurante cuando salía del colegio y los fines de semana. Él me pasó los secretos de las recetas. Además, como me encantaba cocinar, mis hermanos, que entonces estaban solteros, iban a mi casa a comer y me propusieron que pusiera mi propio negocio —Chase dio un sorbo de café—. Tenía algún dinero ahorrado, mis hermanos también contribuyeron y encontramos el edificio. Al principio era un negocio familiar en el que todo el mundo trabajaba, incluso mis padres, pero en cuanto empecé a ganar algo, decidí contratar a otros trabajadores.

—Y ahora, Chase's Place es un sitio muy frecuentado, famoso por su deliciosa comida sureña —puntualizó Jessica.

—Sí, y estoy muy orgulloso de ello.

—No me extraña. ¿Has pensado en conceder alguna franquicia?

—Sí, sobre todo, últimamente. Sin embargo, tengo que estar

seguro de que no se pierda el ambiente cálido y familiar —Chase miró el reloj—. ¿Estás preparada?

—Sí, sólo necesito ayuda para llevar la caja de galletas hasta el coche.

Ella se dirigió hacia la cocina, pero él dejó el café en el mostrador y la detuvo. Ella lo miró e inmediatamente sintió un nudo en el estómago. Notó la sirena de alarma que le decía que iban demasiado deprisa. Seguía siendo un Westmoreland. Sin embargo, cuando la miraba de aquella manera, no podía reparar en las rencillas familiares.

—Hagamos planes para la semana que viene —susurró él con media sonrisa.

— ¿Qué tipo de planes?

—Cenar el miércoles en mi restaurante, a las ocho.

—Pero yo creía que el miércoles cerrabas a las seis... —Jessica arqueó una ceja.

Él amplió la sonrisa.

—Efectivamente, pero conozco al dueño del Chase's Place y me ha dado permiso para llevar a una invitada especial después de cerrar.

Ella se rió.

— ¿De verdad?

—De verdad.

La sirena de alarma era atronadora, pero prefirió no hacer caso.

—Me encantaría cenar el miércoles contigo.

—Gracias.

Chase se inclinó y la besó.

—Nos sorprendió mucho que Chase invitara a alguien al partido de hoy —le dijo con una sonrisa Tara Westmoreland, la mujer de Thorn—. Nos ha parecido maravilloso.

— ¿Por qué? —preguntó Jessica con perplejidad.

Cuando Chase y ella llegaron al centro social, él la llevó a un grupo de cuatro mujeres. Las presentó como Shelly, Madison y Tara, sus cuñadas, y Dana, la mujer de su primo Jared.

—Porque Chase es muy reservado y nunca había traído a una chica con la que sale a un partido —contestó Shelly, la mujer de Dare.

Jessica se encogió de hombros y se apoyó en una de las gradas.

Faltaban diez minutos para que empezara el partido.

—Realmente, no salgo con él. Nos conocimos esta semana, cuando abrí una pastelería a unos metros de su restaurante. He venido desde California y, como no conozco a nadie, ha sido tan amable de invitarme hoy.

Madison, que estaba casada con Stone, sonrió y le dio una palmada en la mano.

—Créeme, nunca te habría traído con nosotras si no fueras algo especial. Chase protege su intimidad con uñas y dientes.

Las otras tres mujeres asintieron vigorosamente con la cabeza.

Jessica parpadeó sin saber qué pensar. No quería que nadie diera por supuesto que estaban saliendo. Miró hacia la cancha y vio a Chase que estaba hablando con sus hermanos y su primo. Cualquiera podría decir que eran familiares. Ya había conocido a los hombres Westmoreland y le habían parecido amables y simpáticos, aunque no quería que lo fueran.

Mientras iban en el coche, Chase la había sorprendido al invitarla al bautizo de sus sobrinas gemelas, al día siguiente, y al banquete que se iba a celebrar después en su restaurante. Introducirla en un acontecimiento familiar tan importante le había parecido excesivo y ella había declinado la invitación. Además, al día siguiente había quedado en ir a ver a Donald Schuster. Lo había llamado el día anterior y él había aceptado recibirla en su casa.

—Chase ha vuelto a mirar hacia aquí —comentó Tara con una sonrisa—. Jessica, sonríe a Chase para que sepa que no lo pasas mal con nosotras.

Jessica tuvo que sonreír. Esas mujeres Westmoreland era increíbles. Le caían bien. Miró a Chase y sonrió. Él también sonrió antes de dirigirse a los muchachos de su equipo.

—No miréis ahora, pero ahí vienen los chicos —comentó Dana al ver que su marido subía las graderías acompañado por sus primos.

—Tendrán tanta curiosidad por conocerte como nosotras —susurró Shelly a Jessica.

Jessica la miró con cierto nerviosismo.

—No irán a preguntarme algo sobre mi relación con Chase…

Tara se rió.

—No, confían en que nosotras te lo saquemos y luego se lo

contemos.

—Pero tampoco te extrañe si Dare te hace alguna pregunta —añadió Shelly con una sonrisa—. Es el policía que lleva dentro. No te lo tomes como algo personal. Además, es el hermano mayor y se siente un poco responsable, aunque no lo reconozca. Al comprobar lo ilusionado que está Chase contigo, se pondrá un poco chismoso.

Jessica las miró fijamente sin saber si hablaban en serio. No tardó en darse cuenta de que, efectivamente, hablaban en serio.

Tragó saliva cuando el grupo de hombres llegó hasta ellas e intentó dominarse,

—Entonces, ¿de dónde eres, Jessica? —le preguntó Dare a bocajarro.

—De Sacramento —contestó ella con una sonrisa forzada—. ¿Has estado allí?

—Sí, hace unos años, en un congreso sobre el cumplimiento de la Ley. Es una zona muy bonita.

—Sí, es una zona muy bonita —repitió ella.

— ¿Por qué te marchaste?

Jessica notó que todo el mundo esperaba su respuesta. Ella no se ponía nerviosa fácilmente, pero Dare Westmoreland estaba consiguiéndolo. No era impertinente con las preguntas, pero ella detestaba verse en la situación de tener que explicarse. Sin embargo, en ese caso, lo haría. Era evidente que los Westmoreland eran como una piña y ella envidiaba lo mucho que se cuidaban unos a otros.

—Por estrés en el trabajo —contestó ella mientras se apoyaba en la grada y se quitaba un mechón de la cara—. Era abogada en un…

— ¿Eres abogada? —la interrumpió Jared.

Ella lo miró. Sabía que era el abogado de la familia. Sonrió cuando todo el mundo se quedó en silencio.

—Sí. Fui a la Facultad de Derecho de UCLA y luego entré en una gran empresa. Al principio, mi trabajo me encantaba, pero con el tiempo me di cuenta de que la empresa no tenía principios y me vi defendiendo actuaciones que yo sabía que eran incorrectas.

— ¿Y te marchaste?

Jessica pasó a mirar a Tara y sintió alivio al ver la mirada de admiración de la mujer.

—Sí, pero antes me tracé un plan laboral. Mi abuela falleció y

me dejó una herencia, que yo utilicé para cumplir mis sueños. Siempre me ha encantado la repostería y preparar dulces de chocolate y decidí que necesitaba un cambio de aires y de profesión.

— ¿Por qué en Atlanta?

Jessica contuvo el aliento y volvió a mirar a Dare. Sus ojos oscuros parecían decir que sospechaba que no estaba contándoles todo.

—Conocí a una chica que había vivido aquí y me contó que se vivía muy bien. Además, todo el mundo sabe que es una ciudad en alza.

Dare abrió la boca para seguir con las preguntas, pero en ese momento sonó la sirena que indicaba el principio del partido. Todos dirigieron la atención a la cancha. Jessica se sintió aliviada, pero se dio cuenta de que Dare seguía mirándola y pensó que no podía bajar la guardia.

—Estarás orgulloso de que tu equipo haya ganado —le comentó Jessica a Chase, horas más tarde, mientras se dirigían hacia el coche de él.

Después del partido, los padres habían servido unos refrescos y las golosinas de Jessica habían sido todo un éxito.

—Sí, lo estoy, creo que los chicos lo han hecho muy bien. Han jugado bien en equipo y eso es lo más importante, el equipo, no las individualidades. Si consigo metérselo en la cabeza, serán mejores deportistas cuando lleguen a ser profesionales, si llegan a serlo —Chase miró el reloj—. Mi hermana Delaney y su familia ya habrán llegado y todos estarán en casa de mis padres. ¿Te gustaría ir allí un rato conmigo?

Jessica resopló. Lo había pasado muy bien con su familia, pero no quería seguir dándoles la impresión de que tenía alguna relación con Chase.

—Gracias por la invitación, pero creo que me voy a retirar. Ha sido una semana muy agitada para mí. La inauguración estuvo muy bien, pero fue agotadora y quiero pasar el resto del día y mañana descansando.

—Muy bien.

Chase le pasó un brazo por los hombros mientras seguían hacia el coche. Jessica empezaba a comprobar que él era encantador y no

quería imaginarse cuál sería su reacción cuando descubriera que ella no le había contado todo sobre sí misma. Sin embargo, hasta que pudiera demostrar la inocencia de su abuelo, cuanto menos supiera él, mejor.

Capítulo Cinco

Jessica pasó con su coche la puerta de seguridad de la finca de Schuster. Se alegraba de que Donald Schuster accediera a recibirla. Le había comentado que se acordaba de su abuelo y seguramente tendría curiosidad por saber qué quería.

Mientras se acercaba a la enorme casa, pensó que le sería muy fácil demostrar la inocencia de su abuelo si el señor Schuster le decía quién le había dado la receta de los Westmoreland. Luego, presentaría sus hallazgos a los Westmoreland y seguiría con la vida que había planeado. Durante esa semana había comprobado que la gente quería una pastelería en esa zona y más de un negocio de los alrededores le había propuesto que les suministrara sus productos.

Al cabo de unos instantes, Jessica llamó con los nudillos en una puerta enorme de madera y parpadeó cuando la abrió un mayordomo uniformado.

— ¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Soy Jessica Claiborne, he venido a ver al señor Schuster.

Jessica siguió al mayordomo sin poder dejar de mirar la extravagancia del lugar. Todo indicaba que se habían gastado mucho dinero, pero parecía más un museo que un hogar.

El mayordomo se detuvo y abrió una puerta que daba paso a un patio acristalado. Un anciano, más o menos de la edad de su abuelo si hubiera vivido, estaba sentado en una silla de ruedas mirando a un lago inmenso.

—Señor Schuster, su invitada ha llegado —le anunció el mayordomo.

El hombre dio la vuelta a la silla de ruedas para miraría con una sonrisa.

—Entre —le dijo con una voz enérgica mientras le señalaba una

butaca—. Me dijo que quería hacerme algunas preguntas sobre su abuelo y el incidente de las recetas de los Westmoreland.

Jessica asintió con la cabeza.

—Todo el mundo dice que mi abuelo se las dio a usted.

El hombre agitó una delicada mano en el aire.

—Nadie me dio nada. Algunos de mis platos principales podían saber como los de ellos, pero no eran los de ellos. Intenté decírselo a Scott Westmoreland, pero era demasiado cabezota como para escucharme y supongo que las cosas se complicaron cuando se enteró de que yo había intentado convencer a su abuelo para que fuera mi socio. Sin embargo, él era muy amigo de Westmoreland y eso nada lo estropearía.

Jessica no pudo replicar porque entró el mayordomo con una bandeja con té helado.

—Evidentemente —dijo Jessica cuando se hubo ido el mayordomo—, algo estropeó su amistad porque dejó de trabajar con Scott Westmoreland.

—Sí, pero habría acabado volviendo. Los dos discutían todo el rato, pero siempre resolvían sus diferencias y volvían a juntarse. Formaban un equipo increíble. Su abuelo era un gran cocinero y Scott era un empresario impresionante, aunque fuera muy tozudo. Además, tengo entendido que su nieto, Chase Westmoreland, es como él. Creo que es un cocinero fantástico y que tiene buena cabeza para los negocios cuando se trata de llevar un restaurante.

Jessica sonrió al pensar que el anciano había dedicado un halago muy bonito a Chase.

— ¿Está seguro de que es imposible que haya utilizado alguna receta de los Westmoreland?

—A mi edad ya no estoy seguro de nada —el hombre soltó una carcajada—, pero mi cocinero de entonces me dijo que eran sus recetas y yo no tenía ningún motivo para no creerlo.

—Entiendo. ¿Podría darme su nombre?

—Theodore Henry. Lo llamábamos Teddy.

— ¿Sigue trabajando para usted?

— ¡No! Hace años que dejó de trabajar para mí, pero creo que tiene una empresa de catering en la ciudad.

Jessica dio un sorbo de té, dejó el vaso en la mesa y sonrió.

—Gracias, señor Schuster, me ha ayudado mucho y le agradezco

que me haya dedicado su tiempo. Me propongo encontrar el señor Henry y hablar con él.

—Chase, ¿quieres dejar de mirar por la ventana? Jessica no ha vuelto todavía. Si no te conociera, diría que está colado por ella.

Chase se volvió y miró a su hermano con el ceño fruncido.

—La conocí hace sólo unos días, Thorn.

— ¿Y qué? —Thorn se encogió de hombros—. Tara tardó unos segundos en volverme loco.

Chase sacudió la cabeza. Podía recordar perfectamente la noche en que Thorn y Tara se conocieron. A Tara le gustaba tanto, que Thorn tuvo suerte de que no arremetiera contra él.

—Nadie está volviéndome loco —replicó Chase al cabo de unos segundos.

—Si tú lo dices...

Chase resopló. A veces le habría gustado ser hijo único.

—Dare dice que hay algo sospechoso en ella —añadió Thorn.

Chase arqueó las cejas todo lo que pudo.

—Dare es policía. Cree que todo el mundo es sospechoso.

—Eso es verdad. Creo que no le gustó que hablara tan poco de sí misma y de su familia.

Chase se apoyó en una mesa y se acordó de todo lo que le había contado ella la otra noche. Era algo que no habría contado a todo el mundo si le hubiera pasado a él. Le conmovió que ella se lo hubiera contado.

—Es una persona discreta, Thorn. No le des importancia.

— ¡Eh! A mí me da igual si tu chica tiene secretos —replicó Thorn con una sonrisa.

—No es mi chica.

— ¿Quién no es tu chica? —preguntó su hermana Delaney, que acababa de entrar.

—La estrella del chocolate —contestó Thorn entre risas—. Hace las mejores galletas de chocolate que puedas imaginarte.

Chase entrecerró los ojos.

—Las hizo para los chicos del equipo, pero ya me fijé en que Stone, Dare y tú os comisteis algunas.

—Parecían tan buenas que no pude evitarlo y me recordaron a las que hacía el cocinero del abuelo antes de que se separaran.

Chase iba a decir algo cuando vio que el coche de Jessica

entraba en el aparcamiento.

—Vaya, parece que ya ha vuelto tu chica —comentó irónicamente Thorn.

Chase se encogió de hombros.

— ¿Y bien?

—Eso es lo que yo me pregunto —contestó Thorn mientras salía de la habitación.

Eran casi las cinco dé la tarde cuando Chase terminó de ordenar el restaurante y sacó la basura. Sus hermanos se habían quedado a ayudarlo, pero se alegraba de que se hubieran ido. Ya le habían tomado el pelo suficientemente para todo el fin de semana.

Cerró la puerta del restaurante y miró hacia la tienda de Jessica. Se preguntó qué estaría haciendo ella. Había dicho que iba a pasar el fin de semana descansando, pero tenía ganas de verla.

Lo que le había dicho a Thorn era verdad. Sólo la conocía desde hacía unos días, pero en tan poco tiempo había sabido más cosas de ella que de algunas mujeres con las que había salido meses. Se había enterado de todas sus desgracias y de que le encantaba cocinar. A él le gustaba hablar con ella y no le importaba hablarle de la lesión que le había impedido ser jugador de baloncesto. Sin embargo, no le había contado nada de Iris y de su desengaño amoroso.

Sonrió al acordarse del éxito de Jessica con los chicos del equipo y sus padres. Todos agradecieron el detalle de las galletas. Ella no había mostrado ninguna timidez al tratar con todo el mundo, entre otros, con su familia. Le gustaba su sonrisa cuando algo le hacía gracia, pero también le encantaba cuando fruncía el ceño. Durante esos días, él le había hablado más de sí mismo de lo que lo había hecho con cualquier otra mujer.

Sin embargo, ¿cómo podía confiar en ella o en cualquier otra mujer? Después de Iris, no confiaba mucho en los demás, pero menos aún en las mujeres. Era reservado con sus asuntos personales. Estaba muy unido a sus hermanos y primos y de vez en cuando comentaba con ellos cosas que le importaban, pero nunca hablaba de mujeres. Las mujeres entraban y salían de su vida sin dejar rastro y quería que siguiera siendo así.

Entonces, ¿por qué estaba obsesionándose con Jessica Claiborne?

Fue hacia el coche, pero se paró antes de abrir la puerta. Tomó aire y se dirigió hacia la tienda de Jessica. A cada paso que daba intentaba convencerse de que sólo quería portarse como un buen vecino que se interesaba por ella. La saludaría desde la puerta y se iría.

Al cabo de unos instantes, cuando ella abrió la puerta, todas sus intenciones de marcharse inmediatamente se disiparon. Era evidente que ella acababa de ducharse. También era evidente que no llevaba sujetador debajo de la camiseta. Parpadeó para no mirarla fijamente. Tenía unos pechos maravillosos. Parecían abundantes y firmes bajo la tela de algodón. Tenía que dejar de mirarlos y de desear saborearlos.

Apartó la mirada de los pechos y la bajó. Llevaba unos pantalones cortos que dejaban al descubierto sus impresionantes piernas y notó que la atracción empezaba a ser irresistible. Debería evitar a Jessica como a la peste. La relación entre ellos no era la que sus hermanos suponían, pero reconocía que sentía una punzada de deseo irreprimible cada vez que la veía o estaba cerca de ella. ¿Por qué se exponía a ese delirio? Tomó aire y olió el aroma que desprendía, parecía canela, sensual y agradable.

—Chase...

Él oyó su nombre y se acordó de que estaba allí sin decir nada.

— ¿Puedo entrar? —preguntó por fin.

Jessica lo miró a los ojos con las piernas temblorosas. Le resultaría fácil librarse de él. Sólo tenía que rechazar su petición, pero, por algún motivo, no quería hacerlo. Intentó convencerse de que aquella atracción que existía entre ellos había llegado demasiado lejos y que era el momento de tomar una decisión drástica. Si le decía que era la nieta de Carlton Graham, él se marcharía, pero no estaba preparada para hacerlo. No podía decírselo hasta que pudiera demostrar la inocencia de su abuelo.

Tomó aire y retrocedió. Cuando él estuvo dentro y la puerta cerrada, Jessica pudo notar que los ojos de él resplandecían de deseo. Lo primero que pensó fue en correr escaleras arriba, pero sabía que él la seguiría. También podía quedarse en el sitio y llevarse algo que los dos deseaban. Para ser alguien a quien no le gustaban los besos, empezaba a estar obsesionada con ellos. Su boca prácticamente tenía la marca de propiedad de Chase. Jessica se

acercó a Chase como atraída por un imán y él hizo lo mismo.

—Es un disparate —susurró ella mientras se entregaba a sus brazos.

—Sí, un verdadero despropósito —confirmó él mientras la estrechaba con fuerza.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y él hizo lo que empezaba a ser tan normal como respirar: se adueñó de la boca de ella con la suya y encendió la mecha de la pasión entre ellos. Besarlo era cada vez mejor. Él le recorría las comisuras de los labios con la lengua, primero se deleitaba delicadamente con su boca, como si fuera un vino añejo, y luego la besaba desenfrenadamente y se apoderaba de su lengua hasta enloquecerla. Sólo con Chase se entregaba completamente a ese intercambio tan íntimo. Él tenía la capacidad de despertar en ella sensaciones que quería conocer. Ella sólo podía limitarse a estremecerse en sus brazos.

Al cabo de unos instantes, él se apartó, le tomó la cara entre las manos y le dio un beso en la frente.

—Sólo quería comprobar que estabas bien —Chase se dio cuenta de que era una excusa muy mala—. Sobre todo, quería volver a saborearte.

Cedió a su deseo incontrolable y volvió a besarla en la boca, hasta que se separó y sus miradas se encontraron. Sabía que unos minutos antes los dos habían acertado. Aquello era un disparate, sin embargo, eso no impidió que volviera a besarla antes de marcharse.

Jessica nunca había sabido contar ovejas. Además, ¿cómo iba a contar ovejas si Chase ocupaba todos sus pensamientos? Todavía tenía el regusto de su boca y sentía su cuerpo contra el de ella. Jadeaba sólo de recordar la erección que tuvo contra sus muslos mientras la besaba cada vez con más intensidad. Ella podría haberlo detenido, pero no iluso hacerlo. El tampoco lo hizo hasta que fue demasiado evidente que de seguir por aquel camino, ella habría acabado en el suelo sin pantalones, con las piernas separadas y Chase desnudo entre ellas. Después de besarla hasta una deliciosa semiinconsciencia, le deseó que durmiera bien y se marchó.

Jessica no podía dormir. Cerró los ojos y recordó a Chase en medio de la tienda mirándola con ojos de deseo incontenible. Dio un respingo al oír el teléfono y lo descolgó mientras miraba el reloj. Sonrió y se sentó en la cama. ¿Cómo podía haberse olvidado de la

llamada que recibía todos los domingos a esa hora?

—Hola...

—Hola, Jess. ¿Qué tal todo?

La sonrisa de Jessica se amplió al oír la voz de Jennifer.

—La inauguración fue maravillosa.

—Siento habérmela perdido.

—Lo entiendo, de verdad...

Habían nombrado a Jennifer gerente del colegio en Philadelphia y como el curso escolar acababa de empezar, no había podido tomarse unos días libres.

— ¿Has sabido algo de Savannah últimamente?

Jessica preguntó por su hermana, dos años mayor que ella, y que trabajaba casi todo el tiempo en el extranjero como fotógrafa.

—Sí, me ha llamado hoy y me ha dicho que había intentado hablar contigo, pero que no estabas en casa y no pudo conectar con tu teléfono móvil. Naturalmente, no dejó ningún mensaje. Ya sabes cómo detesta hablar con esos cacharros. También he hablado con Rico y me ha dicho que piensa pasar por ahí la semana que viene.

—Estoy deseando verlo —Jessica sonrió.

Rico era cuatro años mayor que ella y detective privado. Jessica lo adoraba.

Jessica y Jennifer hablaron durante una hora y ella le contó a su madrastra las pesquisas para demostrar la inocencia de su abuelo.

— ¿Estás segura de que Chase Westmoreland no sabe quién eres? —le preguntó Jennifer.

—Sí, estoy segura. Para él soy Claiborne y no me relaciona con Graham.

—Bueno, espero que no estés cometiendo un error al no decirle la verdad desde el principio.

—Él es un Westmoreland. No me creería. Como su abuelo no creyó a mi abuelo.

—Por lo que me has contado, también me parece un hombre especial. Seguramente, alguien que podría interesarte...

¡Y tanto! Se dijo Jessica al acordarse de la atracción que sentían el uno por el otro.

—Ya sabes lo que pienso sobre las relaciones serias, Jennifer.

—Sí, y yo también tengo motivos para pensar lo mismo, pero todos tenemos la necesidad de que alguien nos ame.

Jessica suspiró. Hasta que conoció a Chase, ella habría negado que esa necesidad existiese, pero en ese momento…

—Será mejor que colguemos, seguro que tienes mucho trabajo.

Jessica colgó y se puso más cómoda en la cama. No podía reprimir otro tipo de deseo que intentaba adueñarse de su cabeza y de su cuerpo. Era un deseo que no había sentido jamás, pero que aparecía siempre que Chase la besaba. Era el deseo de dar un paso más y tener una aventura con él, una aventura basada en el deseo, no en el amor, algo que no había hecho hasta entonces. No sabía si podría resistirlo y si podría resistir esa pasión. Quizá lo mejor fuera que se mantuviera alejada de la tentación.

Capítulo Seis

—Entonces, ¿se acuerda de las dos camareras que trabajaban con mi abuelo? —le preguntó Jessica a la señora Stewart mientras rellenaba el mostrador de pasteles.

—Claro, Paula Meyers y Darcy Evans. Paula sigue viviendo en College Park y Darcy se mudó a Macón hace unos años para estar más cerca de su familia.

—¿Y qué sabe de Theodore Henry? El cocinero del señor Schuster.

—Sí, también lo conocí. Era un soltero guapo, amable y bastante reservado. Iba poco a la iglesia, pero no molestaba a nadie. Hacía su trabajo y sólo se ocupaba de sus asuntos.

Jessica asintió con la cabeza. Tenía pensado hablar con el señor Henry y Paula Meyers a finales de la semana. Quizá tardara más tiempo en ver a Darcy Evans porque tendría que ir a Macón.

Prefería hablar directamente con todos. Cuando fue abogada aprendió que la comunicación cara a cara era mucho más efectiva que las conversaciones por teléfono.

Unas horas más tarde, la señora Stewart se marchó y ella se quedó sola pensando en la especialidad que haría para el día siguiente. Sin embargo, sólo podía pensar en Chase. No podía quitarse de la cabeza el placer que sentía al besarlo. Recordaba claramente el delicado y poderoso movimiento de su lengua dentro de su boca y sobre sus labios. Tenía la capacidad de derribar cada muro que ella levantaba y eso era un problema.

Miró el reloj. Todavía le quedaba una hora. Cuando Donna, la camarera del restaurante de Chase, había pasado por allí para comprar unos pasteles de chocolate, había dicho que él tenía que marcharse inesperadamente a Knoxville porque había tenido un

problema con los suministros y que no volvería hasta el miércoles. Ella recibió la noticia encogiéndose de hombros y con la esperanza de que eso indicara indiferencia, lo cual no era verdad. ¿Cómo iba a sentir indiferencia si ya estaba echándolo de menos?

Iban a cenar en el restaurante de él, después de cerrarlo, para celebrar que se conocían desde hacía una semana. El sólo quería pasar un rato agradable con una mujer por amistad y nada más. Era verdad que se habían dado unos cuantos besos, pero su relación se basaba en la amistad, aunque también pudiera desmoronarse cuando él se enterara de quién era ella.

Suspiró al oír el teléfono y lo descolgó.

—Deseos Irresistibles, dígame...

—Sí, estoy contestando a una llamada de Jessica Graham. Soy Paula Meyers.

—Señora Meyers... —Jessica sonrió—. Gracias por llamarme.

— ¿Seguro que no quieres nada más, Chase?

Chase levantó la mirada de la factura. Estaba deseando largarse de Knoxville y volver a su casa, pero parecía que la hija de Sam Nesbitt volvía al ataque. Storm había salido algunas veces con Cyndi, pero como él ya estaba casado, ella, evidentemente, había dirigido su atención hacia el hermano soltero.

—Completamente seguro. Parece que todo está bien.

—Yo lo aseguraría rotundamente... —replicó ella mientras lo miraba de arriba abajo y se pasaba la lengua por los labios.

El no sintió absolutamente nada. Si hubieran sido los labios de Jessica, no habría podido contener una oleada de anhelo.

—Estoy a punto de cerrar la tienda, Chase. Conozco un sitio adonde podemos ir para pasar el rato...

Chase arqueó una ceja. Storm ya le había comentado que Cyndi no se andaba con rodeos. La miró y supo que ella podría cumplir con su oferta de «pasar el rato», pero a él no le interesaba. La única mujer que le interesaba estaba en Atlanta.

—Gracias por la oferta —replicó él con una sonrisa—, pero todavía tengo que hacer algunas cosas antes de volver mañana a Atlanta. Dile a tu padre que he sentido no verlo.

—Claro, se lo diré —concluyó ella con un gesto de decepción.

Chase volvió a su hotel, se duchó y se tumbó en la cama. Jessica apareció en sus pensamientos y él notó que le bullía la sangre. No

había conocido a nadie como ella. Sabía que no debería pensar tanto en ella, pero no podía evitarlo. Sólo era una atracción sexual fruto de seis meses de abstinencia, pero Jessica tenía algo que le impedía desear a otra mujer que no fuera ella.

Se irguió y agarró la tarjeta de Deseos Irresistibles que le había dado Jessica. Agarró el teléfono y empezó a marcar el número. Miró la hora. Eran casi las ocho y esperó no molestarla.

— ¿Dígame?

Él dejó escapar un suspiro al oír su suave voz. Notó que la sangre se le convertía en lava ardiente y se dejó caer contra la almohada.

—Hola, Jessica. Soy Chase.

Jessica se acurrucó en la cama y las entrañas le abrasaron. Tomó aire. La voz de Chase la alteraba.

—Chase, ¿qué tal?

—Mucho mejor desde que estoy hablando contigo.

Jessica notó un estremecimiento al oír aquellas palabras. Chase sabía cómo derrumbar las defensas de una mujer.

—Esta mañana he tenido que irme inesperadamente a Knoxville. He tenido un problema con mis proveedores y no me ha quedado más remedio que presentarme para arreglarlo.

—Tengo entendido que Knoxville es una ciudad muy bonita —comentó Jessica.

—Lo es. Compruebo que nunca has estado aquí...

—No, nunca he ido —Jessica sonrió.

—Entonces, tendré que invitarte a que vengas conmigo la próxima vez.

Chase susurró las palabras con un tono grave y ronco. Parecía como si su aliento pudiera recorrer el hilo telefónico para acariciarla cálidamente.

—Me encantaría.

La situación volvía a dispararse.

— ¿Qué tal tu día? —le preguntó él.

Ella no quería pensar en la reunión que había tenido esa tarde con Paula Meyers. La buena mujer no había podido aclararle quién había pasado las recetas al cocinero de Schuster. La tarde siguiente, Jessica iría a Macón para encontrarse con Darcy Evans, pero ésta no había mostrado mucho entusiasmo por la visita.

—Muy bien. La cosa va viento en popa. He firmado otro contrato para suministrar la pastelería a un hotel de la zona.

—Parece que te va bien, pero yo ya sabía que te iría bien.

—Gracias. Entonces, ¿cuándo volverás?

—El miércoles. No te habrás olvidado de la cena, ¿verdad?

Ella tomó aliento para no decirle que no había pensado en otra cosa. Ni siquiera el decepcionante encuentro con Paula Meyers había empañado sus pensamientos de cenar el miércoles con Chase.

—No me he olvidado. Me apetece mucho.

—A mí también. Seguro que has tenido un día muy atareado y tienes que descansar. Buenas noches, Jessica —añadió él al cabo de unos instantes.

A ella le espantó tener que acabar la conversación.

—Buenas noches, Chase y gracias por la llamada.

Jessica colgó y se pasó la yema de los dedos por los labios mientras se acordaba de cuando la lengua de Chase había hecho lo mismo. El recuerdo hizo que se excitara. Podía oír la lluvia que golpeaba contra el tejado. Ahuecó la almohada segura de que en cuanto cerrara los ojos, los recuerdos de Chase la consumirían, incluso en sueños.

Jessica podía notar que Darcy Evans estaba ocultándole algo. Era una mujer de treinta y tantos años que le había dicho que había accedido a hablar con ella por el respeto que sentía hacia el abuelo de Jessica. Hacía dieciocho, ella era una madre soltera de diecisiete años que necesitaba un trabajo y Carlton Graham habló con Scott Westmoreland para que la contratara como camarera. Ella no se quedó mucho tiempo después de que Scott y Carlton se separaran.

— ¿Así que no sabe cómo fueron a parar las recetas de Westmoreland a manos del cocinero de Schuster?

Jessica observó la expresión de la mujer, que estaba con la cadera apoyada en la puerta.

— ¿Cómo iba a saberlo? Yo sólo era una camarera.

— ¿Fue camarera durante algunos meses? —le preguntó Jessica sin dejar de mirarla.

—Cuatro meses, para ser más exactos.

— ¿Y durante ese tiempo nunca trabajó en la cocina?

— ¿De qué está acusándome? —los ojos de la mujer echaban chispas.

—No la acuso de nada —Jessica suspiró—. Sólo intento encontrar la solución a un rompecabezas.

— ¿Qué le importa? —la mujer levantó la cabeza—. Scott Westmoreland y Carlton Graham están muertos. ¿Qué importa lo que pasara con las recetas?

—Aunque hayan fallecido, sus descendientes merecen saber la verdad y hasta entonces, la honradez de mi abuelo estará en entredicho. Eso es injusto. Me he propuesto demostrar que no es culpable de ningún acto inmoral.

Jessica notó que la otra mujer miraba alrededor del apartamento para no encontrarse con sus ojos.

—Su abuelo era un buen hombre.

—Sí, yo también lo creo —Jessica sonrió—, pero murió sabiendo que había una mancha en su historial y eso le disgustaba. Sólo le pido que si recuerda algo que pueda ayudarme a limpiar su nombre, por favor, me lo diga.

—No recuerdo nada —replicó Darcy Evans demasiado rápidamente.

Chase miró alrededor. Su despacho se había transformado en algo que casi no reconocía. Cuando estaba en la cocina preparando la cena que iba a ofrecer a Jessica, le había dado instrucciones a Donna sobre cómo quería que lo preparara todo y su eficiente camarera se lo había tomado muy en serio. Estaba contento con el comedor que había organizado, pero las flores, las velas y la chimenea... Era imposible no pensar en la seducción. Desearía besarla, llevarla al pequeño apartamento que tenía arriba y desvestirla. Podría acariciarle los pechos, el vientre, los muslos y, naturalmente, esa zona entre las piernas que tanto anhelaba. Notó una punzada de deseo en las entrañas. Quería hacer algo más que acariciarla. Quería devorarla y ver cómo se le empañaban los ojos con todo el placer que él necesitaba entregarle mientras ella separaba las piernas y la lengua de él...

— ¿Encuentras todo a tu gusto, jefe?

Chase dejó a un lado sus pensamientos y se volvió para mirar a Donna.

—Te has pasado un poco, ¿no?

—Bueno... —la camarera se rió—. Si tenemos en cuenta cómo fueron las cosas la primera vez que Jessica Claiborne puso un pie en

tu despacho, supuse que necesitarías toda la ayuda que yo pudiera ofrecerte y me imagino que a ella le gustará que le den de beber y comer como a todas nosotras...

Chase asintió con la cabeza y miró a la mujer que había contratado hacía seis meses. Donna se había convertido en alguien en quien podía confiar. Aunque no sabía mucho de su vida personal, que ella protegía mucho, sí sabía que tenía veintitrés años y que iba a una escuela nocturna para sacarse un título en administración de empresas.

Unas horas después, cuando Chase ya estaba solo, notó que sus instintos más primitivos se adueñaban de él. No había visto a Jessica desde el domingo y aunque había hablado con ella el lunes por la noche desde Knoxville, se había convencido para no llamarla el martes. También se había convencido de que el deseo que sentía por ella era natural y que tendría que pasar por alto el anhelo que se apoderaba de sus entrañas cuando estaba cerca de ella. Esa noche los dos celebrarían que se conocían desde hacía una semana, aunque no quería dar demasiada importancia a que nunca hubiera conmemorado estar una semana con ninguna mujer.

Suspiró de impaciencia por volver a verla, por besarla, por hablar con ella... frunció el ceño y se preguntó qué estaba pasándole. No pudo pensarlo mucho porque llamaron a la puerta.

Chase abrió la puerta y se quedó clavado mirando a la mujer que tenía enfrente. Llevaba una falda y una blusa que habrían parecido muy normales en otra mujer. A ella le resaltaban unos pechos abundantes, una cintura estrecha y unas caderas redondeadas. Bajó la mirada para observar las tentadoras piernas que dejaba ver la corta falda. Su aroma, especiado y seductor, también estimuló algo en su interior. Como si necesitara más estímulos...

No dijo nada y ella se pasó nerviosamente la lengua por el labio inferior. Una lujuria pura y arrebatadora lo dominó sin compasión.

—Espero no haber llegado demasiado pronto, Chase —dijo ella con suavidad.

Él le miró la boca.

—No, has llegado justo a tiempo.

Chase se apartó para que ella pasara y luego cerró la puerta. La tensión sexual casi podía sentirse físicamente y la necesidad de

tomarla entre sus brazos y abrazarla lo abrumaba.

—He pensado contribuir con el postre —Jessica le dio una caja —. Es tarta de queso con chocolate.

—Gracias.

Chase notó que perdía el control. Dejó la tarta sobre una mesa y la abrazó. En cuanto los labios de ambos se encontraron, Chase supo que besarla se había convertido en una adicción. Tendría que ser ilegal que la boca de una mujer fuera tan sabrosa y capaz de despertar su apetito sexual. Hasta entonces no había sabido cuánto necesitaba aquello. Necesitaba su lengua, sentir los pechos de ella contra él y oír sus gemidos cuando la besaba. Además, el cuerpo de Jessica se ceñía perfectamente a su vientre y tomaba entre los muslos su erección.

Si no detenía aquel disparate, la tomaría allí mismo. Lentamente, contra su voluntad, Chase levantó la cabeza y casi se abrasó con la ardiente mirada de ella.

—He pensado que sería mejor cenar en mi despacho —susurró él casi sin despegar los labios de la boca anhelante de ella—. Así, nadie verá las luces y pensará que el restaurante está abierto.

—Me parece bien.

Chase volvió a notar una punzada apremiante en las entrañas y tomó aire para no fijarse en la boca de ella. Intentó recuperarse, agarró la caja de la tarta y la acompañó por el vestíbulo con una mano en el centro de su espalda. No dijeron nada. Cuando llegaron a la puerta del despacho, él la abrió y la observó mientras ella entraba.

Ella se fijó inmediatamente en la mesa puesta para dos, en la chimenea, en las flores y en las velas. No dijo nada y se dio la vuelta lentamente. Su mirada era acariciadora y no aplacó el deseo de él sino que lo excitó.

—No hacía falta que te tomaras tantas molestias, Chase —susurró ella con una leve sonrisa.

Él se acercó a ella, dejó la caja sobre la mesa de despacho y apretó los puños para evitar la tentación de volver a abrazarla.

En ese ambiente, ella estaba más sexy que nunca. Haberla besado sólo había complicado las cosas.

—Espero que te guste la cena. Es una receta secreta de los Westmoreland de pollo relleno.

Jessica tragó saliva. No tenía ningunas ganas de oír hablar de las recetas secretas de los Westmoreland.

— ¿Está bueno?

—Tú decidirás —Chase se rió mientras separaba una silla para que ella se sentara—. Te serviré.

Jessica se sentó y lo miró mientras él servía el plato con destreza. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos durante esos días. Tampoco se había dado cuenta de lo mucho que había necesitado que la besara. Tenía una belleza morena y sofisticada y, además, ella percibía algo indomable en él.

—Al ataque —propuso él mientras se sentaba.

Durante la cena hablaron de muchas cosas. Él incluso le dio algunos consejos para promocionar su negocio en Internet. Luego, disfrutaron con la tarta que había llevado ella.

— ¿Te ha gustado la cena? —le preguntó Chase cuando ya estaban sentados delante de la chimenea con una copa de vino.

—Me ha encantado —Jessica sonrió—. El pollo relleno estaba delicioso —echó una ojeada alrededor—. Me ha encantado todo, pero me preguntaba...

Jessica dudó y no terminó la frase.

— ¿Qué te preguntabas?

Ella se mordió nerviosamente el labio inferior.

—Me ha parecido que quizá fuera un poco excesivo para dos personas que han decidido ser amigos y nada más.

Chase se había agachado para echar otro tronco a la chimenea. Arqueó una ceja y miró a Jessica.

— ¿Cuándo hemos decidido eso? Dijimos que las cosas iban demasiado deprisa y que había que tomárselas con más calma. También acordamos tomarnos algo de tiempo para conocernos mejor. Pero no recuerdo que dijéramos que sólo íbamos a ser amigos. Es más, espero lo contrario. No quiero ser sólo tu amigo.

Chase la miró detenidamente mientras se levantaba y se fijó en cada matiz de su expresión mientras ella asimilaba lo que él había dicho.

— ¿Qué quieres decir? —susurró ella.

Él suspiró porque sabía que sólo podía decirle la verdad. Quería ser su amante y no su amigo.

Normalmente, él no se precipitaba tanto con una mujer, pero con Jessica no podía hacer otra cosa.

—Ya hemos comentado la atracción que sentimos el uno por el otro, pero me parece que hay un problema más profundo.

— ¿Cuál? —le preguntó ella con el ceño fruncido.

—Te deseo, Jessica —respondió él en tono serio—. Además, creo que tú también me deseas. Podemos hacer muchas cosas para intentar cerrar los ojos ante esa evidencia, pero el resultado final será el mismo.

— ¿El resultado final? —preguntó ella con una ceja arqueada.

—Sí.

— ¿Cuál será?

—Seremos amantes. Quizá no sea esta noche, pero lo será otra cualquiera. La atracción es demasiado fuerte. No voy a obligarte ni a engañarte, pero haré todo lo posible por seducirte.

Las palabras de Chase retumbaron en la cabeza de Jessica y le despertaron el deseo, aunque ella no quisiera que lo hicieran. Hicieron algo más que eso, encendieron algo primitivo. Ella se volvió para mirar hacia las llamas de la chimenea, pero parecían apagadas en comparación con el fuego abrasador que sentía en el vientre.

Durante dos días había intentado concentrarse en descubrir cómo el cocinero de Schuster se había hecho con las recetas de los Westmoreland, pero Chase había estado siempre en lo más profundo de sus pensamientos.

Vio que él se acercaba y se ponía detrás de ella. También olió su aroma masculino y supo que lo que él había dicho era verdad. Sin embargo, si tenía en cuenta la historia de las dos familias, una aventura con él no era nada aconsejable. Aunque él tenía razón, antes o después se acostarían juntos. A ella no le gustaba el sexo, pero sabía que las cosas serían distintas con Chase. Él ya había conseguido que ella cambiara de opinión respecto a los besos.

—Jessica...

Chase susurró su nombre justo antes de agarrarla y darle la vuelta delicadamente. La miró con unos ojos penetrantes y derrumbó todas sus defensas. Durante muchísimo tiempo había sido una mujer independiente que no había dejado ningún aspecto de su vida en manos de un hombre. Sin embargo, no había conocido las

manos de Chase Westmoreland.

La verdad era que quería que las manos de Chase la abrazaran, la estrecharan contra él, le acariciaran todo el cuerpo y le dieran todo el placer que ella había soñado que le daban la noche anterior. Sólo de pensarlo se le alteraba el pulso, se le entrecortaba la respiración y sentía un calor abrasador entre las piernas.

Tomó aliento al darse cuenta de que aquello era algo más que lujuria, pero por el momento no quería definirlo.

Hizo un esfuerzo para no dejarse dominar por la necesidad de ser sensata y para dejarse arrastrar por el deseo. Alargó los brazos y rodeó con ellos el cuello de Chase mientras se estrechaba contra el sólido cuerpo de él. Notó la erección contra el vientre y se entregó al anhelo que había intentado controlar desde la primera vez que lo vio.

—Chase...

— ¿Sí?

—Sedúceme.

Capítulo Siete

Las palabras de Jessica dispararon la libido de Chase. La miró y pensó que no sólo iba a seducirla, sino que iba a volverla loca.

— ¿Me acompañas con otra copa de vino? —le preguntó él al oído.

Ella asintió con la cabeza mientras sentía un estremecimiento por todo el cuerpo.

—Sí.

Jessica sintió todo tipo de emociones mientras lo miraba servir las dos copas.

—Propongo un brindis —dijo él con una voz ronca y una mirada que la aturdían—. Por la seducción.

Jessica miró la mano que sujetaba la copa en el aire. No era la primera vez que se fijaba en ellas y se preguntaba qué sentiría cuando la acariciaran. Incluso en ese momento sus sentidos se encrespaban sólo de pensarlo. Chocaron las copas y bebió lentamente. Después de dar un par de sorbos, él le quitó delicadamente la copa de la mano y la dejó sobre la mesa. Luego, encendió el equipo de música y una suave melodía de jazz llenó él ambiente.

—Vamos a bailar —susurró él mientras la tomaba entre sus brazos.

Jessica sintió un estremecimiento al notar su poderoso cuerpo contra el de ella. Cerró los ojos y se entregó al seductor momento que los cautivaba.

Apoyó la mejilla contra el cuello de él y aspiró su aroma viril y excitante. Él le acarició la espalda hasta bajar de la cintura y alcanzar el trasero. Su contacto estaba volviéndola loca y hacía que ella deseara cosas que no había deseado nunca. Su cuerpo se

derretía.

Tenía el vientre contra el de él y notaba perfectamente la erección, grande y dura, y se sorprendió de su capacidad para conseguir que él la deseara de aquella manera. Él presionó la mano contra el trasero de ella para arrimarla más. A Jessica se le entrecortó la respiración y notó que le aumentaba la humedad entre las piernas.

Casi sin darse cuenta, la canción terminó. Ella levantó la mirada y se encontró con la de él. Vio que sus ojos eran como ascuas y que tenía una expresión salvaje. Chase la besó en los labios, le tomó la cabeza entre las manos y la besó lenta y profundamente en la boca. Se apoderó de su lengua y le dio a entender cuánto deseaba todo lo que pudiera obtener y que además quería volverla loca. Frotó su cuerpo excitado contra el de ella y Jessica gimió mientras él la besaba con una pasión que hacía que ella se derritiera como lava líquida entre las piernas.

Jessica notó que él pasaba la mano al interior de sus muslos y tomó aliento entrecortadamente. Chase se apartó un poco y la miró tan seductoramente que ella notó que temblaba de pies a cabeza.

—Me parece que llevas demasiada ropa —susurró él mientras empezaba a desabotonarle la blusa—. Quiero verte desnuda —Chase no apartó la mirada de la de ella—. ¿Te importa? —le preguntó con suavidad mientras seguía desabrochando los botones.

Ella se apartó y lo agarró de los brazos, pero no para detenerlo sino para que se diera más prisa. Su lentitud estaba matándola.

—No, no me importa —susurró ella mientras le acariciaba el pecho.

Chase tomó aire cuando soltó el último botón y vio el sujetador de encaje color carne. Sus dedos se dirigieron al cierre delantero y con un giro lo soltaron. El sujetador se abrió y los pechos quedaron libres.

Jessica oyó el sonido de placer que dejó escapar Chase y se le encogió el estómago al ver cómo él miraba sus pechos. Sus ojos rebosaban de voracidad. Ella contuvo el aliento, se quitó el sujetador y lo dejó caer al suelo junto a la blusa.

—Te he deseado desde el primer día que te vi. No fue en este despacho, fue antes. Aquel lunes te vi mientras hacías la mudanza —susurró él—. Lo primero que pensé fue que tenías unas piernas

impresionantes. Aun así —añadió en tono serio—, no quería tener una aventura contigo, pero pronto me di cuenta de que no podría evitarlo. Te deseo muchísimo —gruñó antes de tomarle un pezón con la boca.

Jessica tomó una bocanada de aire al notar su pezón turgente dentro de la boca de él que lo paladeaba con una lengua abrasadora. Le flaquearon las piernas. Él la sujetó con fuerza y cambió la boca de pezón.

—Chase...

Ella pronunció su nombre con un suspiro y le sujetó la cabeza con la mano para que no dejara de hacer lo que estaba haciendo. Estaba llevándola a un estado que ella no sabía que existía.

Chase se apartó.

—Quiero saborear más cosas —susurró él con los ojos clavados en los de ella.

—Entonces, hazlo —Jessica se sorprendió a sí misma.

La sonrisa de él consiguió derretirla por completo. Lo miró mientras le soltaba la falda, que quedó hecha un bulto a sus pies y la dejó con nada más que un tanga de encaje color carne.

—Increíblemente sexy —susurró Chase antes de arrodillarse para bajarle las bragas.

Entonces, él se echó hacia atrás para mirarla de arriba abajo. La mirada se detuvo entre las piernas. Cuando ella vio que él se humedecía los labios, supo qué la esperaba. Había oído hablar y había leído sobre aquello, pero nunca lo había vivido. Chase se ocuparía de que lo hiciera.

Él se inclinó un poco y le besó el ombligo, le chupó la zona que lo rodeaba y sopló. El calor entre las piernas de Jessica se hizo más intenso mientras ella lo observaba dominada por un deseo irresistible.

Él descendió lentamente y antes de que ella pudiera tomar aliento otra vez estaba besándola allí con la misma avidez que si fuera en la boca. Luego, como si quisiera retenerla, la agarró del trasero mientras hacía que todo el cuerpo se le fundiera en una pasión abrasadora.

Jessica oía los sonidos que él emitía mientras la besaba y lo agarró de la cabeza. Chase profundizó en la calidez de ella y la saboreó como ningún hombre había hecho.

Ella gimió y arqueó las caderas, no tanto para acercarse más como para que las oleadas de placer la subyugaran. Sin embargo, era evidente que Chase no tenía prisa. Estaba dispuesto a gozar de ella hasta que hubiera saciado su ansia de poseerla de aquella manera. Ella, sin embargo, explotó y gritó su nombre. Intentó apartarlo de sí, pero él se aferró a su trasero e introdujo la lengua dentro de ella irrefrenablemente para paladearla en todos sus rincones. No la soltó hasta que ella dejó de estremecerse, pero no dejó de hacer lo que estaba haciendo, siguió lamiéndola mientras le acariciaba las caderas.

Por fin, se apartó, levantó la cabeza, se apoyó en los talones y la miró. La mirada hizo que ella contuviera el aliento. Él quería más. Mucho más. Chase volvió a meter la boca entre las piernas de ella y ella también deseó más.

—Hazme el amor, Chase —susurró Jessica.

Él se levantó y la tomó entre los brazos.

Chase miró a la mujer que estaba abrazando. Normalmente, no habría hecho lo que había hecho hasta que hubiera conocido mejor a la mujer, pero Jessica era un bocado delicioso y no habría podido resistir la tentación de probarlo de esa manera ni aunque hubiera querido. Una vez probado, su apetito había aumentado. Era un auténtico manjar.

La tomó en brazos para subir al apartamento y ella se acurrucó en sus brazos y apoyó la mejilla en su pecho. A Chase se le aceleró la respiración y se le disparó la libido.

Cuando llegaron al dormitorio, él tomó una profunda bocanada de aire y la dejó en la cama. Chase había captado su ardor en cuanto ella entró en Chase's Place y en ese momento quería abrasarse en él. Primero tenía que desnudarse. Al verla sin nada encima estuvo a punto de perder el control. Saborearla había sido inolvidable, pero, más que nada, quería entrar en ella.

Cuando empezó a desabrocharse la camisa, comprobó que ella lo observaba. La luz de la luna le daba un resplandor que la hacía tan apetecible como el chocolate que utilizaba para sus galletas.

—Di algo —susurró él ante al silencio abrumador.

Ella lo observaba ensimismada y él se quitó la camisa.

Jessica se estiró en la cama con una leve sonrisa. A Chase le gustó que no tuviera una expresión tímida. Ella tampoco estaba

avergonzada de exponerle su cuerpo.

— ¿Qué quieres que diga? —le preguntó ella con una sonrisa provocadora.

A Chase se le nubló el pensamiento cuando ella se pasó la lengua por los labios.

—Puedes decir cualquier cosa.

Ella volvió a pasarse la lengua por los labios y se dirigió hacia el borde de la cama para poner la cara a la altura de su cintura. Alargó la mano y la posó sobre la pétrea erección que resaltaba a través de los pantalones.

—Mmm... en estos momentos sólo se me ocurren dos palabras —susurró ella en un tono increíblemente sexy.

— ¿Cuáles? —preguntó él casi sin poder articular palabra mientras ella seguía acariciándolo con avidez.

Ella lo miró a los ojos.

—Date prisa.

Chase se separó un poco, se soltó el cinturón y se bajó los pantalones y los calzoncillos a la vez. Se quedó completamente desnudo y notó un calor abrasador mientras ella lo miraba con deleite.

— ¿En qué estás pensando? —le preguntó él con voz entrecortada.

—En lo que pensé la primera vez que te vi. Que me recuerdas al mejor de los chocolates y que me encantaría probarlo.

Chase se metió en la cama y la llevó al centro del colchón. Se puso sobre ella.

—Antes, tengo que volver a besarte.

Jessica sonrió. Conocía sus besos, sabía lo deliciosos y lúbricos que eran. Desde que conoció a Chase, ella se había dado cuenta del deseo sexual que tenía acumulado y que había reprimido. Antes de poder explicárselo, la boca de Chase se adueñó de la suya y la arrasó con la lengua. Ella se estremeció al acordarse de lo que él le había hecho en el despacho y al sentir lo que estaba haciéndole en ese momento.

—Ábrete a mí, Jessica —le susurró Chase al oído en un tono incandescente.

Ella separó las piernas mientras él seguía pasándole la lengua por los labios. Chase elevó ligeramente la parte inferior del cuerpo y

ella hizo lo mismo instintivamente.

—Ahora, tómame.

Chase la miró a los ojos y ella supo lo que estaba pidiéndole. Era algo que ella no había hecho nunca. Nunca se había introducido a un hombre, pero lo haría. Quería hacerlo. Cuando hizo el amor en la Universidad, todo se había acabado en un abrir y cerrar de ojos y ella se había quedado insatisfecha y desengañada. Sin embargo, Chase estaba haciendo que ella participara y diera rienda suelta a todo su anhelo.

Jessica alargó la mano para acariciar el vello del vientre. Chase tomó aire.

—Jessica...

Su nombre brotó como un gemido desesperado y ella sonrió mientras bajaba los dedos para apoderarse de él. Estaba grande y duro. Jessica parpadeó, estaba demasiado grande y se preguntó si le cabría. Lo miró a los ojos.

—Perfectamente —musitó él como si hubiera adivinado sus dudas.

Ella resopló y decidió tomarle la palabra. Además, sentirlo dentro de su mano estaba haciendo que no pudiera pensar. Sólo podía pensar en que la masa grande y rígida que tenía agarrada pronto estaría dentro de ella. Se quedó un momento pensativa.

— ¿Y la protección? —le preguntó repentinamente.

Ella notó por la expresión de Chase que se había olvidado, como ella.

—Maldita sea, no suelo ser tan descuidado, lo siento.

Chase se dio la vuelta y sacó un envoltorio del cajón de la mesilla. Lo rasgó con los dientes y se puso un preservativo.

Jessica sonrió, pero seguía preguntándose cómo entraría.

—Yo también me he dejado llevar por el momento —se detuvo un instante—. Estoy tomando la píldora para regular mi período, pero no me he acostado con nadie desde hace ocho años...

— ¿Ocho años? —preguntó él sin poder creérselo.

—Sí, desde mi primer año en la Universidad. No fue como yo me esperaba y todo terminó muy deprisa.

Jessica se sorprendió un poco de estar comentando eso con Chase, como si estuvieran hablando del tiempo.

— ¿Y desde entonces no lo has hecho?

Jessica tragó saliva.

—No, ésta será la primera vez desde entonces.

Chase la besó, hundió la lengua en la boca de ella y la trató con una delicadeza extrema. Luego profundizó el beso y volvió a encender el fuego entre ellos.

—Tómame, Jessica —volvió a pedirle él.

Chase tenía la respiración entrecortada y ella sintió un escalofrío en todo el cuerpo. Lo agarró firmemente y lo condujo hacia sí sin apartar la mirada de la de él. La miraba con una intensidad arrebatadora. Notó eme se le contraían los músculos del vientre. Era como si toda ella estuviera preparada para recibirlo.

Cuando lo tuvo en la entrada, él tomó el control. La punta se abrió paso y cuando él bajó las caderas y ella subió las suyas, entró hasta dentro. Ella tomó una bocanada de aire cuando él no pudo penetrar más.

Chase se separó un poco y la miró.

—Todavía… Él no te… —no pudo terminar la frase.

Antes de que Jessica pudiera entender completamente lo que había querido decir Chase, notó que él volvía a empujar y le reprimía con un beso un grito de dolor. ¡Había seguido virgen hasta ese momento! Él no cesó de besarla y ella no pudo recordar un momento más maravilloso.

Ella, instintivamente, rodeó la cintura de Chase con las piernas. Un instante después, él levantó un poco el tronco.

—Hazme el amor, cariño —le susurró Chase.

Ella apretó las piernas con fuerza. Todo el cuerpo le bullía ante lo que se avecinaba. Él volvió a embestir y ella elevó las caderas para que los cuerpos se fundieran en uno.

Chase empezó a moverse. Lentamente al principio, volviéndola loca con el rítmico vaivén. Súbitamente, el ritmo se aceleró y todo fue más fluido y fácil. Las caderas de Chase no cesaban de arremeterla. La tomó con una mano y la levantó. Ella notó que le tocaba la cima de su vientre.

—Chase… —exclamó ella.

Quería un arrebato distinto al que había alcanzado en su despacho. Distinto, pero igual de intenso. Su lengua había sido impresionante, pero su sexo duro e infatigable era mucho mejor. Cada embestida la llevaba hasta el límite. Quería gritar.

Gritó su nombre con todas sus fuerzas. Lo agarró del cuello y notó el sudor que empapaba su piel, pero él no cesaba y ella volvió a gritar, todo explotaba en su interior, incluido él.

Oyó el gemido ronco de Chase un instante antes de sentir la calidez de su liberación. Él no retenía nada. Estaba decidido a devastarla, a que viera las estrellas, a que alcanzara el éxtasis. Chase apretaba los dientes, empujaba con fuerza mientras los dos seguían con el delirio. Lo notaba duro y ávido y sintió su segunda liberación, tan intensa y abundante como la primera. Él echó la cabeza hacia atrás, gritó el nombre de ella y los dos siguieron con la erupción.

En ese momento, Jessica supo que, aunque pudiera parecer increíble, se había enamorado de Chase Westmoreland.

Chase se estremeció al apartarse de Jessica. Habían hecho el amor dos veces y poseerla de aquella manera había sido lo mejor que le había pasado jamás. Nunca se cansaría de hacer el amor con ella.

Ella era su deseo irresistible. Nunca había conocido a una mujer tan apetecible.

La miró. Estaba agotada. Casi no podía abrir los ojos. Después de hacer al amor la primera vez, él había ido al cuarto de baño. Cuando ella lo vio a los pies de la cama con una palangana con agua y una toalla, lo miró como si se hubiera vuelto loco, no podía creerse que él pretendiera hacerle algo tan íntimo. Intentó resistirse, pero él la convenció con un beso. Él nunca se había acostado con una virgen. Ni siquiera Iris lo era. Chase resopló al acordarse de la mujer que le había herido en el orgullo y le había roto el corazón. Cuando estuvo a punto de hacerse profesional, ella estuvo junto a él y en su cama, pero cuando se lesionó, ella no esperó ni un segundo para buscarse una oportunidad mejor. Incluso tuvo el valor de decirle que no era nada personal, que sencillamente no quería pasarse la vida con un lisiado. Eso fue hacía diez años. Superó la cojera gracias a una rehabilitación extenuante, a una familia que le dio todo su apoyo y a la fuerza de voluntad para sobrevivir y triunfar.

Volvió a mirar a Jessica. Se había dado la vuelta para dormir, pero la oyó susurrar su nombre mientras se movía para adaptar su trasero a él. Su reacción física ante esa proximidad fue inmediata y su anhelo incontenible. Posó la mano en el vientre de ella y la

estrechó contra sí. Entonces, ella volvió a susurrar su nombre.

Chase frunció ligeramente el ceño. Lo que menos deseaba en ese momento de su vida era engancharse con otra mujer. Una vez escaldado, era difícil no tener una coraza. Hacía mucho tiempo que había tornado la decisión de no enamorarse nunca más. Ello sólo significaría más sufrimiento. Por eso le preocupaba tanto la atracción tan profunda que sentía hacia Jessica. Estaba arrebatado por ella incluso desde antes de esa noche y eso no era una buena señal.

Miró al reloj que había en la mesilla. Era más de medianoche. Tendría que despertarla antes de las cuatro para que pudiera vestirse y volver a su casa. Algunos empleados empezaban a llegar a las cinco para atender a los clientes que iban a desayunar a primera hora y no quería que nadie se enterara de su asunto con Jessica. No quería que nadie fisgara en algo que para él era demasiado precioso. Antes o después, todo el mundo sabría que tenían una aventura, pero prefería que fuera después. Chase soltó una maldición para sus adentros cuando se acordó de sus hermanos y sus primos. Intentarían hacer una montaña de un grano de arena, pero, en ese momento, Jessica volvió a moverse y restregó su trasero contra él y sus hermanos y sus primos desaparecieron de sus pensamientos.

Jessica abrió lentamente los ojos y sintió que un brazo fuerte y cálido rodeaba su cintura. Una cintura completamente desnuda. De repente se dio cuenta de que estaba desnuda, como el hombre que yacía pegado a ella en el dormitorio tenuemente iluminado.

Miró al reloj de la mesilla. Eran las tres de la madrugada. Se le aceleró el pulso al acordarse de lo que había pasado esa noche con Chase, y todo por la diestra lengua de él. Cerró los ojos al sentir un calor que la abrasaba.

Entonces, notó que algo más la abrumaba. Era el recuerdo de que hasta esa noche había sido virgen. Chase había sido el primero para ella en muchos sentidos. El primer hombre en llevarla hasta el clímax y el primer hombre con el que había hecho el amor en el pleno sentido de la palabra. No había sido precipitado ni se había sentido defraudada.

Jessica notó que se sonrojaba al recordar lo que él le hizo después de hacer el amor por primera vez y el cariño que le había

ofrecido después. Nunca había imaginado que un hombre pudiera ser tan cariñoso y considerado después de hacer el amor. Sólo lo que había hecho para aliviarle el dolor merecía su afecto para siempre. Además, cuando hicieron el amor la segunda vez, él había sido tan delicado que ella estuvo a punto de llorar.

Sintió una punzada de dolor cuando se imaginó la reacción de Chase cuando se enterara de que era la nieta de Carlton Graham. Sabía que la señora Stewart y Jennifer tenían razón. Debería decirle la verdad y seguir intentando demostrar la inocencia de su abuelo. Por lo poco que conocía a Chase creía que para él la sinceridad era algo muy importante.

Súbitamente, Jessica se quedó sin aliento cuando el brazo que le rodeaba la cintura se movió hacia abajo, hacia la unión entre sus piernas.

— ¿Te duele? —le preguntó él con una voz cálida mientras le pasaba los labios por detrás de la oreja.

Jessica abrió la boca para contestar, pero dejó escapar un leve ronroneo cuando los dedos de él empezaron a acariciarle su esencia más femenina. Tragó saliva e intentó volver a hablar.

—No mucho, gracias a ti.

Él le lamió el cuello y ella contuvo la respiración.

—No es necesario que me des las gracias.

Él, con un movimiento muy suave, la había dado la vuelta para dejarla de espaldas y ella se encontró con el pétreo cuerpo de él encima. La miraba seductora y provocadoramente. Jessica notó que la pasión la dominaba. Quería que él volviera a hacerle el amor en ese preciso instante. Lo necesitaba. Luego se reñiría a sí misma por haberse enamorado de él, pero por el momento… Lo agarró del cuello y le bajó la cabeza.

—Vuelve a hacerme el amor —le susurró mirándolo intensamente a los ojos.

Si bien era ella la que lo pedía, sabía que él la deseaba tanto como ella a él. La demostración era la erección dura y turgente que descansaba entre sus muslos. Sin embargo, sabía que Chase no haría nada hasta que ella le diera permiso para hacerla gozar.

En ese momento, empezó a notar que él se abría paso lentamente hacia su interior. El cuerpo de ella se distendió automáticamente a medida que él profundizaba y el calor abrasador

empezó a consumirla.

—Adoro estar dentro de ti —susurró él en el oído de ella.

Ella lo rodeó con las piernas y él penetró más. Cuando entró todo lo que pudo, se inclinó hacia abajo para adueñarse de la boca de ella mientras la parte inferior de su cuerpo empezaba a moverse con unas embestidas incesantes.

Hasta que el placer la alcanzó y la dejó atónita. Ya había alcanzado el clímax con él, pero aquella vez casi había arrancado su cuerpo de la cama, había hecho que ella se arqueara inconteniblemente contra él, había conseguido que se sintiera como si se rompiera en un millón de pedazos. Chase separó la boca de la de ella, inclinó la cabeza hacia atrás y aulló al dejarse llevar por su propio placer. La agarró del trasero para acercarla más, para entrar más adentro y fundir los cuerpos en uno.

Antes del amanecer, Chase abrió la puerta de su restaurante para acompañar a Jessica a su casa. Hacía frío y todo estaba tranquilo y silencioso. Él rodeó los hombros de ella con su brazo mientras bajaban la calle. No se dijeron nada y Chase se preguntó si Jessica sentiría lo mismo que él, que aquella noche había sido como un sueño que podría desvanecerse si se expresara con palabras.

Él la observó al llegar a la puerta de la casa de Jessica. Ella se dio la vuelta y Chase la besó en los labios. No sabía cómo dar por terminada una noche tan especial. Si ella lo invitara a subir a su casa, ¿cómo podría rechazar su invitación cuando lo que más deseaba era volver a hacer el amor con ella?

Aquel beso que pretendía ser breve y cariñoso se tornó en un beso profundo y pleno de pasión y avidez. Sabía que tenía que alejarse, pero no podía imaginarse su boca en otro lugar. Se separaron cuando oyeron la bocina de un camión. Se miraron a los ojos y él vio que los ojos de ella reflejaban el mismo deseo que sentía él.

—Será mejor que me vaya —susurró ella—. Gracias por la cena.

—Gracias por todo —replicó él con una sonrisa.

A Jessica se le encogió el estómago. Lo amaba tanto como lo deseaba. Era una combinación mortal. Sin pensárselo dos veces, se puso de puntillas y lo besó en los labios. Él aceptó el beso e hizo su pequeña contribución.

—Buenas noches, Chase —se despidió ella mientras se separaba.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Buenos días, Jessica.

Chase se dio la vuelta y se alejó.

Capítulo Ocho

Lo primero que vio Chase cuando entró en la tienda de Jessica a mediodía fue la cantidad de clientes que esperaba a que los atendieran. Al parecer, ella intentaba atenderlos personalmente a todos ellos. Él le preguntó dónde estaba la señora Stewart.

Jessica levantó la mirada al oírlo y sonrió.

—Me ha llamado. No se encuentra bien. Quería venir, pero la he convencido para que se quedara en casa.

— ¿Vas a atender tú sola a este gentío?

—Sí.

Antes de que ella se diera cuenta, Chase estaba detrás del mostrador con un delantal puesto.

— ¿Qué haces? —le preguntó ella mientras se daba la vuelta para mirarlo.

—Ayudarte —contestó él con una sonrisa.

—Pero...

Chase la agarró de los hombros y volvió a darle la vuelta.

—Tienes una cliente, Jessica. No hagas esperar a la señora Prescott. Si no me equivoco, hoy es su día para ir a la peluquería y no puede llegar tarde.

La anciana se sonrojó.

—Así es, Chase. Además, Fred y yo iremos esta noche para tomar el menú especial del viernes. Espero que sea pollo frito, con ensalada de col y patatas.

—Lo tendrá aunque sólo sea para usted y el señor Prescott —replicó Chase entre risas.

La señora Prescott se dirigió a Jessica.

—No se queje de que él la ayude, señorita. Conozco a los Westmoreland desde que nacieron y no tiene que temer que vayan a

robarle.

Jessica sonrió. Eso era lo que menos la preocupaba. ¿Cómo podría trabajar con él tan cerca? No había mucho sitio detrás del mostrador. La señora Stewart y ella eran relativamente menudas, pero Chase era musculoso, alto, con unos buenos abdominales y otras cualidades que le parecían excepcionales. Había comprobado esas cualidades la noche anterior y se ruborizaba sólo de acordarse.

— ¿Te pasa algo? —le preguntó Chase.

Ella parpadeó e intentó controlar el pulso.

—No... nada... ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque la señora Prescott lleva un par de minutos intentando pagar.

—Ah... —Jessica se volvió hacia la anciana—. Lo siento...

—No te preocupes —la mujer sonrió—. Yo también he sido joven.

Jessica tragó saliva. ¿Se habría dado cuenta de lo que sentía hacia Chase? Decidió concentrarse en los clientes y no en Chase. Al cabo de unos minutos descubrió que trabajaban bien juntos. Él sabía lo que los clientes querían e, incluso, les convencía para que se llevaran algo más. Durante hora y media tuvieron una afluencia constante de clientes, pero a las dos y media la tienda ya estaba completamente vacía.

Jessica miró a Chase mientras él se quitaba los guantes.

—Gracias por tu ayuda. Se te da muy bien atender a la gente —Jessica sonrió.

—Espero que también se me den bien otras cosas —replicó él con una sonrisa insinuante mientras colgaba el delantal.

—Eso te lo aseguro —Jessica se rió.

—Me alegro de saberlo...

Jessica suspiró. Llevaba todo el día alterada sólo de acordarse de la noche anterior.

—Será mejor que me vaya antes de que me echen de menos —Chase miró el reloj—. Aunque me imagino que Luanne Coleman ya se habrá encargado de contar dónde estoy.

— ¿Luanne Coleman? —preguntó Jessica con una ceja arqueada.

—Sí, la mujer que llevaba un vestido rojo y un sombrero de paja.

— ¿La que paralizó la tienda durante diez minutos porque no

sabía qué llevarse?

—Sí —Chase se rió—. Su marido y ella tienen una floristería en College Park y ella es la mayor cotilla de la ciudad. Supongo que de aquí habrá ido directamente al restaurante para contarles que estaba ayudándote.

—Pero... ¿qué le importa a ella?

Chase se inclinó sobre el mostrador.

—Me han contado que la señora Coleman y sus amigas han apostado sobre cuál será el próximo Westmoreland en casarse.

— ¿El próximo Westmoreland en casarse?

—Sí. Algunas apuestan por mí y otras por mis primos Ian y Durango —Chase se rió por la expresión de perplejidad de Jessica —. Mis hermanos, mis primos y yo siempre hemos dicho que no íbamos a casarnos, pero durante los últimos tres años, todos mis hermanos se han casado.

—Ah...

—Además, hace unos meses mi primo Jared nos sorprendió a todos al comprometerse. Dana y él se casaron y todo el mundo volvió su mirada hacia mí porque soy el único de mis hermanos que no se ha casado. Yo he dicho mil veces que no voy a casarme, pero nadie me cree.

— ¿Por qué no?

—Porque Jared y mis hermanos dijeron lo mismo. Aunque soy el primero en reconocer que son muy felices, eso no significa nada para mí. Nunca me casaré.

Jessica se dio la vuelta como si estuviera limpiando el mostrador. No quería que él notara cuánto le habían afectado aquellas palabras. Ella se había enamorado perdidamente de él, pero era asunto suyo, no de Chase. Tenía la sensación de que él estaba recalcando algo que había dicho la noche anterior. Había oído claramente que él decía que tenía relaciones circunstanciales. Un hombre así no pensaba en el matrimonio. Quizá fuera un buen momento para que ella también dijera su opinión.

—Yo tampoco pienso casarme —Jessica no levantó la mirada, pero notó que él la miraba con curiosidad.

— ¿Por qué? Jessica lo miró porque le pareció que estaba perplejo.

—Ya te he contado la historia de mi padre, Chase. Lo que hizo

me volvió desconfiada. No es que piense que todos los hombres sean escoria, pero he decidido que tengo muchas cosas que hacer aparte de preocuparme por si el hombre con el que estoy merece mi confianza.

—Ya —Chase asintió con la cabeza—. Sé lo que quieres decir.

— ¿Lo sabes? —Jessica lo miró a los ojos.

—Sí —contestó Chase al cabo de unos segundos—. Me llevé un buen chasco en la Universidad cuando la mujer que yo creía que me quería me dejó tirado como a una colilla por mi lesión. Me dolió durante algún tiempo, pero pronto comprendí que estaba mucho mejor sin Iris. Aunque no por eso haya dejado de ser prudente. Nunca volveré a confiar plenamente en una mujer. La confianza es muy importante para mí. No soporto ningún tipo de engaño.

Ella asintió lentamente con la cabeza sin querer pensar en que ella estaba engañándolo.

—Vaya... parece que nos entendemos...

—Sí, eso parece —Chase volvió a mirar el reloj—. Será mejor que me vaya —miró a Jessica—. ¿Qué vas a hacer luego?

—Voy a salir.

— ¿A salir?

—Sí.

Jessica decidió que no tenía por qué darle más explicaciones. Además, no quería que él supiera que ella iba a visitar a Theodore Henry. El señor Henry no había contestado a sus llamadas, pero ella se había enterado de que iba a servir una cena de recaudación de fondos en East Point. Pensaba presentarse allí y hablar con él aunque no quisiera.

— ¿Qué te parece ir el sábado conmigo a Chattanooga?

— ¿Chattanooga?

—Sí. Voy a ir para recoger algunas piezas de motocicleta para Thorn. Él está muy ocupado construyendo la moto para la siguiente carrera.

Jessica pensó que nunca había estado en Chattanooga y que siempre había oído que era una ciudad muy bonita. Sabía que no debería profundizar más su relación con Chase, pero tampoco podía evitar querer estar con él.

—Me encantaría ir el sábado a Chattanooga contigo.

—Perfecto —Chase sonrió—. Te recogeré el sábado alrededor de

las ocho. ¿Te viene bien?

—Sí. Estaré preparada a esa hora.

Se quedaron un rato sin decir nada, mirándose. Jessica notó que la temperatura subía entre ellos. Se preguntó qué estaría pensando Chase. ¿Estaría acordándose de la noche anterior en su despacho y en su dormitorio? Ella tenía unos recuerdos muy claros. Podía recordarlo de rodillas entre sus muslos y cómo su lengua la devoró ávidamente.

Notó que se le encogía el estómago y que le temblaban los muslos. Él se acercó un par de pasos, como si le hubiera leído el pensamiento, pero sonó la campanilla de la puerta y entró un hombre.

Chase tomó aliento y ella se volvió para saludar al cliente. Él tenía todo el cuerpo en tensión y al rojo vivo. Era como si le hubiera leído el pensamiento y se hubiera visto atrapado por los recuerdos de ella. Volvió a tomar aliento cuando ella sonrió de oreja a oreja antes de salir del mostrador y arrojarse a los brazos del recién llegado.

— ¡Rico!

Chase frunció el ceño. A juzgar por la sonrisa de Jessica, ella conocía muy bien al tal Rico. ¿Sería el hombre con el que saldría luego? Repentinamente, notó algo que no notaba desde hacía mucho tiempo. No sabía quién era ese hombre, pero él quería arrancarle a Jessica de los brazos.

—Creo que tengo que marcharme —dijo Chase en un tono enfadado.

Dos pares de ojos se clavaron en él. Evidentemente, habían captado su enfado. Notó cierto brillo en los ojos del hombre y perplejidad en los de Jessica. Él también estaba bastante perplejo por su comportamiento.

—Mmm... me parece que, efectivamente, tiene que marcharse —replicó el tal Rico con una sonrisa forzada.

Chase frunció más el ceño y sintió unas ganas tremendas de partirle la nariz.

— ¡Rico...! —exclamó Jessica entre risas.

Miró a Chase y dejó de reírse. Se preguntó por qué estaría tan enfadado. Hasta que lo comprendió. Ella había dicho que iba a salir y apareció Rico. No pudo evitar una sonrisa ante la idea de que él

estuviera celoso. Sacudió la cabeza. Eso era imposible. Los hombres que sólo tienen relaciones circunstanciales no se ponían celosos.

—Chase —Jessica se aclaró la garganta—, te presento a mi hermano, Rico Claiborne.

Chase arqueó una ceja y los miró.

— ¿Tu hermano?

Era increíble, pero no se parecían en nada.

—Sí, su hermano —contestó el hombre con una sonrisa mientras se acercaba a Chase—. ¿Quién eres tú? —preguntó Rico como si tuviera todo el derecho a hacerlo.

—Chase Westmoreland.

Chase vio que el hombre hacía un gesto raro antes de volver a mirar a Jessica. Jessica contuvo la respiración. Ella sabía que Rico conocía el nombre de Westmoreland y que tendría algunas preguntas que ella tendría que contestar. Rico se volvió hacia Chase.

—Encantado de conocerte, Chase Westmoreland.

Chase estrechó la mano de aquel hombre y se preguntó qué estaría pasando. Había notado algo raro entre él y su hermana cuando dijo su nombre.

—Encantado de conocerte. Seguro que tenéis muchas cosas que contaros. Me iré.

—No hace falta que te vayas por mí —replicó Rico con una sonrisa.

Chase tomó aire. Tenía que irse. Tenía que meditar sobre su arrebato posesivo.

—Ya iba a irme. Tengo mucho trabajo.

Rico asintió con la cabeza.

—Chase tiene un restaurante enorme un poco más abajo —le explicó Jessica—. Mi ayudante se ha puesto enferma y él ha tenido la amabilidad de ayudarme durante la hora de la comida.

Rico volvió a asentir con la cabeza, miró a Chase por encima del hombro y luego a Jessica.

—Entiendo.

Chase frunció el ceño. Tenía la sensación de que el hermano de Jessica estaba captando demasiadas cosas.

—Encantado de conocerte —Chase fue hasta la puerta, pero se volvió hacia Jessica antes de abrirla—. Hasta el sábado.

—De acuerdo —Jessica sonrió.

Chase salió y cerró la puerta. Jessica no dijo nada, sólo lo miró pasar por delante de la tienda de la señora Morrison camino de su restaurante.

— ¿Te importaría decirme qué está pasando, Jessica?

—Creo que no lo sé ni yo, Rico.

Esa noche, Jessica entró en el salón de un centro social y echó una ojeada. Era una recaudación de fondos para un candidato a alcalde y ella, como todo el mundo, había comprado su entrada. Sin embargo, ella había ido para obtener algunas respuestas del hombre que servía la comida.

Rico había pasado camino de Florida y sólo había tenido tiempo para tomar algo y charlar un rato. Ella le había explicado todo lo que había podido sobre la situación. No le había dado muchos detalles sobre lo relativo a Chase y a ella, pero le había parecido que Rico había leído entre líneas.

Jessica había llegado a la hora del cóctel, de modo que le resultaría fácil colarse en la cocina y hablar con el cocinero. Sólo necesitaba que le concediera unos minutos.

Se dirigió a un camarero que llevaba una bandeja de aperitivos.

—Me gustaría hablar con el señor Henry, ¿está por aquí?

El hombre sonrió y señaló la puerta de la cocina con la cabeza.

—Está allí.

—Gracias.

Jessica entró en la cocina y se fijó en el hombre que daba instrucciones a los camareros. Si era Theodore Henry, era mucho más joven de lo que ella había pensado. Tendría cuarenta y tantos años. Jessica esperó a que se fueran los camareros.

— ¿El señor Henry?

Él se volvió y sonrió amablemente.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó mientras extendía la mano.

—Soy Jessica Claiborne. He intentado hablar con usted unas cuantas veces, pero no me ha devuelto las llamadas.

La sonrisa de él se disipó y retiró la mano.

—Estoy ocupadísimo. Además, no sé de qué me está hablando.

— ¿No sabe que los Westmoreland dicen que mi abuelo le dio a usted sus recetas cuando usted era cocinero de Schuster?

—Oí algo, pero no tenía tiempo para preocuparme por esas cosas. Bastante tenía yo con dominar las recetas como para preocuparme por dos viejos que no tenían nada mejor que hacer que pelearse por algo sin importancia.

Jessica resopló. Empezaba a fastidiarla, pero estaba decidida a ser educada y profesional.

—Entonces, ¿de dónde sacó las recetas, señor Henry?

Él frunció el ceño.

—No tengo por qué contestar, pero para disipar cualquier duda sobre un comportamiento ilícito por mi parte, le diré que esas recetas llevaban años en mi familia. Se lo dije a Westmoreland, pero él no quiso creerme —antes de que ella pudiera replicar, el señor Henry continuó—: Mire señorita Claiborne, no tengo tiempo para hablar de algo que pasó hace casi dieciocho años. Evidentemente, es importante para usted, pero no lo es para mí. Si me disculpa, tengo cosas que hacer.

—Jefe, vamos a marcharnos —le dijo Donna a Chase—. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

Chase se separó de la mesa.

—No. Tengo que hacer un poco de papeleo.

—Muy bien. Hasta mañana.

Una vez solo, Chase se dejó caer sobre el respaldo de la butaca y miró alrededor. Su despacho no se parecía al de la noche anterior, pero aun así los recuerdos le alteraban el pulso. Se levantó para estirar las piernas. Cada paso que daba le recordaba a Jessica con él la noche anterior. Recordaba cada beso que le había dado, cada vez que le había pasado los labios por la piel, cada caricia y cómo la devoró con ansia.

Dedicaba demasiado tiempo a anhelar a Jessica. Al fin y al cabo, no había nada más. El arrebato de celos de hacía un rato sólo era afán de posesión. Aunque tenía derecho a estar celoso después de lo que habían vivido juntos. Ella era virgen... No pudo evitar una sonrisa. Hasta ella se había sorprendido.

Miró la hora. Eran casi las once de la noche. Se preguntó qué estaría haciendo Jessica. ¿Estaría con su hermano? ¿Y si no? Suspiró. Quería verla.

Sacudió la cabeza. Si se presentaba tan tarde, después de la noche anterior, ella pensaría que lo hacía por reclamar su botín.

Aunque eso no le parecía mal, tenía que reconocer que pensaba en Jessica como algo más que un cuerpo que podía aprovechar. Ella tenía algo que le atraía en todos los aspectos, no sólo el físico. Le habría gustado tener la fuerza de voluntad para mantenerla a cierta distancia, pero sabía que no podía. Podía notar su presencia aunque no estuviera allí. Ella siempre estaba en sus pensamientos.

Agarró la chaqueta de la percha para salir del despacho. Cerró la puerta del restaurante e intentó no mirar hacia la casa de Jessica, pero no lo consiguió.

Se dirigió hacia su coche haciendo un verdadero esfuerzo para no caer en la tentación. Estaba decidido a no ver a Jessica ese día y sólo faltaban unas horas para el día siguiente.

Capítulo Nueve

— ¿Eh, Chase, tienes que ir a algún sitio esta noche?

Chase levantó los ojos de las cartas y miró a Dare. Sus hermanos y él estaban jugando una amistosa partida de cartas en casa de Storm. Al menos, siempre empezaba siendo amistosa. Esperaba que esa noche no tuvieran que aguantar las ruidosas lamentaciones de Storm cuando empezaba a perder. Suponía que con dos gemelas recién nacidas, su hermano moderaría el tono de voz.

— ¿Por qué crees que tengo que ir a algún sitio?

—Porque pareces ansioso y no paras de mirar el reloj.

Thorn se rió y miró a Chase.

—Eso es una señal clarísima de que hay una mujer de por medio.

Chase no pensaba decirles si la había o no. Le había costado mucho pasar todo el día sin ver a Jessica. Se había dirigido dos veces a su casa, pero las dos veces había cambiado de opinión. Se verían al día siguiente cuando fueran juntos a Chattanooga y eso le dejaba contento.

Chase tiró las cartas. No tenía nada de contento. Miró a sus hermanos que lo miraban a él como si se hubiera vuelto loco.

—Lo dejo —dijo Chase mientras se levantaba.

Stone arqueó una ceja.

—Para una vez que vas ganando...

Chase tomó aliento. No estaba ganando. Perdía cada segundo que estaba allí con ellos en vez de estar en brazos de Jessica.

Había resultado ser una buena hornada de chocolate, se dijo Jessica mientras se chupaba el dedo. Había hecho más del que necesitaba, pero lo que sobrara podía utilizarlo para hacer galletas para los

Crusaders de Chase.

Se apartó un mechón de la cara y se acordó del decepcionante encuentro con Theodore Henry. Era un hombre arrogante y, además, independientemente de lo que él dijera, ella creía que había sacado las recetas de algún lado.

Había sido un día muy movido y se alegraba de que la señora Stewart se hubiera encontrado bien y hubiera vuelto, aunque el trajín de clientes no había impedido que mirara cada dos por tres a la puerta para ver si entraba Chase. Sabía que los viernes eran un día con mucho trabajo en su restaurante, pero aun así, había echado de menos no verlo en todo el día. Le había mandado comida y ella sonrió al pensar en que él se había acordado de ella. Había descubierto que Chase era muy detallista.

Sonó la campanilla de la puerta. Eran casi las diez. Se le aceleró el pulso al pensar que podía ser Chase. Salió de la cocina para ir a abrir. La silueta de su cuerpo a través del cristal lo delataba. A ella le dio un vuelco el corazón y abrió la puerta.

Chase se quedó mirando a la mujer que tenía delante. Estaba descalza y tenía el abundante pelo moreno recogido en una cola de caballo, pero se le había soltado un mechón que le tapaba un ojo de una forma muy sexy.

—Chase…

El se metió las manos en los bolsillos para no caer en la tentación de quitarle la goma y soltarle el pelo.

—Estaba jugando a las cartas con mis hermanos —le explicó él lentamente—. Estaba ganando, pero no podía dejar de pensar en ti y concentrarme en el juego. No sabía qué estarías haciendo, pero quería estar contigo.

Jessica sonrió y él notó que se le encogía el estómago.

—Chocolate —dijo ella en voz baja.

— ¿Cómo dices? —le preguntó él con una ceja arqueada.

Ella volvió a sonreír.

—Estaba haciendo chocolate. Ya estaba terminando. ¿Quieres entrar?

— ¿No te importa? —Chase también sonrió.

Ella lo miró a los ojos.

—Ni lo más mínimo.

Chase entró, cerró la puerta y se apoyó en ella. La miró

fijamente y ella sintió que le despertaba el deseo. Los segundos parecían horas y ninguno de los dos decía nada. Si no decía algo, Jessica acabaría abrasada como un torrezno.

— ¿Quieres tomar algo? —preguntó Jessica.

Se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. El esbozó una sonrisa provocativa e insoportablemente masculina. Ella decidió insistir.

—He hecho mucho chocolate, ¿quieres probarlo?

Él asintió con la cabeza y sin apartar la mirada de ella.

—Me encantaría probar tu chocolate.

Ella tragó saliva al notar un estremecimiento y se preguntó si los dos hablaban de lo mismo.

—Me queda un poco en el cazo.

Chase siguió a Jessica hasta la cocina y se acordó de la última vez que había estado en aquella parte de la tienda. Fue la noche que fueron al cine y que luego ella lo invitó a tomar leche con galletas.

— ¿Dónde está tu hermano? —preguntó Chase.

—Se ha ido. Estaba de paso y sólo se quedó un rato.

—Nunca habría adivinado que erais familiares.

Jessica lo miró por encima del hombro y sonrió.

—Nuestro padre es afro americano, pero Jennifer, mi madrastra, es blanca. Rico se parece a ella y mi hermana Savannah es una mezcla de los dos.

Chase se quedó junto a la puerta deleitándose con el olor. Ella había trabajado mucho. La mesa estaba llena de moldes para piruletas de chocolate. Miró a Jessica que iba hacia una cocina industrial.

—La ventaja del chocolate es que puedes hacer tanto como quieras porque se puede guardar y utilizarlo en cualquier momento —se volvió y sonrió a Chase—. El problema es que hoy me he quedado sin sitio para guardarlo y tengo que deshacerme del que queda en el puchero. Creo que me ha salido muy bueno.

Chase la miró mientras ella metía un dedo en el puchero y se lo chupaba. A él se le alteró el pulso y notó que empezaba a perder el control de sí mismo. La miró a los ojos convencido de que ella no sabía cuánto estaba excitándolo.

— ¿Puedo probarlo? —le preguntó él mientras se quitaba la chaqueta de cuero y la colgaba en un gancho.

—Claro. ¿Quieres una cuchara o...?
—Tu dedo.
— ¿Mi dedo?
Se paró delante de ella. Olía bien, pero sabía que sabría mucho mejor.
—Quiero chuparlo de tu dedo, como has hecho tú.
Jessica tragó saliva. Sus palabras le habían producido un cosquilleo en un sitio muy concreto. Se volvió hacia el puchero y metió el dedo. Luego, se volvió hacia Chase con el dedo en alto.
—Toma.
Él, sin decir una palabra ni dejar de mirarla, agarró la mano y le chupó el chocolate. Jessica notó que ardía por dentro al mirar la lengua que le acariciaba el dedo delicada pero descaradamente. Cuando él se lo introdujo en la boca, ella estuvo a punto de caerse redonda. Chase la agarró de la cintura para sujetarla, soltó el dedo y se lamió los labios.
—Tenías razón. Te ha salido muy bueno. Nunca había tomado un chocolate tan bueno —antes de que ella pudiera decir algo, él se inclinó hacia delante—. Quiero más —susurró.

La besó vorazmente en los labios. El cuerpo de Jessica reaccionó al notar los pechos contra él, el vientre contra la enorme dureza y la boca entregada a la de él. Se necesitaban con anhelo. Él sabía a chocolate y se imaginó que ella sabría a lo mismo.
Chase se apartó para respirar. Algo lo abrumaba. Se había desatado el deseo sexual que había estado conteniendo todo el día.
Chase se quitó la camiseta y pasó inmediatamente a los vaqueros. Ella se consumía por el mismo anhelo. Se desabrochó los dos primeros botones de la bata y se la quitó por encima de la cabeza. En un par de segundos, él estaba completamente desnudo mientras ella llevaba un sujetador azul y un tanga del mismo color.
Chase, impulsado por un deseo como no había sentido nunca, alargó la mano y le quitó la goma que sujetaba la cola de caballo. Luego, le soltó el cierre del sujetador y se lo quitó. Le miró el tanga, le pasó un dedo por el borde y se agachó para quitárselo lentamente. Sonrió y, antes de que Jessica pudiera reaccionar, metió la mano en el puchero de chocolate y le untó el pecho. Ella dejó escapar un gemido al sentir la sustancia caliente y cremosa

sobre los pechos. Le cubrió toda la piel y le pasó los pulgares por los pezones. Luego, fue descendiendo hasta el vientre cubriendo de chocolate todo lo que tocaba. Jessica cerró los ojos. Aquella sensación la abrasaba por dentro y la derretía. Cuando él le untó de chocolate entre las piernas, ella se inclinó hacia delante, le besó el cuello y susurró su nombre.

Abrió los ojos al notar que él la tomaba en brazos y la dejaba sobre una mesa limpia. El empezó a lamerle todo el chocolate. Ella jadeaba su nombre con cada caricia de la lengua, gemía de deseo y elevó las caderas cuando él la colmó de placer de la forma más primitiva que conocía el ser humano.

El estremecimiento del cuerpo de Jessica le indicó a Chase que estaba a punto de llegar al clímax. La tomó entre los brazos, se sentó en una silla y la puso a horcajadas sobre sí. Se abrió camino dentro de ella, que descendió sobre la palpitante erección y echó la cabeza hacia atrás mientras sus músculos se adueñaban de él para que entrara más adentro.

La besó en la boca con un apetito insaciable y empezó a mover el cuerpo hacia arriba y abajo con un ritmo enloquecedor.

— ¡Chase!

Él apretó los dientes, la agarró de las caderas y dio una última embestida para sentir cómo explotaba la palpitante esencia de su feminidad. Le separó más las piernas para así poder entregarle todo lo que él poseía.

Oyó que ella volvía a gritar. Cuando ella se estremeció convulsivamente entre sus brazos, Chase no pudo negarse otro orgasmo. Sintió un escalofrío de anhelo y volvió a empujar con un aullido de satisfacción. Arqueó la espalda y gritó el nombre de ella mientras su cuerpo se dejaba arrastrar por el clímax más arrebatador que había sentido jamás. Hacía tres noches había pensado que aquella mujer era casi demasiado para él. En ese momento, se preguntaba cómo podría sobrevivir a la pasión que se desataba en él cada vez que hacían el amor.

Estaba deliciosamente extenuado y ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. Tampoco tenía mucha prisa por separar los cuerpos.

Entonces, él levantó la cabeza, se miraron a los ojos y él se dio cuenta de que había sido un momento extraordinariamente especial

y que nunca tendría suficiente, por muchas veces que hicieran el amor.

También se dio cuenta de otra cosa. Empezaba a enamorarse de Jessica Claiborne y cada vez más.

Chase se despertó al oír unos bocinazos en la distancia. Era por la mañana. Miró a la mujer que estaba acurrucada a su lado y se acordó de todo lo que habían compartido la noche anterior. Después de hacer el amor en la silla, la había tomado en brazos y la había subido a la ducha. Le limpió todo rastro de chocolate, la secó y la llevó a la cama, donde hicieron el amor una y otra vez.

Cerró los ojos y pensó que lo que más quería en el mundo era estar a su lado. Luego pensó que estar bien dentro de su cuerpo ardiente no era una mala idea. Se pasó una mano por la cara. Si seguía a ese ritmo, tendría que empezar a tomar un tratamiento diario de vitaminas.

Miró el reloj. Eran casi las siete. El restaurante ya estaría abierto y como su coche estaba aparcado fuera, Donna y Kevin adivinarían fácilmente dónde estaba y qué estaba haciendo.

Se acarició la barbilla. Necesitaba un afeitado, pero sintió un cosquilleo en las entrañas que le dejó muy claro que también necesitaba otra cosa. A Jessica. Tenía que despertarla y sonrió al pensar cómo quería hacerlo.

Jessica miró a Chase cuando pasaron junto a la señal que indicaba que habían llegado a Chattanooga. Era una ciudad muy bonita junto al río Tennesse y a los pies de los montes Apalaches. Había estado muy a gusto con Chase durante las dos horas de viaje, aunque se durmió la primera media hora. Recordó cómo la había despertado esa mañana y esbozó una sonrisa.

Después de que Chase hiciera todo lo que tenía que hacer, fueron a comer unos mariscos deliciosos y luego dieron un paseo por los jardines agarrados de la mano. En un momento dado, Chase la estrechó contra sí.

—Anoche fue algo muy especial, Jessica —le susurró—. Toda la semana lo ha sido. Quería que lo supieras.

Ella lo miró y sonrió. Ya se lo había dicho dos veces.

—Para mí, pasar el tiempo contigo también ha sido muy especial, Chase.

Se quedaron en silencio mientras iban hacia el aparcamiento.

—Me gustaría hacerte una cena mañana —dijo él al cabo de un rato.

Ella se rió al acordarse de lo que había pasado la otra vez que él le preparó una cena,

— ¿En el restaurante?

—No, en mi casa.

Llegaron al coche y se pararon. Él sonreía de esa forma que tanto la alteraba. Ella había echado una ojeada a su casa cuando fueron esa mañana para que él se cambiara. Estaba en una zona muy selecta de Atlanta y a Jessica le había parecido preciosa.

—Me encantará cenar mañana contigo. ¿Quieres que lleve algo?

—Sólo a ti misma —respondió Chase con una sonrisa irresistible.

—Mmm… creo que podré conseguirlo…

Chase la abrazó y la besó.

—Eso espero —le susurró al oído.

Aunque Chase le había dicho que sólo le llevara a ella misma, Jessica no pudo resistir la tentación de hacer un postre. Sonrió al mirar la fuente con pudín de plátano. Sin embargo, la sonrisa se desvaneció y se olvidó del pudín cuando Chase abrió la puerta y se miraron a los ojos. Estaba delante de ella, imponente y arrebatadoramente viril. El jersey azul marino resaltaba sus anchos hombros y los vaqueros se ajustaban perfectamente a su cintura y a sus musculosas piernas. Jessica intentó mantener la poca compostura que le quedaba.

—Creí que te había dicho que sólo tenías que traerte a ti misma.

Jessica tragó saliva. Su voz era tan sexy como todo él.

—No he podido resistirme.

El sonrió, se acercó y tomó la fuente que llevaba ella.

—Yo tampoco puedo…

Se inclinó y la besó. Eso daría tema de conversación a los vecinos que pudieran verlos.

—Creo que será mejor que acabemos esto dentro —susurró Chase.

Jessica se pasó la lengua por los labios.

—Mmm… yo también lo creo.

Chase se apartó y en cuanto entraron y cerraron la puerta, él dejó la fuente en una mesa del vestíbulo, la abrazó y la besó más

apasionadamente que hacía unos instantes.

—Besarte se ha convertido en una adicción —susurró él mientras le pasaba la lengua por el lóbulo de la oreja—. Me encanta tu sabor.

Ella sonrió.

—Yo había venido a comer, no a que me comieran.

Él se rió y le pasó la lengua por los labios.

—No te preocupes, voy a darte de comer —Chase tomó aire y retrocedió un paso—. Vamos a la cocina antes de que te tome aquí mismo contra la puerta, ganas no me faltan.

Chase volvió a agarrar la fuente con el postre y se inclinó hacia ella para darle un beso fugaz.

—Espero que hayas venido con energía porque pienso ponerte a trabajar.

— ¿A trabajar? —preguntó Jessica.

—Sí, a trabajar —confirmó él mientras iba hacia la cocina—. Quiero que me ayudes a hacer una de las recetas secretas de los Westmoreland.

Jessica se quedó de piedra.

—Creía que no compartías con nadie las recetas secretas...

Él se dio la vuelta y sonrió.

—Confío en ti. Vamos, ya te lo he avisado, pienso ponerte a trabajar.

Jessica dudó. Era el momento perfecto para dejar las cosas claras con él. Tenía que decirle la verdad, sobre todo desde que su investigación se había quedado en un punto muerto. Ya no quedaba nadie que pudiera darle alguna información. Paula Meyers y Darcy Evans decían que le habían contado todo lo que sabían y Schuster y Theodore Henry aseguraban que no sabían nada. Aunque había algo que no se creía en las versiones de Darcy Evans y de Theodore Henry, pero no podía probarlo. Estaba dispuesta a volver a hablar con los dos.

—Jessica...

Miró a Chase. Él también la miraba, pero de una forma rara.

— ¿Sí...?

— ¿Te pasa algo?

Jessica tomó aliento y quiso contarle la verdad, pero supo que no podía hacerlo en aquel momento. No podía arriesgarse. Él podría

echarla de una patada en el trasero y ella no lo resistiría. Pronto le diría la verdad, pero no en aquel momento.

—No —contestó ella con una sonrisa forzada—. ¿Qué quieres que haga?

Chase dejó una hoja de papel en la encimera.

—Me sé la receta de memoria, pero como vas a ayudarme, he sacado una copia del ordenador.

Ella contuvo la respiración y miró la receta.

— ¿Guardas las recetas en el ordenador?

Él soltó una carcajada mientras sacaba un bote de nata de la nevera.

—Claro. Algún día dejaré el negocio a una de mis sobrinas o a alguno de mis sobrinos.

— ¿No vas a tener hijos?

La miró con una sonrisa vacilante.

—No tengo pensado casarme ni tener hijos. Además, si por una casualidad me casara, dentro de veinte años o más, sólo pediría que mi mujer fuera una buena compañía. Nuestro matrimonio sólo sería algo formal.

Jessica asintió con la cabeza y volvió a mirar la receta. Le fastidiaba hasta que Chase pudiera casarse, hipotéticamente, con alguien por comodidad. Lo amaba.

— ¿Qué te parece?

La pregunta de Chase la asustó. Estaba embebida en sus pensamientos.

— ¿Qué? ¿Que dentro de veinte años te cases con una mujer a la que no quieres?

Él negó con la cabeza.

—No. ¿Qué te parece la receta? ¿Puedes hacerla?

Chase dejó la nata en la encimera y se puso detrás de ella. La atrajo contra sí. Ajustó el trasero de ella contra su erección. Él estaba dispuesto a todo. Ella contuvo la respiración cuando él la agarró de las caderas.

Jessica cerró los ojos. En cualquier momento, él empezaría a subirle la falda y alcanzaría sus bragas. Si no lo paraba, nunca harían la cena. Además, tenía que aclararse las ideas. La conversación sobre el posible matrimonio de él la había desconcertado.

Jessica se dio la vuelta atropelladamente y Chase se quedó atónito.

—Perdona, tengo que lavarme antes de empezar.

Sin dejarle reaccionar, se separó de él, fue al cuarto de baño, cerró la puerta e intentó recuperar la respiración.

Jessica se comió el último trozo de pollo y se relamió. Todas las comidas que le había hecho Chase le habían encantado, pero aquélla era especial porque la habían hecho juntos en la cocina de él, como si fuera la de los dos.

—No te pases la lengua por los labios de esa manera —le susurró Chase.

Ella lo miró con una ceja arqueada.

— ¿Por qué?

—Porque me entran ganas de lamértelos yo.

Chase notó que la tensión sexual iba en aumento y decidió que tenía que enfriar la situación para disfrutar de la velada.

—Háblame de tus abuelos.

Jessica lo miró fijamente y sintió que el pánico se apoderaba de ella.

— ¿Por qué?

—Porque creo que a juzgar por lo que me contaste de la situación de tu madre, tus abuelos han tenido que tener un efecto positivo en tu vida.

Jessica sonrió. Notaba que él estaba sinceramente interesado.

—Efectivamente. Aunque mi madre y yo vivíamos en nuestra casa, ellos estaban cerca. Se fueron a vivir a California, para estar cerca de nosotras, cuando yo tenía unos diez años. Tengo unos recuerdos maravillosos de ellos.

Jessica decidió que era el momento ideal para decirle quién era su abuelo.

—Chase…

Él la miró a los ojos y sonrió.

— ¿Qué?

Ella dejó escapar un sonido, pero no consiguió formar las palabras que quería decir.

— ¿Desde cuándo vives aquí?

—Desde hace algo más de un año. Antes tenía un piso en Roswell, pero visité a unos amigos que vivían aquí y decidí que me

gustaba. ¿Y tú? ¿Piensas quedarte algún tiempo en el piso de encima de la tienda o vas a comprarte otra cosa?

Jessica dio un sorbo de café.

—Tenía una casa en Sacramento. Era mucho más grande de lo que necesitaba, pero mi jefe en la empresa donde trabajaba creía que los abogados que había contratado tenían que tener una casa grande en un vecindario elegante. Yo hice obedientemente lo que esperaban de mí.

Chase asintió con la cabeza.

— ¿No echas de menos ser abogada?

—Echo de menos la abogacía, pero no los principios de la empresa que iban con ella. Una de las secciones de la empresa que yo representaba fabricaba juguetes. Habíamos recibido muchas quejas sobre un juguete concreto porque bastantes niños se habían hecho daño con él. Sin embargo, se vendía muy bien y la empresa se negó a retirarlo del mercado. Hasta que un niño murió y nos demandaron. Yo tenía que defender un producto que sabía que había sido el causante de la muerte del niño. No pude hacerlo y me marché.

Chase sintió una profunda admiración por ella, se levantó, rodeó la mesa y la agarró de la mano.

—Vamos a dar un paseo.

— ¿Un paseo? —le preguntó ella en tono de sorpresa.

—Sí. Hay un sendero que entra de lleno en la naturaleza y a estas horas puedes ver algún zorro. Además, así podemos bajar la comilona, y eso que todavía no hemos comido el pudín de plátano...

—No me lo recuerdes. No sé dónde voy a meter nada más.

Él sonrió.

—Eso te pasa por cabezota. Te dije que no trajeras nada, aparte de a ti misma.

—Ya, pero no quería que tú cocinaras todo. Si llego a saber que ibas a ponerme a trabajar, me habría pensado dos veces hacer el postre.

Él se inclinó y la besó en la cabeza.

—Reconoce que lo has pasado bien cocinando conmigo.

Jessica se rió.

—De acuerdo, lo reconozco. ¿Contento?

Chase le tomó la cara entre las manos y la miró a los ojos.

—Sí, estoy contento —contestó él dando un significado especial a las palabras—. Vamos a dar ese paseo.

— ¿Cómo que no se lo has dicho todavía?

Esa noche, Jessica estaba hablando por teléfono con su hermana Savannah.

—Jessica...

Era peor que tenería en persona.

—Te he oído —replicó Jessica antes de dar un sorbo de café—. No se ha dado el momento adecuado. Cada vez que abría la boca para decírselo, él me decía algo bonito y ya no me salía.

—Sólo son excusas.

Jessica suspiró.

—No es fácil, ya te he dicho lo que siento por él.

—Sí, pero si quieres que él sienta lo mismo por ti, tienes que ser sincera y poner las cartas encima de la mesa.

Jessica miró la taza de café. Su hermana tenía razón. Esa noche, mientras cenaba con Chase, había tenido por lo menos dos buenas oportunidades.

—Si se lo digo ahora, antes de demostrar la inocencia de mi abuelo, él podría pensar lo peor.

— ¿Y si no puedes demostrar la inocencia de tu abuelo? Entonces, ¿qué?

Jessica no quería plantearse esa posibilidad. Sabía que Darcy Evans y Theodore Henry ocultaban algo. Cerró los ojos y vio la imagen de Chase que la sonreía. Entonces, apareció otra imagen. Era Chase furioso con ella.

—Jess...

Jessica volvió a abrir los ojos.

— ¿Qué?

—Eres especial y da igual el resultado. Si él no capta lo especial que eres, entonces, estarás mejor sin él.

—Tienes un concepto demasiado bueno de mí, hermana.

Jessica sonrió y dejó la taza de café.

—Eh... puedo decir lo mismo de ti.

Se quedaron un rato en silencio.

—Él te gustaría —comentó Jessica.

—Ya, pero, por lo que a mí respecta, ya está ocupado. Me dijiste

que tiene hermanos, ¿no?

Jessica sonrió.

—También están ocupados, pero tiene algunos primos muy guapos y solteros.

—Mmm... a lo mejor te hago una visita...

—A lo mejor te convendría...

—Storm dice que vas muy en serio con una chica.

Chase miró fijamente a su primo Quade que estaba de visita en la ciudad. Quade trabajaba en el Servicio Secreto como parte de la protección del presidente y podía aparecer en cualquier sitio. Chase dio un sorbo de cerveza.

—Storm habla más de la cuenta.

—Es posible —Quade sonrió—. Cuéntame, ¿quién es ella y cómo te ha atrapado?

Chase se encogió de hombros. Ya no se veía mucho con Quade, pero de pequeños habían sido inseparables y no tenían secretos el uno para el otro.

—Se llama Jessica Claiborne y ha venido de California. Trabajaba de abogada en una empresa, pero se cansó de la falta de escrúpulos de esa empresa y decidió probar suerte con los pasteles. Tiene una pastelería al lado de mi restaurante.

— ¿Dejó la abogacía para hacer pasteles? —le preguntó Quade bastante sorprendido.

—Sí.

Quade sacudió la cabeza.

—Es un cambio muy radical. Me pregunto qué dirían sus padres.

Chase pasó unos diez minutos contándole el pasado de Jessica y la canallada de su padre.

—Ha tenido que pasarlo muy mal —comentó Quade.

—Seguro, pero por lo menos tenía a sus abuelos.

—Parecen buena gente...

Chase se acordó de la mujer que empezaba a ser tan importante para él.

—Sí, me alegro de que ella los tuviera.

— ¿Qué hizo para que te fijaras en ella? —le preguntó su primo mientras se inclinaba hacia delante.

Chase se levantó y fue hacia la ventana. Se quedó un instante

pensando en la pregunta de Quade. Hasta que se dio la vuelta y se encogió de hombros.

—Es una buena pregunta, pero el caso es que me tiene atrapado y lo curioso es que me gusta estarlo.

Su primo esbozó una amplia sonrisa.

—La próxima vez que venga, me gustaría conocerla.

—La conocerás —le aseguró Chase.

Capítulo Diez

— ¿En qué estás pensando, Jessica?

Jessica levantó la mirada. Estaba con Chase en una cafetería y estaba pensando en lo bien que se sentía agarrando la mano de él.

Había pasado una semana desde que cenó en su casa y cada día se sentía más enamorada de él, pero también tenía más remordimientos por no ser completamente sincera.

Theodore Henry se había puesto verdaderamente grosero e incluso la había amenazado con demandarla por acoso si intentaba ponerse en contacto con él otra vez. Eso significaba que su única esperanza era Darcy Evans, que no había contestado a sus llamadas. Aunque estaba decidida a volver a hablar con ella.

Sabía que Chase estaba esperando una respuesta y esbozó una sonrisa forzada.

—Mmm... estaba pensando en que tienes una familia muy unida.

Lo pensaba de verdad. Chase la había invitado a ver un partido de rugby en casa de Jared y Dana. Había conocido a los padres de Chase y había vuelto a ver a algunos de sus familiares que ya conocía. Además, por fin había conocido a su hermana Delaney y a su marido, Shiekh Jamal Ari Yasir.

—Sí, tengo que reconocer que estamos muy unidos —Chase sonrió—. Pero tú también estás muy unida a tus hermanos, ¿no?

—Sí. Savannah y Rico son estupendos. Jennifer tiene una hermana y un hermano, pero son más distantes. Ellos creen que se excedió al incluirme en su familia. Al fin y al cabo, soy el producto de una aventura de su marido.

—También fuiste la hija de su marido. Además, tú no tienes la culpa de que su marido fuera así. Creo que fue admirable por parte de Jennifer que lo aceptara e hiciera lo que hizo. Sé que muchas

mujeres no lo harían por orgullo.

Jessica asintió con la cabeza.

—Es verdad, sé que por eso es especial para mí. Se propuso que yo formara parte de la vida de Savannah y Rico y se lo agradezco. Me ayudó mucho después de la muerte de mi madre.

—Seguro que para tus abuelos fue muy doloroso que ella muriera de esa forma.

Jessica suspiró profundamente.

—Sí, era su única hija. Mi abuelo se culpó durante algún tiempo por no haber descubierto antes lo de mi padre. Por otro lado, también se preguntaba si había hecho bien al contratar al detective y decirle la verdad a mi madre. Nunca pensó que se quitaría la vida por eso —Jessica se quedó un momento en silencio—. Durante mucho tiempo sentí mucho resentimiento hacia ella por dejarme sola. Necesité tratamiento para superarlo y darme cuenta de que el amor que mi madre sentía por mi padre era obsesivo y enfermizo. Entonces me prometí a mí misma que nunca me dejaría atrapar por un hombre.

Chase agarró con fuerza la mano de Jessica y pensó en la relación que tenían. Tenía que reconocer que aquellas dos semanas habían sido muy especiales. Habían jugado al tenis un par de veces, habían visto un espectáculo de rayos láser y ella había presenciado la victoria de los Crusaders de Chase una semana y su derrota a la semana siguiente. El domingo pasado, un grupo, encabezado por Thorn, había ido a cenar a Augusta en las motos que fabricaba el propio Thorn. Nadie de la familia pareció sorprenderse de que llevara a Jessica, ni nadie le preguntó sobre el tiempo que pasaban juntos. Su familia había aceptado que eran una pareja y él no sabía qué pensar sobre ese asunto.

—¿Quieren más café?

Los dos miraron al camarero.

—No, gracias —contestó Chase mientras soltaba la mano de Jessica para mirar la hora—, pero podría darme la cuenta. Gracias por acompañarme de compras —le dijo a Jessica cuando el camarero se fue.

Ella se rió.

—Conozco a muy poca gente, sobre todo hombres, que haga las compras de Navidad con tanta antelación. Todavía faltan dos meses.

—Ya —Chase sonrió—, pero como tú dices, tengo mucha familia. Además, que cada uno dé una lista de regalos facilita las cosas. Lo complicado es acertar con la tienda que le gusta más a cada uno. En mi familia no sirve el dicho de a caballo regalado no le mires el diente.

Salieron de la cafetería y dieron otra vuelta por el centro comercial. Todavía faltaban dos meses, pero algunas tiendas ya tenían la decoración navideña.

—El día después de Acción de Gracias, este sitio es como un hormiguero. Tendrías que venir conmigo para comprender lo que quiero decir. Sin embargo, el gentío me despierta el espíritu de la Navidad.

Jessica se quedó sin aliento. Todavía faltaba un mes para el día de Acción de Gracias y que él diera por supuesto que seguirían juntos hizo que se sintiera como flotando en el aire. Sin embargo, tardó poco en poner los pies en el suelo al acordarse de que al día siguiente iba a ir a visitar a Darcy Evans. Tenía que volver a intentarlo antes de contarle la verdad a Chase.

Jessica le agradeció a la señora Stewart que trabajara todo el día para que ella pudiera ir a Macón a visitar a Darcy Evans. Detestaba ser un incordio, pero estaba decidida a volver a comprobar si le ocultaba algo.

Darcy no estaba en su casa, pero una mujer mayor, la madre de Darcy, le dijo que su hija tenía una peluquería cerca de allí. Media hora más tarde, Jessica estaba aparcando el coche delante de la peluquería.

En cuanto entró y vio la expresión de Darcy, supo que se había sorprendido de verla.

—Señora Evans, ¿qué tal está? —le preguntó mientras extendía la mano.

La decoración de la peluquería era muy elegante. Jessica se alegró de que sólo hubiera una cliente, que estaba en el secador de pelo y no podría oírlas.

— ¿A qué ha venido? —le preguntó Darcy mientras estrechaba la mano de Jessica de mala gana—. Creía que ya no teníamos nada más que hablar.

Jessica esbozó una sonrisa cautelosa.

—Esperaba que hubiera recordado algo desde entonces.

—No. Ya le he dicho todo lo que sé.

— ¿Está segura?

Jessica decidió intentar otro argumento. No quería presionarla, pero quería saber la verdad.

— ¿Cree que mi abuelo le dio las recetas a alguien que trabajaba en Schuster's?

Darcy le clavó la mirada.

—No, claro que no. Era uno de los hombres más honrados que he conocido. Me sentí fatal cuando Westmoreland lo acusó de hacerlo.

— ¿Estaba allí el día que lo hizo?

—No. Su abuelo y Westmoreland tuvieron una discusión y su abuelo se fue, pero eran tan buenos amigos que todos dimos por supuesto que volvería.

Jessica asintió con la cabeza.

— ¿Se acuerda de por qué discutieron?

Darcy volvió a mirar hacia otro lado.

—Por mí —contestó al cabo de unos segundos.

Jessica no estaba segura de haberla entendido bien.

— ¿Por usted?

—Yo estaba pasando un momento muy malo. Mi hijo Jamie, que entonces tenía dieciocho meses, estaba constantemente enfermo y yo faltaba mucho al trabajo por eso. Además, cuando iba estaba tan preocupada que empecé a confundir los pedidos —Darcy tomó aliento al recordar aquellos tiempos—. Algunos clientes se quejaron al señor Westmoreland. Su abuelo sabía cuánto necesitaba el trabajo para pagar a los médicos de Jamie y le pidió al señor Westmoreland que me diera otra oportunidad. Discutieron y oí que su abuelo se marchaba —Darcy sacudió la cabeza con pena—. Me sentí fatal, pero Paula Meyers, que había trabajado más tiempo con su abuelo y el señor Westmoreland, me dijo que no me preocupara porque su abuelo ya se había marchado otras veces después de una discusión y siempre había vuelto. Cuando pasaron dos semanas y no volvió, empecé a preocuparme y a sentirme culpable.

Jessica la miró con cierta compasión. Era evidente que Darcy seguía sintiéndose culpable.

—Yo también creo que mi abuelo y el señor Westmoreland habrían acabado arreglándolo todo, pero justo después pasaron un

par de cosas. Ingresaron a mi madre con neumonía y mis abuelos fueron a California para ocuparse de mí —Jessica sonrió al recordarlo—. Creo que cuando estaban allí decidieron que mi madre y yo los necesitábamos cerca, sobre todo cuando no podían convencerla para que ella fuera a Atlanta. Volvieron a casa una semana o así más tarde y mi abuelo se encontró con las acusaciones del señor Westmoreland. Alguien a quien consideraba su amigo ponía en duda su honradez y eso le dolió. No consiguió que el señor Westmoreland creyera que era inocente y creo que por eso decidió que lo mejor para todos era que él se fuera a California.

Las dos se quedaron en silencio un rato, pero Jessica habría jurado que Darcy tenía una expresión rara. Si no se equivocaba, era una expresión de culpabilidad.

— ¿Está segura de que no puede decirme nada más, señora Evans?

Darcy guardó silencio durante un instante.

—No, no hay nada más —contestó al final.

Jessica no la creía.

—Es muy importante para mí que si se acuerda de algo, se ponga en contacto conmigo. En estos momentos estoy metida en una situación muy complicada.

Darcy arqueó una ceja.

— ¿Qué tipo de situación complicada?

Jessica supo que tenía que ser completamente sincera y así quizá Darcy le dijera lo que estaba ocultando.

—Me he enamorado de Chase Westmoreland, el nieto de Scott Westmoreland.

—Es el dueño del restaurante que hay en el centro de Atlanta, ¿no?

—Sí, efectivamente —Jessica sonrió.

—Siempre supe que acabaría siguiendo los pasos de su abuelo. Siempre estaba por el restaurante y ayudaba mucho más que los otros. Siempre me pareció un hombre amable.

Jessica sonrió de oreja a oreja.

—Lo es. Llevamos unas tres semanas saliendo, pero él no sabe que soy la nieta de Carlton Graham.

Darcy arqueó las cejas.

— ¿De verdad?

—De verdad. Nuestras familias se enemistaron por lo que pasó. Yo prometí a mi abuela, antes de que muriera, que demostraría a los Westmoreland que mi abuelo era inocente y que acabaría con la disputa —tomó aire—. No había calculado que conocería y me enamoraría de Chase.

Darcy asintió con la cabeza.

—Pero, seguramente, algo que pasó hace tanto tiempo tampoco les separará.

—Podría hacerlo. El estaba muy unido a su abuelo y sé que sigue muy dolido con lo que pasó. Además, la sinceridad es muy importante para Chase. Tendría que habérselo dicho desde el principio, pero antes quería demostrar la inocencia de mi abuelo. Ahora compruebo que me equivoqué al esperar.

— ¿Qué va a hacer?

—Decirle la verdad y esperar que me crea. Esperar que esté dispuesto a olvidar el pasado y a mirar hacia delante.

— ¿Cree que lo hará? —le preguntó Darcy después de estar unos segundos en silencio.

—Eso espero.

Chase miró la hora y pensó que Jessica ya debería haber vuelto. Pasó por la tienda a la hora de cerrar para decirle que tenía que irse de la ciudad inesperadamente, pero se encontró con que la señora Stewart seguía allí. Sólo le dijo que Jessica había salido a hacer un recado y que no volvería antes de las siete.

Él no dejaba de preguntarse qué tipo de recado podría tenerla alejada de la tienda durante casi todo el día. Oyó que llamaban a la puerta de su despacho.

— ¿Quién es?

—Donna.

—Pasa.

Vio que su camarera de confianza entraba nerviosamente. Nunca había visto nerviosa a Donna por ningún motivo. Además, captó cierta tristeza en aquellos grandes ojos marrones.

—Donna, ¿qué pasa? —le preguntó ante el silencio de ella.

Ella dudó y miró hacia otro lado.

—He venido a traerte esto.

Chase abrió los ojos como platos cuando ella le dio un papel. Él no tardó ni un segundo en echarle una ojeada.

— ¿Te marchas?

Donna bajó la mirada y se encogió de hombros.

—Sí. Me gusta trabajar aquí, pero si quiero terminar los estudios tengo que empezar a ir todo el día a clase. Ayer me llegó una carta de una Universidad de Tennessee que me ofrece una beca para los dos últimos años y he decidido aceptarla.

Chase sonrió. Lamentaba perder a Donna, pero sabía que no podía desperdiciar aquella ocasión.

—Me alegro por ti, Donna.

Ella esbozó una ligera sonrisa.

—Gracias. Yo también me alegro. No he parado de leer la carta una y otra vez para convencerme de que no estaba soñando. Quieren que empiece en enero, así que tendré que hacer la maleta y marcharme. Como se acercan las vacaciones, no quería dejarte en la estacada y quería decírtelo ahora, aunque seguramente yo pueda trabajar un mes más.

—Te lo agradezco. Va a ser muy difícil reemplazarte. Si alguna vez necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme.

—Gracias, Chase.

Donna se marchó y Chase se dejó caer contra el respaldo de la butaca. Volvió a mirar la hora. Tenía que ver a Jessica y lo peor de todo era que también tenía que irse tres días de la ciudad. No había trabajado mucho porque no había podido dejar de pensar en Jessica y no encontrarla en la tienda había sido una enorme decepción.

A Chase no le gustaba el rumbo que estaban tomando sus pensamientos, cada vez estaba más obsesionado con Jessica. Por primera vez en su vida, al tomar en brazos a las gemelas de Storm a primera hora de la mañana, pensó en tener hijos. Aunque no hacía mucho le había dicho a Jessica que no pensaba tener hijos. Sin embargo, cuando miró a sus sobrinas, vio a Jessica como la madre de sus hijos. El pánico le atenazó la garganta.

Se levantó como si no fuera el mismo. Notaba sensaciones que era mejor olvidar, pero por algún motivo no podía olvidarlas. Se sentía dominado por el deseo y salió del despacho con la única idea de que tenía que ver a Jessica.

Chase se abalanzó sobre Jessica cuando ella abrió la puerta.

—Te he echado de menos todo el día —susurró mientras la besaba.

Entró y cerró la puerta. No le importaba haberla visto el día anterior ni que hubiera hecho el amor con ella la noche anterior. La besó.

Jessica intentó no estremecerse por el amor que le rebosaba todo el cuerpo. No quería imaginarse la posibilidad de que Chase se marchara furioso cuando ella le contara la verdad esa noche. Aunque sabía que lo tenía que hacer.

—Chase, tengo que decirte algo...

Él volvió a besarla profunda y ávidamente, con una pasión que nubló el pensamiento de Jessica. Ella sabía que aquélla podía ser la última vez que se diera esa situación y lo besó con la misma voracidad que él. Al cabo de unos instantes los dos estaban gimiendo.

Chase se separó, la tomó en brazos y la llevó al piso de arriba. La dejó de pie junto a la cama y empezó a quitarle la camisa mientras ella se ocupaba del botón de los vaqueros. Los dos estaban enloquecidos por la pasión y el anhelo.

—Te deseo con toda mi alma —susurró Chase cuando desnudó completamente a Jessica y él también estuvo desnudo.

La tumbó en la cama y empezó a lamer codiciosamente sus pezones. Ella dejó escapar un gemido cuando se metió uno en la boca. Empezó a mordisquearlo y ella se volvió loca de placer. Luego pasó al otro pezón y le dio el mismo tratamiento.

—Chase...

—Aguanta, querida, acabo de empezar.

Abandonó los pechos y fue descendiendo. Jessica contuvo la respiración cuando la lengua alcanzó el ombligo.

Entonces, Chase levantó la cabeza y la miró a los ojos. Era una mirada tan ardiente que Jessica se quedó sin aliento y él bajó la boca hasta su esencia femenina. Ella separó las piernas y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no desvanecerse ante el feroz ataque de su diestra boca. Sin embargo, nada pudo impedir que se estremeciera sin control cuando él aumentó la presión de su lengua y la acarició hasta que la sangre empezó a bullirle como lava líquida. Ella gritó su nombre, pero eso sólo lo espoleó. Cuando alcanzó el orgasmo y el cuerpo se le astilló en mil pedazos, aulló el nombre de Chase y levantó las caderas para que él siguiera con las profundas y firmes caricias de su lengua. Él apartó la boca cuando

ella se estremeció por última vez. Chase se sentó sobre los talones y esbozó una sonrisa que volvió a estremecer a Jessica. La miró a los ojos y a ella se le alteró el pulso y sintió que la pasión volvía a encendérsele entre las piernas.

Él, como si supiera lo que estaba sintiendo ella, empezó a acariciarle la carne húmeda de esa zona. Luego, se inclinó sobre ella y le susurró con una voz profunda, sexy y ronca:

—No te relajes, querida, yo estoy entrando en calor.

Chase pensaba hacer el amor a esa mujer toda la noche. A su mujer. Cerró los ojos cuando una punzada le atravesó el corazón y casi lo deja sin respiración.

—Chase, ¿te pasa algo?

Él abrió los ojos y miró a Jessica. Se colocó encima de ella y comprobó con satisfacción que estaba preparada para recibirlo. En ese momento, lo vio claro. Ella era su mujer y la amaba. Nunca pretendió que pasara eso, pero había pasado y sólo podía aceptarlo.

—Chase...

A él se le aceleró el corazón, se inclinó sobre ella y la besó delicadamente.

—No, no me pasa nada. No podría estar mejor.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Eh... eso lo decidiré yo...

Chase sonrió y le pasó la punta de la lengua por los labios.

—Entonces, déjame que te ayude a tomar una decisión tan importante.

Volvió a besarla profundamente mientras le pasaba la lengua de lado a lado de la boca, deleitándose con cada rincón.

Jessica gimió cuando él introdujo la mano entre los dos cuerpos. Sus dedos se detuvieron entre las piernas de ella y la acarició suavemente con movimientos circulares y arrebatadores que hicieron que ella volviera a cimbrear las caderas.

Chase separó la cabeza y la miró cuando ella abrió lentamente los ojos. Él estaba rebosante de un anhelo que no había sentido nunca al saber lo mucho que deseaba a aquella mujer. Lo mucho que la amaba. Sintió una necesidad perentoria de estar dentro de ella.

El le levantó las caderas con las manos, puso los muslos entre sus piernas y colocó su miembro erecto en el mismo centro.

Entró y ella elevó las caderas para acomodarse a él y que entrara profundamente. Él empujó con sus caderas hasta estar completamente hundido en ella. Contuvo el ansia de moverse, de embestirla con el ritmo que los llevaría al límite. Quería disfrutar de estar así, dentro de ella, sintiendo la humedad ardiente que lo tenía atrapado.

Se mantuvo quieto, la miró a los ojos y quiso que ella supiera lo que sentía en ese momento.

—Te quiero, Jessica.

Vio que ella abría los ojos de par en par, con incredulidad. Luego, los ojos se le empañaron de lágrimas y captó una expresión de felicidad en sus labios.

—Yo también te quiero, Chase.

Él no se lo había esperado y esas palabras hicieron que perdiera el control. La necesidad de hacerle el amor se hizo tan vital como respirar. Empezó a moverse con rápidas embestidas, espoleado por las emociones que lo aturdían, que le rebosaban y le apremiaban a hacerla realmente suya.

Él nunca había conocido nada tan hermoso como aquello. Ella llenaba un vacío que él no sabía que tenía dentro. Además, estaba haciéndolo como no lo había hecho ninguna otra mujer. Él seguía entrando y saliendo en ella, que le había rodeado las caderas con las piernas para fundir los dos cuerpos en uno.

— ¡Chase!

Cuando ella gritó su nombre, él apretó los dientes al notar que le invadían las mismas sensaciones que a ella. Una erupción de sensaciones se adueñó de ellos. La agarró de las caderas mientras seguía penetrándola fluidamente y se liberaba por completo. Era como si ascendieran en círculos hasta una altura jamás alcanzada, como si se dejaran arrastrar por un oleaje de sensaciones tan intenso que él se preguntó si podrían sobrevivir. Siguió entrando en ella sin dejar de pronunciar palabras de amor.

Cuando explotó la segunda vez y, unos instantes después, la tercera, supo que ella era realmente suya, como él lo era de ella.

Unas horas más tarde, Chase intentó no despertar a Jessica cuando se bajó de la cama. Tenía que irse y hacer la maleta para su viaje a Houston. Faltaban cinco horas para que su avión despegara y tendría que aguantar el tráfico de la mañana hasta el aeropuerto.

Se vistió, se acercó a la cama y le dio un suave beso en los labios. Luego, bajó las escaleras y decidió dejarle una nota. También la llamaría cuando llegara al aeropuerto. Si aquella reunión no fuera tan importante, se habría quedado. Sin embargo, había pensado en abrir un Chase 's Place en Houston e iba a reunirse con un grupo de personas que podían hacer posible esa empresa.

Abrió la puerta del despacho de ella y miró alrededor. Era la primera vez que entraba en esa habitación y le gustó cómo la tenía organizada. Era pequeña, pero bien y funcionalmente amueblada. Fue a la elegante mesa de roble para buscar un trozo de papel y un bolígrafo. Se quedó helado cuando vio una foto enmarcada.

La agarró y parpadeó sin creerse lo que estaba viendo. Era una foto de Jessica con dos personas mayores que él supuso que serían los abuelos que tanto quería. Los reconoció inmediatamente. Eran Carlton y Helen Graham.

Notó como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. ¿Jessica era la nieta de Carlton Graham? Si era así, ¿por qué no se lo había dicho? Dejó la foto en la mesa con una mano temblorosa. Miró por la mesa, se fijó en un papel y lo leyó.

Tareas del día:

Volver a hablar con Donald Schuster sobre las recetas de Westmoreland.

Sintió como una puñalada en el corazón y el papel se le cayó de la mano. Cerró los ojos. Era imposible que otro Graham fuera a traicionar a un Westmoreland. Cuando abrió los ojos y volvió a ver la foto y el papel, comprendió que todo era posible. ¿Se habría enterado Schuster de que iba a abrir otro restaurante y quería hacer algún trato con Jessica para que se aproximara a él?

Ella, efectivamente, se había aproximado a él, tanto que le había confiado una de sus recetas. ¿Qué ganaba ella? ¿La posibilidad de vender su pastelería en los restaurantes de Schuster por todo el país? Apretó los dientes. Le rompía el alma saber que era una oportunista, como lo había sido Iris.

Sintió una furia que no había sentido jamás, una furia mezclada con un dolor inmenso. Salió del despacho y subió al piso de arriba a toda velocidad. Era la segunda vez que entregaba su corazón a una mujer con el mismo resultado. Nunca volvería a confiar ciegamente en nadie.

Cuando entró en el dormitorio, sintió una presión que le atenazaba el corazón. Estaba desgarrado por el amor que sentía hacia ella y por el dolor de su traición. Resopló como si así pudiera expulsar cualquier sentimiento hacia ella y se acercó a la cama.

—Jessica, despierta.

Jessica abrió lentamente los ojos al oír la voz de Chase. Cuando consiguió verlo claramente, observó que tenía una expresión de furia. Se apoyó en la cabecera de la cama.

— ¿Qué pasa, Chase?

Él no dijo nada, se limitó a mirarla con los ojos llenos de ira.

—Chase, por favor, ¿qué pasa?

— ¿Por qué no me dijiste que eres la nieta de Carlton Graham? ¿Te has divertido ridiculizándome?

Ella contuvo la respiración y se preguntó cómo se habría enterado, pero eso ya daba igual.

—No, no es así, Chase. Quería decírtelo, pero también quería demostrar antes que mi abuelo era inocente.

—No puedes demostrar lo que no es verdad.

Jessica saltó de la cama y se enfrentó a Chase sin importarle que estuviera desnuda.

—Mi abuelo no se llevó ninguna receta y quería demostrarlo, pero me enamoré de ti y...

—No te has enamorado de mí, yo sólo era un medio para alcanzar un fin. ¿Crees que soy idiota? He visto la nota en la que dices que hoy has quedado con Schuster. ¿Estáis compinchados para robar más recetas de los Westmoreland? ¿Qué te ha ofrecido? ¿La posibilidad de servir tus pasteles en sus restaurantes?

Jessica negó vigorosamente con la cabeza.

—No. ¿Cómo puedes pensar algo así? Schuster tiene respuestas. Alguien le dio las recetas y como yo sé que no fue mi abuelo, me cité una vez con él para ver qué podía decirme. Voy a verlo otra vez para sacarle más información, si puedo.

Chase tomó una bocanada de aire. Quería creerla, pero sólo podía pensar en que ella lo había traicionado. Apretó los labios.

—Si lo que dices es verdad, ¿por qué no me dijiste quién eres? Hemos estado saliendo durante casi un mes y has tenido muchas oportunidades de decirme la verdad, pero nunca me dijiste que fueras familia de Carlton.

Jessica tragó saliva. Sabía que tenía razón.

—Como ya te he dicho, primero quería demostrar su inocencia. Intenté decírtelo cuando viniste anoche, pero no tuve la ocasión. Tienes que creerme, Chase. Te quiero y...

Chase soltó una carcajada llena de amargura.

— ¿Me quieres? ¿Así me demuestras tu amor? ¿Con una mentira? En ese caso, no me interesa.

Se dio la vuelta y se fue de la habitación. Jessica contuvo la respiración hasta que oyó el portazo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Había complicado irremediablemente las cosas y Chase la odiaba.

Capitulo Once

Se levantó de la cama. Cuando viajaba siempre iba a los mejores hoteles, pero una buena habitación y una cama confortable no evitaron que pasara unas noches agitadas. Había pasado dos días tan absorto con las negociaciones que no había pensado en otra cosa... en otra cosa que no fuera Jessica. Ella se había colado en su cabeza aunque él no quisiera y no podía sacarla de allí por mucho que lo intentara.

Los recuerdos de aquella noche lo abrumaban. Ella había parecido quedarse consternada por sus acusaciones. Sin embargo, ¿cómo había esperado ella que reaccionara él? ¿Había esperado que él la recibiera con los brazos abiertos? ¿Había esperado que él pasara por alto que su abuelo y ella se habían convertido en enemigos? Ella era una Graham y él un Westmoreland. Él se acordaba perfectamente de que su abuelo le había advertido de que no se fiara nunca de un Graham. Él no sólo se había fiado de una sino que se había enamorado de ella.

Suspiró. ¿Creía ella que iba a tragarse la historia de que estaba intentando demostrar la inocencia de su abuelo y que iba a verse con Schuster para encontrar la verdad?

Sin embargo, no podía descartar la posibilidad de que ella no le dijera la verdad desde el principio precisamente por ser tan reacio a creerla. Ella sabía que no la recibiría con los brazos abiertos. Se habrían convertido en enemigos antes de tener la oportunidad de ser amigos.

Sin embargo, sobre todo, llevaba dos días dándole vueltas a la idea de que ella pudiera estar diciendo la verdad. No podía olvidarse de que era una mujer que había dejado una profesión muy prometedora por motivos éticos. Era una mujer de principios

sólidos. Era una mujer que había pasado su tiempo libre haciendo galletas para los chicos de su equipo. Era alguien que se preocupaba por los demás.

Tampoco podía olvidarse de que ella no había tenido relaciones sexuales durante ocho años. Él intuía que se necesitaría mucho más que la promesa de vender sus productos en los restaurantes Schuster para llegar hasta donde había llegado con él si no le gustara.

Resopló. ¿Se habría comportado irracionalmente hacía dos días? ¿Había sido injusto al sacar conclusiones sin escuchar la versión de ella? ¿Se habría equivocado al ponerla en la misma categoría que Iris? Las dos no se parecían en nada. Iris no tenía escrúpulos y Jessica sabía entregarse.

Miró el reloj que había en la mesilla. Era casi medianoche. Quería llamar a Jessica y hablar con ella. Cuando al día siguiente volviera a Atlanta, la escucharía y no se precipitaría al juzgarla. Seguía amándola. Ya no le importaba lo que pasara con las recetas de los Westmoreland. Si Jessica estaba empeñada en demostrar la inocencia de su abuelo, él la ayudaría a saber por qué las recetas habían acabado en las manos equivocadas.

Tomó aliento. Sobre todo, quería pasar el futuro con la mujer amada.

—Jessica, si te amaba hace dos días, seguirá amándote ahora. El amor verdadero no se puede encender o apagar como si fuera la televisión.

Jessica escuchó a su madrastra, pero no se quedó convencida. Había visto el desprecio más profundo en los ojos de Chase antes de que él se marchara. Sin embargo, no podía olvidarse de otra mirada. Fue la forma de mirarla unos segundos antes de decirle que la quería. Cuando él se lo dijo, ella creyó de corazón que lo decía sinceramente, como ella había sido sincera al decírselo a él.

—No pude odiar a tu padre ni después de enterarme de lo que hizo —siguió Jennifer—. Estaba dolida y me puse una coraza para evitar que me volvieran a hacer daño, pero el amor perduró mucho tiempo.

—Da igual —replicó Jessica en voz baja—. Chase me dio a entender que todo había terminado entre nosotros. He tomado algunas decisiones.

— ¿Qué decisiones?

—Hoy me he reunido con un agente inmobiliario. He decidido venderlo todo y volver a California.

— ¿Volver a ser abogada?

—Es posible, pero no en una empresa. He pensado especializarme en seguridad de los productos para defender a los consumidores.

— ¿Crees que las cosas se solucionarán si sales corriendo?

—No salgo corriendo, sólo protejo mi corazón para que no lo machaquen más.

Se hizo un silencio.

—Bueno —concluyó Jennifer al cabo de unos segundos—, creo que Chase y tú tenéis que sentaros y aclarar las cosas.

—Yo también lo creo —corroboró Jessica—, pero me quedé con la impresión de que no quería volver a verme. Como nuestros negocios están separados sólo por unos metros, es imposible que no nos veamos, de modo que uno de los dos tendrá que marcharse —hizo una breve pausa—. Eh… ya sabes que soy una superviviente.

Suspiró profundamente. Había permitido que Chase fuera demasiado importante para ella. Había hecho lo que se había prometido que no haría jamás. Se había entregado en cuerpo y alma a un hombre. Eso hacía que le costara más marcharse, pero aun así, lo haría.

— ¿Qué es eso de que Jessica va a vender su tienda? —le preguntó Chase a Donna.

Había ido al restaurante directamente desde el aeropuerto y al pasar por la pastelería la había visto cerrada a media mañana y con un cartel para venderla.

Donna se apoyó en la puerta cerrada del despacho.

—Los rumores dicen que se vuelve a California.

Chase notó un escalofrío en toda la espina dorsal. Había sido idiota al pensar lo peor de ella. Había meditado mucho durante esos días y en el fondo de su corazón sabía que Jessica lo amaba. Había sido idiota al acusarla de todas aquellas cosas. Jessica, al contrario, que Iris, no era avariciosa.

Donna se aclaró la garganta.

—Ya sé que no es un buen momento, pero hay alguien que insiste en verte.

Chase arqueó una ceja.

— ¿Quién?
—Una mujer que se llama Darcy Evans.
Chase suspiró al acordarse de aquel nombre.
—Por favor, dile que pase.
Darcy Evans entró en el despacho. Aunque no había trabajado con su abuelo más de seis meses, Chase la recordaba. Era reservada, como solía serlo Donna.
Chase se levantó para estrecharle la mano.
—Señora Evans, cuánto tiempo... Me alegro de verla. Por favor, siéntese.
Darcy Evans se sentó enfrente de él y Chase la miró a los ojos.
— ¿Qué le trae por aquí?
Chase se dio cuenta de que estaba nerviosa.
—Quería hablar con la señorita Claiborne, pero su tienda está cerrada. Ha ido a verme un par de veces durante el mes pasado.
— ¿Jessica fue a verla? —Chase estaba atónito.
—Sí. No se creía que su abuelo le hubiera quitado las recetas al abuelo de usted y quería saber la verdad. Tengo entendido que también habló con Donald Schuster, con Paula Meyers y con Theodore Henry.
Chase conocía todos los nombres menos uno.
— ¿Theodore Henry?
—Sí, era el cocinero de Schuster cuando yo trabajaba con su abuelo —suspiró profundamente—. Theodore y yo éramos amantes.
A Chase se le salían los ojos de las órbitas.
— ¿Eran amantes?
—Sí. Estuvimos juntos casi un año, pero lo mantuvimos en secreto. Él creía que su trabajo como cocinero en el restaurante de Schuster pendía de un hilo y estaba desesperado. Me pidió que encontrara alguna forma de hacerme con las recetas. Al principio me negué. Estaba agradecida al señor Graham por haberme dado el trabajo y creía que su abuelo era un hombre amable, aunque a veces podía ser muy cabezota.
Chase asintió con la cabeza. Sabía que su abuelo podía serlo.
—Sin embargo, al final se las llevó...
Ella agarró nerviosamente las asas del bolso y los ojos se le empañaron de lágrimas.
—Sí, yo se las di a Theodore. Me fastidió mucho que el señor

Westmoreland dejara que el señor Graham se fuera y quise hacer algo para fastidiarle a él. Un día se dejó el libro de recetas encima de la mesa cuando fue a hacer unas entregas. Copié las recetas y se las pasé a Theodore.

Chase se quedó sorprendido. Su abuelo siempre guardaba con llave el libro de recetas.

—Le agradezco mucho que haya venido a contarme la verdad. Por fin ha cicatrizado una herida muy vieja.

—Entonces, ¿no es demasiado tarde? —preguntó ella mientras se enjugaba las lágrimas.

— ¿Tarde? ¿Para qué?

—La señorita Claiborne me dijo que le amaba a usted y que quería decirle la verdad, pero antes quería demostrar la inocencia de su abuelo para que usted la creyera.

Chase se derrumbó en su butaca y se sintió un miserable. Jessica había intentado decirle la verdad, pero él no la había escuchado. Sintió un nudo en el estómago. ¿Qué pasaría si ella no lo perdonara por no haberla creído? ¿Qué pasaría si ella ya no quisiera nada de él?

—Señor Westmoreland...

Chase resopló y se dio cuenta de que no había contestado a la pregunta.

—No, no es demasiado tarde. Amo a Jessica y juntos podemos solucionar cualquier cosa.

Esperaba con toda su alma que lo que había dicho fuera verdad.

Jessica vio el deportivo de Chase en cuanto entró en el aparcamiento. Se le encogió el estómago por los nervios y agarró el bolso y la bolsa de una tienda.

Al cabo de unos instantes, cuando acababa de entrar en su tienda y de cerrar la puerta, oyó que sonaba la campanilla. Abrió la puerta y se encontró con un hombre mayor.

—Flores para la señorita Claiborne.

Jessica sonrió. Era muy propio de Jennifer mandarle flores para animarla. Eran cerca de dos docenas de rosas.

—Gracias. Si espera un segundo, le daré una propina.

El hombre sonrió.

—No hace falta, ya lo han hecho —sonrió más ampliamente—.

Ese señor no ha mandado nunca flores a una mujer. Al menos desde nuestra tienda.

Jessica se quedó boquiabierta.

— ¿Quién?

El hombre se rió.

—No puedo decírselo, pero firmó la tarjeta y como él sabe que mi mujer tiene una tendencia insuperable al cotilleo, estoy seguro de que también sabe que todo Atlanta se habrá enterado de este envío en menos que canta un gallo. Pero es evidente que eso no le importa. Buenos días, señora.

Jessica lo vio marcharse y montarse en la furgoneta de la floristería Coleman.

Jessica dejó las flores sobre el mostrador y tomó la tarjeta.

El amor hace que uno diga y haga idioteces.

Perdóname.

Chase.

Jessica se quedó petrificada. No podía respirar. ¡Chase le había mandado flores para disculparse! Volvieron a llamar a la puerta antes de que pudiera reponerse. Salió disparada a abrirla y se encontró con Donna.

—Hola, Jessica, te traigo un obsequio de Chase 's Place —le explicó mientras le daba una bolsa enorme.

Jessica supo por el olor que fuera lo que fuera, sería delicioso.

Jessica sonrió y agarró la bolsa.

—Aquí hay comida por lo menos para dos personas...

Donna se rió.

—Creo que se trata de eso.

Donna desapareció antes de que Jessica pudiera decir algo.

Jessica cerró la puerta, fue al mostrador y dejó la bolsa junto a las flores. Volvieron a llamar a la puerta. Se quedó paralizada. Su corazón sabía quién era, como lo sabían su cuerpo y su alma.

Era Chase.

Tomó aire y cruzó la tienda hasta la puerta. Soltó lentamente el aire antes de agarrar el picaporte y abrirla.

Chase estaba apoyado en el marco de la puerta con una botella de vino en la mano. Estaba muy sexy, como para comérselo. Ella, sorprendida, se pasó la lengua por los labios y él clavó los ojos en su boca. A ella se le aceleró el pulso.

No parecía enfadado. Eso era una buena señal. Jessica se dio cuenta de que tenía que decirle que entrara o que se fuera.

— ¿Quieres pasar?

—Sí —él no dudó al responder.

Jessica tragó saliva y se apartó para dejarlo pasar. Luego, se apoyó de espaldas en la puerta porque sabía que si daba un paso adelante se caería. Las rodillas le flaqueaban. Se dio cuenta de que Chase estaba más atractivo que nunca.

—Gracias por las flores —dijo por decir algo—. Y por la comida.

—De nada. Esto también es para ti —replicó él mientras le daba una botella de vino blanco.

—Gracias.

Entonces, hizo el esfuerzo de separarse de la puerta para dejar la botella de vino con las flores y la bolsa de la comida. Se dio la vuelta lentamente y se lo encontró delante. No lo había oído acercarse. La miraba con arrepentimiento.

—Perdóname. Debería haberte escuchado. Debería haberte creído —susurró él con la voz entrecortada.

—Yo también lo siento —contestó ella con un nudo en la garganta—. Tendría que haberte dicho la verdad en cuanto supe quién eras.

Él se acercó otro paso.

—He tenido tres días para meditar. Para meditar sobre nosotros. He decidido que me gustaría que estuviéramos juntos. Lo que pasó entre nuestros abuelos es cosa del pasado. Además, tenías razón. Carlton no se llevó las recetas de los Westmoreland. Esta mañana ha venido a verme Darcy Evans. Primero vino aquí, pero vio la tienda cerrada. Quería que supieras la verdad. Fue ella quien se llevó las recetas. Theodore Henry y ella eran amantes y ella las robó para vengarse de mi abuelo por permitir que tu abuelo se fuera.

Jessica retrocedió un paso y lo miró a los ojos.

— ¿Por eso has venido? ¿Porque las palabras de Darcy demuestran mi inocencia?

—No— Chase sacudió la cabeza enérgicamente—. Había recapacitado sobre nosotros antes de que viera a Darcy. Sabía que te amaba. No tienes nada de mentirosa ni de inmoral. No tienes nada que ver con Iris y me arrepiento mucho de haberlo pensado. Por favor, perdóname.

Ella lo miró a los ojos. Los dos habían cometido algún error.

—Sólo te perdonaré si tú me perdonas por no haber sido sincera contigo desde el principio. Pero le prometí a mi abuelo en el lecho de muerte que demostraría su inocencia.

—Lo has hecho.

Jessica se emocionó al comprender que, efectivamente, lo había hecho. Chase dio otro paso adelante y levantó la cara de Jessica tomándola de la barbilla.

—Te quiero, Jessica. Te quiero mucho —la abrazó—. Quiero estar contigo para siempre. Quiero que termine el conflicto entre nuestras familias. Quiero formar otra sociedad entre los Westmoreland y los Graham. Por favor, cásate conmigo. Quiero tener hijos contigo, quiero amarte y protegerte hasta que la muerte nos separe y mucho después.

—Chase... —Jessica tenía los ojos empañados de lágrimas—. Yo también quiero todo eso.

La sonrisa de Chase era suficiente para que ella lo quisiera toda la vida y, además, se encontró rodeada por unos poderosos brazos.

—Comeremos más tarde —susurró él antes de tomarla en brazos para subir al dormitorio.

Ella se estremeció de anhelo cuando él la dejó en la cama. Luego, él también se tumbó en la cama y empezó a desvestirla. A ella se le alteró el pulso de deseo y amor.

Cuando estuvo completamente desnuda, él se levantó para quitarse la ropa. Ella no quería permanecer pasiva. Se levantó y le ayudó a quitarse el jersey. Luego, soltó el cinturón y le desabotonó los pantalones para que él se los quitara. Cuando lo tuvo delante con nada más que unos calzoncillos muy sexys, le acarició el pecho y bajó la mano por el torso para convencerse de que no estaba soñando.

Entonces, se arrodilló y le quitó la última prenda de ropa. Le bajó con calma los calzoncillos por las piernas; le besó el ombligo y se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Ven —susurró él mientras le extendía la mano.

La ayudó a levantarse, la abrazó con fuerza y ella notó toda la fuerza de su erección contra el vientre.

—Quería... —susurró ella mirándolo a los ojos.

—Ya lo sé —la interrumpió él—, pero si llego a dejar que lo

hicieras, todo habría terminado antes de empezar. Todavía tienes mucho que aprender y voy a gozar descubriendo cosas contigo —Chase sonrió—. En nuestra casa no habrá un momento de aburrimiento. Siempre serás mi deseo irresistible.

Jessica rebosaba amor.

—Hazme el amor, Chase…

La tumbó en la cama y él se tumbó también. Ella se estremeció dominada por un deseo incontrolable. Chase la tomó entre los brazos y ella supo que él tenía razón, en su casa nunca habría un momento de aburrimiento.

Ella sería su deseo irresistible, pero él era el bombón de chocolate más ardiente.

Epílogo

Dos meses más tarde, día de Navidad

Jessica sonrió a su hermana que hacía preguntas a cien kilómetros por segundo. Era el día de su boda y estaba deseando unirse a Chase. Habían decidido que como todos los Westmoreland iban esos días a sus casas, sería un momento perfecto. Y lo era.

—Tranquila, Savannah, déjame que te conteste a la primera pregunta. Se llama Durango Westmoreland y es primo de Chase. Trabaja de guarda forestal en un parque nacional de Montana.

Vio interés en los ojos de su hermana. Lo vio desde que la noche anterior hicieron el ensayo y Durango, cuyo vuelo había llegado con retraso, apareció en Chase's Place y demostró que todos los hombres Westmoreland eran muy sexys.

—Pero ¿vas a ayudarme a ponerme el velo o vas a quedarte ahí atontada? —le preguntó Jessica a su hermana.

Savannah se rió mientras se ponía detrás de Jessica para colocarle el velo.

—Estás muy guapa, Jess.

Jessica sonrió. Ella también se encontraba guapa. Miró a Savannah en el espejo. Su hermana también estaba muy guapa. Tenía ojos color avellana, la piel color caramelo y un pelo largo y moreno que le caía por la espalda.

Jessica se había dado cuenta de que Durango también se había fijado en Savannah, pero se había mantenido a distancia.

—A Durango no le gustan las mujeres de la ciudad —comentó Jessica mientras se daba la vuelta para mirar a su hermana.

— ¿Por qué? —preguntó Savannah con cierto espanto.

Jessica se encogió de hombros.

—Tiene algo que ver con una vieja herida. Tú, querida hermana, eres completamente de ciudad.

Savannah también se encogió de hombros y sonrió.

—Tendrá que aprender a que le gustemos, porque después de verlo he decidido que, para mí, los hombres de las montañas tienen algo.

Jessica puso los ojos en blanco. No sabía cuál de los dos iba a necesitar más ayuda divina. Si Durango o Savannah. Decidió no darle más vueltas al asunto y sonrió al acordarse de que al cabo de unos minutos sería la mujer de Chase.

Chase y ella habían querido una ceremonia con poca gente, pero los Westmoreland no sabían cuánta era poca gente. Había algo más de trescientos invitados. Savannah era la dama de honor de Jessica y Quade, el primo de Chase, su testigo.

Las dos hermanas se abrazaron.

—Me alegro por ti, Jess —susurró Savannah con la voz quebrada.

—Gracias. Chase es un buen hombre. Me llevo lo mejor —se apartó un poco y miró a su hermana—. Algún día te tocará a ti.

Savannah se rió con un brillo burlón en los ojos.

—Tampoco nos precipitemos...

Chase la vio acercarse por el pasillo y pensó que estaba preciosa. Estaba muy emocionado y tuvo que tragarse el nudo que tenía en la garganta.

Cuando ella llegó a su lado, Chase vio que tenía lágrimas de felicidad y la besó en la mano.

—Te quiero —susurró Chase.

Vio que ella sonreía a pesar de las lágrimas. Estaba haciéndole el hombre más feliz del mundo al casarse con él. Los dos se volvieron hacia el oficiante.

—Sí —dijo Chase en voz alta antes de que el hombre llegara a decir algo.

— ¿Sí? —le preguntó el oficiante con una ceja arqueada.

—Sí —Chase asintió vigorosamente con la cabeza.

El oficiante, que conocía a Chase desde que nació, sonrió.

—Todavía no te he preguntado nada, Chase.

—Da igual, digo sí a todo.

Chase oyó una risa contenida y supo que era de Quade.

El oficiante sonrió más.

—En cualquier caso, seguiremos con la ceremonia tal y como estaba prevista.

Al cabo de un rato, añadió:

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia, Chase.

Chase la besó. Fue un beso muy poco delicado. Pasó por alto completamente que estuvieran delante de trescientos invitados y la devoró con un beso.

Durango o quizá fuera Storm, le tiró del esmoquin.

—Deja algo para más tarde, ¿no?

Chase se separó un poco de Jessica y la miró.

—No he podido evitarlo, querida, eres una delicia irresistible.